
Esposo
Multimillonario
Nomaya Jax

Esposo Multimillonario

Novela Romántica Contemporánea

Nomaya Jax

Copyright © 2025 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

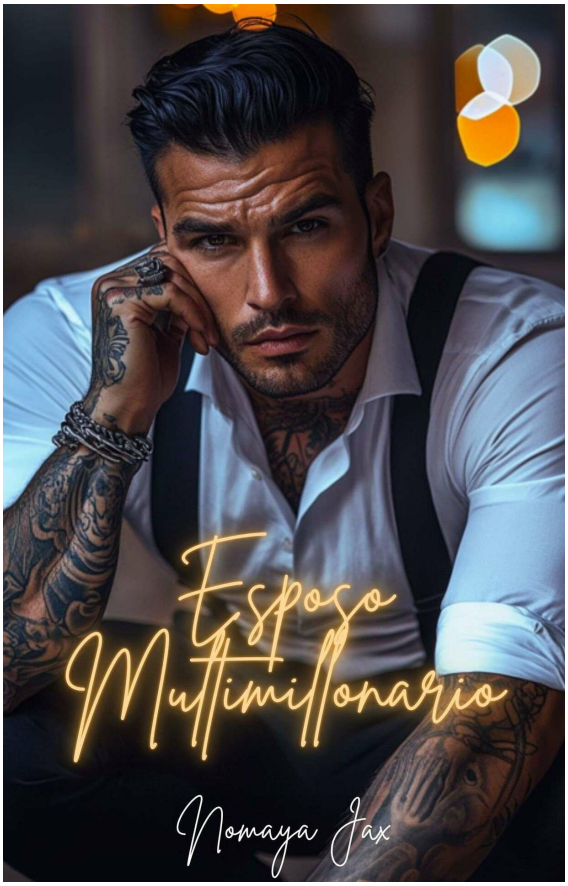
El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Esposo Multimillonario
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Anteprima: Amor y Whisky

Esposo Multimillonario



El amor y las mentiras no se mezclan.

Al menos, eso me dije la noche que dejé a Nicholas Mercer. Estaba cansada de esperar, cansada de ser segunda ante un fantasma, cansada de amar a un hombre demasiado consumido por la venganza para ver que me estaba perdiendo.

Pensé que irme lo obligaría a elegir: su pasado o nuestro futuro. Pero una sola noche bastó para recordarme que algunas cosas nunca cambian.

Ahora, estoy embarazada. Y Nicholas no lo sabe.

Quería decírselo. Tenía el momento perfecto planeado. Pero, como siempre, algo vino primero: su trabajo, su obsesión, la oscuridad que lo ha estado arrastrando desde el día en que su hermano murió.

Así que guardé silencio. Me dije a mí misma que lo resolvería sola.

Pero los secretos no permanecen enterrados para siempre, y Nicholas no es el tipo de hombre que se aleja de lo que le pertenece.

1

KIRA

El agua golpea mi piel con la fuerza suficiente para dejar marcas.

Cierro los ojos, dejando que el chorro castigue mis hombros tensos. Nuestra ducha es lujosa: mármol negro, seis chorros y una alcachofa de lluvia que me envuelve como una tormenta. Tomo el champú, lo convierto en espuma y me froto el cuero cabelludo con más fuerza de la necesaria.

Como todo en esta casa, cuesta más de lo que mis padres ganaban en un mes de trabajo. Papá pasaba doce horas al día conduciendo su autobús. Mamá arreglaba flores con las manos agrietadas, vendiendo ramos baratos a quienes no podían pagar la floristería elegante del centro.

"Te mereces algo mejor que esto, Kira", siempre decía mamá cuando la ayudaba a arreglar tallos después del colegio. Nunca se refería a mejores flores.

Me giro, dejando que el agua golpee mi rostro, lavando lágrimas que me niego a reconocer. Seis meses de matrimonio y ya lo estoy perdiendo.

Cierro el agua y salgo, cogiendo una de las toallas enormes del toallero térmico. El espejo del baño está empañado y lo limpio con la palma de la mano.

Mi reflejo me devuelve la mirada: el agua gotea de mi pelo largo y oscuro, y mis ojos hoy son más verdes que avellana. Siempre cambian cuando estoy alterada. Mamá solía decir que traicionaban mis emociones antes que mi boca pudiera hacerlo.

Dejo caer la toalla, estudiando mi cuerpo desnudo. He perdido peso: las caderas sobresaliendo, las costillas más visibles de lo que deberían.

Cinco kilos menos en tres semanas de noches sin dormir y comidas saltadas. Comidas en soledad en esta inmensa cocina mientras Nicholas se encierra en su despacho.

Mi mano se desliza hasta mi vientre, plano y vacío. Seis meses intentándolo. Seis meses calculando mis días fértiles. Esta noche estoy en mi punto máximo. No es que importe cuando tu marido no puede mirarte más de cinco segundos.

"Maldita sea", murmuro, presionando las palmas contra mis ojos. No voy a llorar otra vez. No lo haré.

Me seco el pelo con movimientos practicados, el rugido del secador llenando el silencioso baño.

Me aplico el tratamiento facial: sueros y cremas más caros que todo lo que poseía antes de conocer a Nicholas. Antes de convertirme en la señora Mercer, esposa del magnate tecnológico que vale miles de millones. Antes de pasar de organizar su agenda a compartir su cama.

Camino al vestidor, pasando de largo mi pijama práctico para coger el batín de seda azul medianoche que me compró en París. La tela se desliza fría contra mi piel mientras me lo pongo, ajustándolo en mi cintura. Apenas cubre mi trasero, muestra suficiente escote para recordarle lo que ha estado descuidando.

Antes, ya estaría detrás de mí, con las manos bajo la seda y los labios en mi cuello.

Nuestro dormitorio es enorme: una cama king size en el centro de la pared y ventanales del suelo al techo con vistas a la ciudad iluminada. Un dormitorio más grande que todo el apartamento donde crecí, donde compartía habitación con mi hermana hasta que me mudé a los veinte.

Es casi medianoche mientras camino descalza por nuestra casa. Mis pasos resuenan en los suelos de mármol. Todo es perfecto, inmaculado y frío. Como vivir en un museo.

La puerta del despacho de Nicholas está cerrada, la luz se filtra por debajo. Dudo, luego golpeo suavemente. Sin respuesta. Empujo la puerta de todos modos.

Está encorvado sobre su escritorio, las mangas de la camisa arremangadas, la corbata aflojada pero aún puesta. Su chaqueta cuelga del respaldo de la silla, la tela costosa arrugada. Archivos esparcidos por todas partes: fotos de la escena del crimen, informes policiales, declaraciones de testigos. Su investigador le ha estado proporcionando información que la policía no comparte.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente al verlo: los anchos hombros estirando su camisa blanca, los fuertes antebrazos revelados por las mangas enrolladas, la mandíbula marcada ahora cubierta de barba incipiente. Incluso exhausto y de luto, Nicholas Mercer es el hombre más guapo que he visto jamás. Mi marido. El extraño que estoy perdiendo.

No me oye entrar. Camino detrás de él, respirando su colonia cara. Pongo mis manos en sus hombros, sintiendo los nudos de tensión bajo el algodón. Empiezo a masajear suavemente.

Nicholas se sobresalta, levantando la cabeza de golpe. Sus ojos se enfocan al darse cuenta de que soy yo. "Cariño", murmura, cogiendo mi mano, llevándosela a los labios.

"No has dormido en nuestra cama durante dos noches", digo, intentando que mi voz no suene acusadora. Fracaso.

Su mandíbula se tensa, el músculo flexionándose bajo la barba incipiente. "No hagas esto esta noche, Kira." Señala los documentos esparcidos sobre su escritorio.

"¿Entonces cuándo?" Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. "¿Cuándo es un buen momento para discutir por qué mi marido no viene a la cama?"

Nicholas se pasa una mano por el pelo. "Estoy trabajando. Necesito terminar esto."

Asiento, tragándome el dolor. "Yo también lo perdí, ¿sabes? Todos lo perdimos."

"Por eso voy a descubrir quién mató a mi hermano y hacer que paguen por el dolor que han causado a nuestra familia." Su voz es dura. "James merece justicia."

"Y yo merezco un marido", suelto, y me arrepiento al instante. "Sé que los encontrarás, pero no quiero que esto te consuma, Nicholas. Soy tu esposa, y sigo aquí." Toco su rostro, sintiendo la barba raspar contra mi palma. "Estoy aquí mismo."

Él asiente, volviendo a centrarse en los documentos. Ya está descartándome.

"Antes me mirabas", digo suavemente. "Me mirabas de verdad."

Sus ojos se elevan y luego se desvían. "Te veo, Kira."

"No, no lo haces." Me muevo hacia un lado del escritorio. "Y estoy ovulando esta noche." Las palabras se me escapan, desesperadas y vergonzosas.

Sus ojos vuelven a mí bruscamente. Desato el batín lentamente, dejándolo caer al suelo. El aire frío eriza mi piel, endureciendo mis pezones.

La mirada de Nicholas recorre mi cuerpo, el hambre reemplazando al dolor por un momento. "Eres preciosa, nena." Su voz se vuelve ronca. "Pero necesito..."

"Nos necesitas", digo, cortándolo. "Los dos lo necesitamos."

Se levanta, acortando la distancia entre nosotros. Su mano acuna mi nuca, los dedos enredándose

en mi pelo. Su boca se aplasta contra la mía, todo hambre y necesidad, sin ternura. No me importa. Tomaré la parte de él que pueda conseguir.

Saboreo el whisky en su lengua mientras invade mi boca. Su otra mano se desliza por mi espalda, agarrando mi trasero, atrayéndome contra él. Puedo sentir su dureza a través de sus pantalones.

"¿Es esto lo que viniste a buscar?", gruñe contra mis labios. "¿Un polvo rápido para sacarme de mi despacho?"

"Vine a buscar a mi marido", digo, mordiendo su labio inferior lo suficientemente fuerte para hacerlo sisear. "Si tengo que follármelo para encontrarlo, que así sea."

Sus ojos se oscurecen. Me sube al escritorio, haciendo que los papeles caigan al suelo. Algo cae al suelo con un estruendo. Ninguno de los dos mira.

Sus manos, ásperas contra mi piel, recorren mi cuerpo con una urgencia que parece desesperada, como si intentara memorizar cada centímetro de mí. O recordarlo. Su boca se desliza hasta mi cuello, mordiéndome más que besándome, dejando marcas. Gimo, torpe en mi intento de desabrochar su cinturón, desesperada por sentirlo.

"Dime que lo quieres", exige, su mano deslizándose entre mis muslos, encontrándome ya húmeda para él.

"Te quiero a ti", lo corrijo, jadeando cuando sus dedos se hunden en mí. Mis caderas se arquean contra su mano. "Siempre te he querido."

No se molesta en desvestirse. Solo baja la cremallera y empuja sus pantalones lo justo para liberarse. Se posiciona entre mis piernas, la punta de su erección rozándome, provocándome.

"Mírame", ordena.

Levanto la vista y me pierdo en sus ojos en el mismo instante en que me embiste de una sola vez. Un grito se ahoga en mi garganta mientras clavo las uñas en sus hombros, atravesando la tela de su camisa. No hay preliminares, ni un ascenso lento. Solo necesidad cruda cuando me llena por completo.

"Joder, Kira", gruñe, aferrándose a mis caderas con tanta fuerza que seguro me dejará marcas. "Tan estrecha."

Marca un ritmo implacable, cada embestida arrancándome el aire de los pulmones. Los papeles siguen cayendo mientras me folla sobre su escritorio, el borde de madera clavándose en mis

muslos. No me importa. Dolor y placer se confunden mientras enredo mis piernas en su cintura, atrayéndolo más adentro.

"Sí", gimo, la palabra un ruego. "Nicholas, por favor...."

Su mano se desliza entre nosotros, su pulgar encuentra mi clítoris y lo presiona en círculos. "Córrete para mí, preciosa", exige, la voz rasposa por la tensión.

Mi orgasmo se dispara rápido, alcanzándome sin previo aviso. Grito su nombre mientras me estremezco a su alrededor, el placer ardiendo en cada fibra de mi cuerpo. Él me sigue segundos después, enterrando el rostro en mi cuello, su aliento caliente sobre mi piel cuando se derrama dentro de mí.

Permanecemos así, conectados, respirando con dificultad, su peso anclándome contra el escritorio. En estos pocos minutos, lo tengo. Tengo de vuelta a mi marido.

Su mano sube por mi espalda, sus dedos se enredan en mi cabello y sus labios se posan sobre los míos en un beso lento, casi reverente.

"Te amo", murmura contra mi boca.

"Yo también te amo." Le tomo el rostro entre mis manos, sintiendo cómo el momento se desliza entre mis dedos. "Daría lo que fuera por recuperar a mi marido", susurro. "Cuando James murió, se llevó una gran parte de ti con él."

Nicholas traga con dificultad y cierra los ojos un instante. Luego se aparta, ajustándose la ropa mientras sube la cremallera. La conexión se rompe.

"Deberías irte a la cama", dice con frialdad, sin mirarme.

Me deslizo fuera del escritorio, las piernas temblorosas. Papeles pegados a mi piel húmeda. Los despego y los dejo caer sobre la mesa. Recojo mi bata del suelo y me la pongo como si fuera una armadura.

"¡Así que eso es todo?" exijo, anudando el cinturón con dedos temblorosos. "Me follas en tu escritorio y luego me despides como si fuera una puta a la que pagaste por una hora?."

"No", advierte, recogiendo los documentos esparcidos. "No empieces con esto."

"¿Cuánto tiempo más vas a seguir ignorándome?." Mi voz se eleva a pesar de mis esfuerzos por controlarla. "Solo llevamos seis meses casados y actúas como si ya no te interesara. ¿Dónde está

el esfuerzo, Nicholas? ¿Dónde está el hombre con el que me casé?"

"¡Estoy intentando resolver el asesinato de mi hermano!" Nicholas golpea el escritorio con el puño, haciéndome sobresaltar. "¿Qué coño quieres de mí, Kira? ¿Que finja que todo es normal? ¿Que me vaya a la cama y te diga todo lo que quieres oír mientras el asesino de James anda suelto?"

"¡Quiero que recuerdes que tienes una esposa!", le grito.

"Basta." Se da la vuelta, con el pecho agitado y la cabeza gacha. "Simplemente basta."

"No soy más importante para ti que la lámpara de tu escritorio." Las palabras saben amargas, verdaderas. "Al menos la lámpara recibe tu atención durante horas."

Se vuelve hacia mí, con los ojos brillando de ira. "Ya es suficiente. Vete a la cama, Kira."

"¿Eso es todo lo que tienes que decirme?." Me acerco, todo mi cuerpo temblando.

"¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? ¿Que seré mejor?." Su risa suena hueca. "No puedo ser lo que necesitas ahora mismo."

"¿Entonces cuándo?", exijo, conteniendo las lágrimas. "¿Cuándo volverás a ser mi marido?"

"Cuando encuentre quién mató a mi hermano", dice, con voz gélida. "Hasta entonces, no puedo centrarme en nada más. Ni siquiera en ti."

Las palabras golpean como una bofetada. Me muerdo el labio, mirando hacia la puerta. Esto no era lo que quería. No vine aquí a pelear. Este fue un débil intento de conexión, de atraerlo de vuelta a nuestra cama. Ha fracasado espectacularmente.

Trago con fuerza contra el nudo en mi garganta. "Ya sabes dónde encontrarme. Si te importa." Me doy la vuelta y salgo antes de que pueda decir algo más, antes de derrumbarme delante de él.

"Kira..." Su voz me sigue, pero no me detengo. No puedo.

Nuestro dormitorio se siente inmenso y vacío. Me quito el batín, dejándolo caer al suelo donde él debería estar recogiéndolo, donde solía silbar bajo y decir: *"Hazlo otra vez, más despacio."* Me deslizo entre las sábanas frías.

Las lágrimas brotan calientes y veloces, empapando la almohada. Ahogo mis sollozos con el puño, no quiero que me oiga si pasa por aquí. No es que lo haga. No es que le importe lo

suficiente como para comprobarlo.

KIRA

Me despierto sola otra vez, mi brazo extendiéndose instintivamente sobre las sábanas frías.

Nicholas nunca vino a la cama. Siento los ojos hinchados, arenosos de tanto llorar hasta quedarme dormida. El reloj digital marca las 6:17—otra noche de sueño interrumpido.

La luz del sol se filtra a través de las persianas automáticas que se levantan según lo programado, iluminando nuestro inmenso dormitorio. Todo en esta casa funciona con temporizadores y sistemas—perfecto, preciso, intocado por la inconsistencia humana. A diferencia de mi matrimonio.

Me ducho rápidamente, el agua caliente no logra ahuyentar el frío que se ha instalado en mis huesos. La casa se siente vacía mientras bajo las escaleras, mis pasos resonando en los suelos de mármol. Ni rastro de Nicholas—la puerta de su despacho cerrada. O por fin está durmiendo en algún lugar o ya se ha ido. No me molesto en comprobarlo.

Nuestro chef, Paolo, ya está en la cocina cuando llego, cortando fruta para una bandeja de desayuno llena de color.

"Buenos días, señora Mercer." Me desliza un cappuccino sobre la isla. "Justo como le gusta."

"Gracias, Paolo." Consigo esbozar una sonrisa que no llega a mis ojos.

"Le he preparado una frittata esta mañana. Muy ligera, muy buena." Coloca un plato frente a mí, los huevos perfectamente cocinados con verduras asadas y un toque de hierbas.

"Se ve delicioso." Pero solo tomo un sorbo de café.

Paolo me estudia, con preocupación en sus ojos amables. "Debe comer, señora Mercer. Ya está

demasiado delgada."

"Lo intentaré", prometo, pinchando un trozo de melón de la tabla de frutas. No me sabe a nada.

Paolo se mantiene ocupado limpiando, dándome espacio mientras se asegura de que no me sienta sola. Ha trabajado para la familia Mercer durante quince años. A veces me pregunto qué pensará de la asistente que se convirtió en esposa.

Mi teléfono vibra con un mensaje de mi hermana, Ashley.

"¡Planeo volver de la universidad en dos semanas! ¿Podemos quedar para comer? ¡Te echo de menos!"

Sonrío, esta vez de verdad. La visita de Ashley me vendrá bien—un pedazo de mi antigua vida, alguien que me conocía antes de ser la señora Mercer.

Respondo: ***"Sí, me encantaría."***

Logro comerme la mitad de la frittata y la mayoría de la fruta para complacer a Paolo antes de subir a prepararme para el trabajo.

El departamento de marketing tiene hoy una presentación importante para el lanzamiento de Prism—nuestra nueva plataforma de visualización de datos diseñada para revolucionar cómo las empresas interpretan el comportamiento del consumidor. Ha sido mi bebé durante meses, el proyecto que me ha mantenido cuerda.

Me estoy subiendo la cremallera del vestido—un elegante diseño azul marino que se ajusta a mis curvas—cuando suena el timbre. Inusual para las 7:30 de la mañana.

Unos minutos después, hay un golpe en la puerta del dormitorio. "¿Señora Mercer?" Es Elaine, nuestra ama de llaves. "Hay una entrega para usted."

Entra cargando el arreglo de rosas blancas más extravagante que he visto jamás—al menos tres docenas de flores, dispuestas en un jarrón de cristal.

"¿Dónde quiere que las ponga?", pregunta, luchando ligeramente con el peso.

"En la cómoda está bien", digo, mientras la confusión se mezcla con un aleteo de algo que me niego a llamar esperanza.

Después de que se va, me acerco a las flores como si pudieran morderme. Un pequeño sobre está

anidado entre los capullos. Reconozco inmediatamente la letra de Nicholas—trazos precisos y firmes sobre cartulina gruesa.

"Lo siento. Te amo. Suerte hoy. – Nicholas."

Paso el dedo sobre la tinta, intentando leer significado entre las líneas mínimas. Otra disculpa cara. Otro gesto grandioso que no le cuesta nada más que dinero. Flores en lugar de presencia. Culpa aliviada con su tarjeta platino.

Y sin embargo... mi corazón traidor da un vuelco. Recordó mi presentación de hoy. Nunca me había deseado suerte específicamente antes. ¿Es esto progreso?

Guardo la tarjeta en mi bolso, tratando de no pensar demasiado en ello. Tratando de no admitir cuánto deseo que signifique algo.



La Torre Mercer domina el horizonte del centro—sesenta plantas de cristal reluciente, un monumento al éxito de la familia. El ascensor me lleva hasta la planta 58, donde Marketing ocupa toda el ala este.

Mi despacho está en la esquina, con paredes de cristal que ofrecen vistas panorámicas de la ciudad y una línea de visión clara hacia mi equipo.

Mi asistente, Tara, me alcanza en cuanto salgo del ascensor.

"¡Por fin llegas!", dice, caminando a mi lado con su tableta en mano. "El equipo de Knox ha llegado temprano. Están en la sala de conferencias con café y los pasteles que encargaste. Las diapositivas están cargadas, el equipo audiovisual comprobado dos veces, y tus puntos clave están impresos en tu carpeta."

"Gracias." Sonrío ante su eficiencia. "¿Alguna sorpresa que deba saber?"

Duda un momento. "Ha llamado la asistente ejecutiva del señor Mercer. Tiene previsto asistir a la presentación."

Casi tropiezo. "¿Nicholas viene?"

"Eso ha dicho Sarah." Tara observa mi reacción con cuidado. Todo el personal pisa con pies de plomo cuando se trata de mi marido últimamente. "La sala de conferencias está lista cuando quieras. Tienes veinte minutos."

Asiento, dirigiéndome a mi despacho en piloto automático. Nicholas no ha asistido a ninguna de mis presentaciones desde que me hice cargo del departamento. Incluso antes de la muerte de James, mantenía una distancia profesional para evitar acusaciones de favoritismo. ¿Y ahora elige hoy, después de nuestra pelea, después de sus flores?

Dejo mi bolso e intento recomponerme. Mi despacho es casi tan grande como el suyo—un privilegio por ser la directora del departamento, no por ser su esposa. Ventanales del suelo al techo, muebles modernos y elegantes, arte abstracto en las paredes. Me he ganado este espacio, estas vistas, este equipo. Independientemente de lo que esté pasando en mi matrimonio, sigo siendo jodidamente buena en mi trabajo.

Repaso mis notas de la presentación una vez más, centrándome en los detalles para acallar mis pensamientos acelerados. El lanzamiento de Prism es importante. Knox Media es un cliente potencial importante. Necesito mantener la compostura.

La sala de conferencias está llenándose cuando llego. Mi equipo—veinte de las mentes más brillantes en marketing—más los ejecutivos de Knox. Escaneo la sala automáticamente, pero aún no hay señal de Nicholas.

"¿Lista para la gran revelación?", Jason Daniels, mi director creativo, se acerca sigilosamente. "El equipo de diseño se quedó toda la noche para que esas últimas visualizaciones quedaran perfectas."

"La presentación se ve increíble."

"Eso es todo mérito de Devon. El chico es un genio con los gráficos." Jason muestra su sonrisa despreocupada. "Aunque nunca se lo diría a la cara. No quiero que se le suba a la cabeza."

Me río, agradecida por la distracción momentánea. Jason se unió al equipo hace tres meses, viniendo de una importante agencia de Nueva York. Aportó energía fresca e ideas innovadoras. Se ha convertido en mi mano derecha en el proyecto Prism, siempre fiable, siempre apoyándome.

"Deberíamos empezar pronto", digo, mirando hacia la puerta. "No podemos hacer esperar a Knox."

"¿Esperando al gran jefe?", pregunta Jason, siguiendo mi mirada.

"He oído que podría pasarse."

"Supongo que hasta el CEO necesita presenciar la magia del marketing de vez en cuando", dice guiñando un ojo.

Estoy a punto de responder cuando se abre la puerta de la sala de conferencias y entra Nicholas.

Toda la sala cambia, la energía se recalibra mientras todos se yerguen ligeramente. Nicholas tiene ese efecto en la gente—captando la atención sin intentarlo. Pero no es su presencia lo que me deja sin aliento; es lo bien que se ve.

Traje oscuro perfectamente ajustado a sus anchos hombros, camisa blanca impecable y una corbata azul que hace juego con sus ojos. Se ha afeitado, su pelo bien peinado. Parece el hombre con el que me casé, no el extraño de ojos hundidos de anoche.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente. Cinco meses de duelo y una terrible pelea no pueden borrar la atracción física entre nosotros.

Nicholas examina la sala, su mirada se detiene en mí. Me da un ligero asentimiento, profesional pero no frío.

"Por favor, no dejen que los interrumpa", dice a la sala, tomando asiento al fondo.

Trago saliva y me dirijo al frente. "Gracias a todos por estar aquí hoy. Estamos emocionados de compartir la plataforma Prism con ustedes."

La presentación fluye sin problemas. Encuentro mi ritmo, la confianza creciendo con cada diapositiva. Los ejecutivos de Knox hacen buenas preguntas, muestran genuino interés. Mi equipo interviene con detalles técnicos cuando es necesario. Durante todo esto, siento la mirada de Nicholas sobre mí.

"La diferencia clave con Prism es cómo transforma los datos brutos en conclusiones accionables", explico, pasando a una visualización dinámica. "En lugar de ahogarse en números, están viendo patrones que cuentan una historia sobre sus clientes."

"¿Y las opciones de personalización?", pregunta el CEO de Knox.

"Completamente adaptadas a sus necesidades", respondo. "Devon, ¿puedes explicarles las opciones del panel de control?"

Devon toma el control, demostrando la flexibilidad de la plataforma. Doy un paso atrás, permitiendo que mi equipo brille. Es entonces cuando noto la expresión de Nicholas—algo parecido al orgullo atraviesa sus facciones. Hace tanto tiempo que no me mira así, que casi no lo reconozco.

Cuando termina la presentación, la sala vibra de emoción. El equipo de Knox se agrupa alrededor de Devon y Jason, haciendo más preguntas técnicas. Nicholas se acerca a mí

lentamente.

"Trabajo impresionante", dice, su voz lo suficientemente baja para que solo yo pueda oírlo. "Has construido algo extraordinario aquí."

"Gracias." Mantengo mi voz firme, profesional. "El equipo hizo la mayor parte del trabajo pesado."

"Estás siendo modesta. Esto tiene tus huellas por todas partes." Sus ojos sostienen los míos. "Innovador pero práctico. Justo como tú."

Antes de que pueda responder, Jason aparece a mi lado.

"Siento interrumpir", dice, aunque no parece particularmente arrepentido. "Kira, el CEO de Knox está preguntando por los plazos de implementación. ¿Debería...?"

"Me encargo yo", digo. "Con permiso."

Paso los siguientes veinte minutos finalizando detalles con Knox, asegurando un compromiso verbal para seguir adelante con Prism. Es una victoria importante para el departamento, para la empresa. Cuando me doy la vuelta, Nicholas está en una profunda conversación con dos miembros de mi equipo.

Jason se acerca de nuevo, entregándome una botella de agua. "Salió incluso mejor de lo que esperábamos. Estuviste brillante."

"Todos lo estuvimos", lo corrijo, aunque no puedo evitar sonreír ante el cumplido.

"La forma en que manejaste sus preocupaciones sobre el precio fue magistral." Da un paso más cerca. "He trabajado con muchos ejecutivos de marketing, pero tú eres algo especial, Kira."

Desde el otro lado de la sala, veo que Nicholas gira la cabeza hacia nosotros, su conversación vacilando al notar la proximidad de Jason. El ligero entrecerrar de sus ojos, la tensión en su mandíbula—señales tan sutiles que nadie más notaría. Pero reconozco los celos de mi marido cuando los veo.

Por un momento vergonzoso, lo disfruto—disfruto ser vista, ser deseada, aunque solo sea porque alguien más está mostrando interés.

Nicholas se despide rápidamente de su conversación y avanza hacia nosotros, su expresión endureciéndose. Pero antes de que pueda alcanzarnos, Garrett Rhodes, el jefe de seguridad de la

empresa, aparece a su lado, inclinándose para susurrar algo urgente. La atención de Nicholas cambia instantáneamente. Me mira una vez más, luego sigue a Garrett fuera de la sala sin decir una palabra.

Así como así, se ha ido de nuevo. Cualquier momento que casi tuvimos se desvanece.

"¿Todo bien?", pregunta Jason, notando mi expresión.

"Bien." Fuerzo una sonrisa. "Solo pensando en los siguientes pasos."

"¿Deberíamos ir todos a comer juntos hoy?", sugiere. "El equipo se lo ha ganado."

"Absolutamente. Organízalo."

Mientras la sala se vacía gradualmente, me quedo atrás, mirando la puerta por donde Nicholas desapareció.

Me quedo preguntándome, una vez más, si estoy luchando por un matrimonio o persiguiendo fantasmas.

3

NICHOLAS

Sigo a Garrett por el pasillo, mi mente aún atrapada en esa maldita sala de conferencias. Jason Daniels demasiado cerca de mi esposa. Haciéndola sonreír. Mirándola como si tuviera derecho.

"¿Señor Mercer?" La voz de Garrett me devuelve a la realidad. "Lo están esperando."

El nivel ejecutivo de la Torre Mercer está en silencio, aislado del bullicio de abajo. La alfombra gruesa amortigua nuestros pasos. Arte abstracto que vale millones adorna las paredes—cada pieza seleccionada para reflejar poder. La visión de mi padre. Una ilusión curada de fortaleza. Todo parece hueco desde que James murió.

Me ajusto la corbata—del mismo azul que Kira una vez dijo que hacía juego con mis ojos. Me la puse deliberadamente esta mañana, queriendo recordarle días mejores. Antes de empujar la puerta de la sala de conferencias segura, Garrett me detiene.

"Señor, solo para que lo sepa... Blackwood tiene algo concreto esta vez."

Mi pulso se acelera. Ryan Blackwood es el mejor investigador privado que el dinero puede comprar—ex-FBI, con contactos en cada rincón de esta ciudad. Si ha encontrado algo, es importante.

La sala no tiene ventanas, diseñada para privacidad absoluta. Blackwood se levanta cuando entro, vestido con su habitual traje discreto. Papeles y fotografías cubren la mesa pulida.

"Habla", digo, saltándome las cortesías.

Blackwood asiente una vez. "Encontramos una conexión." Desliza una fotografía sobre la mesa. "Este es Jeremy Vaughn. Traficante de bajo nivel, trabaja para la red Delgado."

El hombre en la foto es joven, quizás veinticinco años, con un brazo lleno de tatuajes y los ojos duros de alguien que ha visto demasiado.

"¿Cuál es su conexión con James?." Mi voz es firme, pero mi mano quiere temblar.

"Registros telefónicos." Blackwood señala una impresión. "Su hermano llamó a este número diecisiete veces en las tres semanas antes de su muerte."

Miro fijamente el papel, algo frío asentándose en mi pecho. "James no se metía con drogas."

"Quizás no consumía", concede Blackwood. "Pero definitivamente hablaba con Vaughn."

"Esto no tiene sentido." Me paso una mano por el pelo. "James y yo hablábamos todos los días. Se suponía que dirigiríamos esta empresa juntos. No me ocultaría algo así."

Blackwood y Garrett intercambian una mirada. Mi mandíbula se tensa.

"¿Qué?"

"Hay más." Blackwood revuelve entre los papeles. "El informe policial estaba... incompleto."

"¿Qué significa eso?"

"Significa que pasaron por alto cosas. Cosas críticas." Saca fotos de la escena del crimen que ya he memorizado—el apartamento de James, las salpicaduras de sangre, el único agujero de bala. "¿Ve aquí?." Señala el fondo de una imagen. "Hay un segundo teléfono detrás del sofá. Nunca registrado como evidencia."

"¿Un segundo teléfono?." La rabia crece, caliente y familiar. "¿Los policías simplemente pasaron por alto un puto teléfono?"

"Se pone peor. ¿Las grabaciones de seguridad del edificio? El gerente nocturno dice que fueron recogidas, pero no hay registro en la evidencia policial."

Golpeo la mesa con el puño, haciendo saltar las tazas de café. "¿Incompetencia o corrupción?"

"Posiblemente ambas. He visto suficientes investigaciones arruinadas para saber que esto no fue solo trabajo descuidado. Alguien quería que ciertas cosas se pasaran por alto."

La implicación es clara. Alguien pagó para hacer desaparecer evidencia. Alguien con suficiente poder para influir en una investigación de homicidio.

"¿Dónde está Vaughn ahora?"

"Trabaja en un club del centro. Obsidian. Atiende la barra, vende producto de paso."

Asiento, ya formulando un plan. "Quiero vigilancia sobre él. Sus rutinas, sus contactos—todo."

"Ya está en marcha", dice Garrett. "Pero hay una cosa más."

Desliza un estado de cuenta bancario hacia mí—la cuenta de James. Depósitos regulares en efectivo. Quince mil euros cada uno. Seis meses antes de su muerte.

"¿Fuente?." Mi voz está tensa.

"Desconocida. No son salario ni bonificaciones. Lo comprobamos."

Cierro los ojos brevemente. El peso de todo me presiona. Mi hermano—mi hermano pequeño que solía seguirme cuando éramos niños, que se reía de mis bromas incluso cuando no eran graciosas—estaba involucrado en algo ilegal. Algo que lo mató.

"Me lo habría contado", insisto, aunque la duda se filtra. "No teníamos secretos."

Excepto que tal vez sí. El pensamiento se retuerce en mi estómago como un cuchillo.

Me enderezo, juntando los papeles en una pila ordenada. "Quiero actualizaciones cada hora sobre Vaughn. Averigüen más sobre lo que sabe ese gerente nocturno. No me importa cómo."

Blackwood asiente. "¿Qué hay de la policía?"

"A la mierda la policía." Las palabras salen afiladas. "Tuvieron su oportunidad."

Se van, Garrett lanzándome una última mirada preocupada antes de cerrar la puerta. Solo, me hundo en una silla, dejando caer la cabeza entre las manos.

El rostro de James aparece en mi mente—no el ensangrentado de las fotos de la escena del crimen, sino el de mi boda, riendo. De pie junto a mí como mi padrino, susurrando: *"Te sacaste la lotería con Kira. No la cagues."*

Y aquí estoy. Cagándola espectacularmente.

Anoche se repite en mi cabeza—Kira, desnuda en mi oficina, ofreciéndose a mí. La mirada

herida en sus ojos cuando la rechacé después. Las lágrimas que fingí no oír a las 2 de la madrugada mientras estaba de pie fuera de nuestra habitación, queriendo entrar pero incapaz de enfrentarla.

Fui a su presentación hoy, un intento torpe de hacer las paces. Las flores se sintieron vacías. Kira merece más que gestos caros, pero no sabía qué más hacer. Me estoy ahogando, y ella es daño colateral.

Suena el teléfono. Es Sarah, mi asistente.

"La reunión con Jason Daniels está programada para las 2 PM en su oficina."

El pensamiento de Daniels trae de vuelta la imagen de él demasiado cerca de mi esposa. Mis manos se tensan involuntariamente.

Tendría que haberlo despedido en el acto. Pero no. Eso sería demasiado fácil. Hoy mismo deja el departamento de mi esposa.

Cuando entra en mi oficina, no me siento detrás de mi escritorio. Me apoyo contra el borde frontal, brazos cruzados.

Daniels sonríe. "Señor Mercer, ¿cómo está?"

Le estrecho la mano, apretando más fuerte de lo necesario. "Dime, Jason. ¿Disfrutas trabajando en Mercer Industries?"

Parpadea, desconcertado por la pregunta directa. "Por supuesto, señor. Ha sido una oportunidad tremenda. Kira—la señora Mercer—es una líder brillante."

Mi mandíbula se tensa ante su uso casual de su nombre. "Bien. Entonces te alegrará saber que he organizado un traslado. Con efecto inmediato."

La confusión cruza su rostro. "¿Un traslado?"

Me acerco más, invadiendo deliberadamente su espacio. "Ya no formas parte del equipo de marketing."

"No entiendo." Su fachada confiada se agrieta. "El lanzamiento de Prism es—"

"No me gusta cómo te acercas a mi esposa", interrumpo, con voz baja. "No me gusta cómo le hablas. Y definitivamente no me gusta que pienses que puedes salirte con la tuya mientras estoy

en la sala."

Su rostro palidece. "Señor, yo—"

"Te trasladan a Desarrollo de Negocio. Décima planta. Empiezas mañana."

"Pero el proyecto Knox—"

"Ya no es de tu incumbencia." Lo miro directamente a los ojos. "Esto no es una negociación."

"Con todo respeto", dice, encontrando su columna vertebral, "creo que la señora Mercer tendrá algo que decir sobre perder a su director creativo en medio del proyecto."

La amenaza implícita—que correrá a contarle a Kira, que ella tomará su lado—hace que algo oscuro y posesivo se levante en mí.

"Malinterpretas la situación." Me acerco aún más. "Esto es ser generoso. La alternativa es que seguridad te escolte fuera del edificio con tus efectos personales en una caja de cartón."

Por fin comprende. "No estaba—nosotros no estábamos—"

"No me importa lo que estabas o no estabas haciendo." Mi voz es hielo. "Lo que importa es lo que sucede después. Y lo que sucede después es que te presentas en la décima planta mañana por la mañana. O limpias tu escritorio hoy. Tu elección."

Traga visiblemente. "Décima planta. Sí, señor."

"Hombre inteligente." Me doy la vuelta, el despido es claro. "Sarah te enviará los detalles por correo."

Cuando la puerta se cierra tras él, exhalo lentamente, la adrenalina disminuyendo. Sé que estoy siendo un imbécil posesivo. Sé que Kira estará furiosa cuando se entere. Pero no puedo hacer que me importe.

Ella es mía. No me disculparé por eso.

Camino hasta la ventana, mirando la ciudad sin verla realmente. Hace cinco meses, lo tenía todo—una empresa próspera, un hermano al que adoraba, una esposa hermosa que me miraba como si yo fuera su todo. Ahora estoy aferrándome a los pedazos, tratando de mantenerlos unidos con dedos sangrantes.

Amo a Kira. La deseo. Pero aún no puedo darle lo que necesita. No mientras el asesino de James ande suelto. No mientras mi mente esté consumida por la venganza en lugar del amor.

Una vez que les haga pagar por James, recuperaré mi vida. La recuperaré a ella.

Mi teléfono suena, sacándome de mis pensamientos. Es Blackwood.

"Vaughn acaba de salir de Obsidian con una bolsa de lona. Lo estamos siguiendo."

"¿Hacia dónde se dirige?"

"Distrito de almacenes. Parece una entrega."

Mi corazón se acelera. "Voy para allá."

"No es aconsejable, señor. Esto es solo vigilancia."

"Envíame la dirección por mensaje." Termino la llamada antes de que pueda discutir.

Agarro mi chaqueta, comprobando que mi funda de hombro esté segura. El peso del arma es reconfortante. Nunca la he usado fuera de un campo de tiro, pero me he asegurado de saber cómo.

Mientras me dirijo al ascensor privado, Sarah me llama.

"Señor, tiene una reserva para cenar en *Tavolino* esta noche. A las ocho. ¿Debería cancelar?"

Mierda. Es viernes por la noche. Normalmente ceno con Kira en nuestro restaurante favorito.

"No", digo, dudando. "Mantenla. Estaré allí."

Sé que es una mentira incluso mientras la digo. Estaré allí si termino a tiempo. Si no, Kira tendrá que entender.

Las puertas del ascensor se cierran, y mi último pensamiento es para ella—de pie en esa sala de conferencias hoy, comandando la atención de todos los presentes. El orgullo que sentí al verla. La culpa por haberla estado descuidando. El miedo de que pueda perderla antes de que esto termine.

Rezo para que me perdone por todo esto. Una vez que les haga pagar.

KIRA

"Las métricas de participación son increíbles", le digo a Devon mientras revisamos el panel de análisis de la demo de Prism. "El equipo de Knox compartió códigos de acceso antes de salir del edificio."

Devon resplandece de orgullo, sus dedos volando sobre el teclado mientras me muestra características adicionales. "También podemos segmentar los datos por sector industrial. Ver cómo diferentes sectores responden a la misma visualización."

"Perfecto." Le aprieto el hombro. "Esto es exactamente lo que necesitábamos para la próxima presentación."

El acuerdo con Knox está prácticamente cerrado—el cliente más importante desde que me hice cargo de Marketing. Debería estar eufórica, saboreando la victoria. En cambio, mis pensamientos siguen desviándose hacia la breve aparición y abrupta partida de Nicholas.

Al menos apareció. Al menos se dio cuenta.

"Necesito consultar con Jason sobre el cronograma de lanzamiento", le digo a Devon. "Estaba trabajando en el calendario de implementación con el equipo técnico de Knox."

"Sí. Dijo que lo tendría listo para el final del día."

Asiento y me dirijo al piso principal. Desde aquí puedo ver a la mayoría de mis veinte empleados, agrupados en sus diversos equipos de proyecto.

Veo el escritorio de Jason y me paralizo.

Está empacando. Pilas de archivos descansan junto a una caja de cartón ya medio llena de

objetos personales. Sus títulos enmarcados están fuera de la pared, envueltos en plástico de burbujas. El pequeño cactus que su equipo le regaló cuando se unió a nosotros está cuidadosamente envuelto en papel de seda.

Se me revuelve el estómago. ¿Qué demonios está pasando? No he despedido a nadie. No he aprobado ningún traslado.

Me dirijo hacia él, mis tacones resonando agresivamente contra el suelo de madera. "¿Jason?"

Levanta la mirada, su expresión cuidadosamente neutral. "Señora Mercer."

La formalidad me desconcierta. Siempre me ha llamado Kira en conversaciones privadas.

Señalo la caja. "¿Qué es esto? ¿Te estás yendo en medio de nuestro mayor lanzamiento?"

Varios miembros del equipo cercanos miran en nuestra dirección, luego rápidamente desvían la mirada, repentinamente fascinados por sus pantallas de ordenador. Pueden sentir la tensión.

Jason deja la pila de archivos que sostenía. "Supuse que lo sabía." Su tono es medido, profesional. Demasiado profesional.

"¿Saber qué?"

Suspira, bajando la voz. "Su marido me trasladó a otro departamento esta tarde."

Las palabras me golpean como un puñetazo físico. "¿Disculpa?"

"Nicholas me llamó a su oficina después de la presentación. Dijo que me transfería a Desarrollo de Negocio. Décima planta." La mandíbula de Jason se tensa. "Dijo que no me quiere cerca de usted."

El calor sube por mi pecho, extendiéndose por mi cuello hasta mi cara. "¿Él dijo eso? ¿Esas exactas palabras?"

"Se hizo entender perfectamente." La máscara profesional de Jason se desliza lo suficiente para revelar la humillación debajo.

Mis manos se cierran en puños a mis costados. Ese hijo de puta posesivo, prepotente y controlador. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo coño se atreve?

"Empezaré a mover mis cosas a la décima planta", continúa Jason, su voz plana.

Ni siquiera puedo responder. La rabia nubla mi visión. Sin decir otra palabra, me giro y me dirijo al ascensor, golpeando el botón de la planta ejecutiva.

Los treinta segundos de trayecto parecen eternos. Mis pensamientos giran en círculos furiosos.

¿Cómo pudo socavarme así? ¿Sin siquiera una discusión?

Las puertas se abren y atravieso como una tormenta el área de recepción ejecutiva, ignorando las miradas sobresaltadas. La suite de Nicholas ocupa la esquina noreste—la ubicación privilegiada con las mejores vistas. Sarah, su asistente ejecutiva, se levanta de un salto de su escritorio cuando me acerco.

"¡Señora Mercer! No esperaba—"

Paso junto a ella, empujando la puerta de la oficina de Nicholas sin llamar. El amplio espacio está vacío. Su portátil cerrado sobre el escritorio, la silla perfectamente colocada. Ni rastro de él.

Sarah me sigue apresurada. "Señora Mercer, el señor Mercer se fue temprano hoy. Tenía una cita fuera de la oficina."

Me giro para enfrentarla, mi voz peligrosamente tranquila. "¿Dónde?"

Duda, sus ojos sin encontrarse del todo con los míos. "No estoy segura. No lo dijo."

Una mentira. Sarah conoce todo sobre el horario de Nicholas. Simplemente no está autorizada a decírmelo.

"¿Cuándo volverá?"

Otra vacilación. "No estoy segura."

Asiento una vez, la mandíbula tan apretada que duele. Sin decir otra palabra, me dirijo de vuelta al ascensor. En los treinta segundos de descenso, saco mi teléfono y marco el número de Nicholas.

Directo al buzón de voz. Ni siquiera suena.

"Ha contactado con Nicholas Mercer. Deje su mensaje."

Cuelgo sin hablar. ¿Qué podría decir? ¿Cómo pudiste hacerme esto profesionalmente cuando ya me estás fallando personalmente?

De vuelta en mi planta, Tara me intercepta mientras me acerco a mi oficina.

"Kira, Devon necesita tu opinión sobre los cambios en la interfaz de usuario para la segunda fase, y Alicia de Legal quiere saber si Jason aprobó los términos finales de licencia con Knox o si debería—"

"Ahora no", espeto, y me arrepiento inmediatamente de mi tono. "Habla con Jason. Todavía está aquí hoy."

"Pero pensé—"

Le lanzo una mirada que corta cualquier pregunta adicional. Se retira, y cierro la puerta de mi oficina detrás de mí, apoyándome contra ella.

Esto no es solo sobre Jason. Esto es sobre Nicholas tomando decisiones sobre mi departamento —mi carrera—sin siquiera consultarme. Esto es sobre control. Esto es sobre él no viéndome como una socia igual en nuestro matrimonio o en mi carrera.

Miro mi reloj. 4:37 PM. Tengo una montaña de trabajo que terminar antes de nuestra cena en Tavolino a las ocho.



Llego a Tavolino a las 7:55, entregando mis llaves a Marco, el aparcacoches que ha estado estacionando nuestros coches durante dos años.

"Buenas noches, señora Mercer", dice con una cálida sonrisa. "Hermosa como siempre."

Logro esbozar una pequeña sonrisa en respuesta. Elegí mi atuendo deliberadamente—un vestido verde esmeralda que Nicholas una vez dijo que hacía brillar mis ojos como piedras preciosas. Una adulación ridícula que me hizo reír en su momento. Ahora estoy patéticamente esperando que suavice su ira cuando lo confronte sobre Jason.

"¿El señor Mercer ya está dentro?", pregunta Marco casualmente mientras me entrega mi ticket.

"Debería llegar en breve."

Dentro, Antonio, el maître, me saluda con la familiar deferencia reservada para los clientes habituales que gastan cantidades obscenas en vino.

"Señora Mercer, encantado de verla. Su mesa habitual está lista."

Nuestra mesa habitual. El reservado de la esquina con privacidad y vista a la ciudad. Donde Nicholas me propuso matrimonio hace un año, arrodillándose junto a la mesa y presentando un anillo que costaba más que la casa de mis padres. Donde hemos celebrado cada hito desde entonces. Donde ha sostenido mi mano sobre la mesa y me ha prometido la eternidad.

Ahora me deslizo sola en el reservado, revisando mi teléfono por vigésima vez. Sin mensajes. Sin llamadas perdidas.

He intentado llamarlo tres veces más desde que salí de la oficina. Directo al buzón de voz cada vez.

"¿Su pinot noir habitual?", pregunta Antonio.

"Sí, gracias."

Mientras se aleja, escaneo el restaurante. Es viernes por la noche, y Tavolino está lleno con la mezcla habitual de cenas de negocios y citas románticas. Dos mesas más allá, una pareja de treintañeros se inclina el uno hacia el otro, hablando en voces bajas e íntimas. La mujer se ríe de algo que dice su pareja, tocando su mano con afecto natural.

Nicholas y yo solíamos ser así. Inclinándonos. Riendo. Tocándonos sin pensar.

Mi vino llega, y tomo un sorbo más grande de lo apropiado para una botella de noventa euros.

8:15 PM. Sin Nicholas.

Envío un mensaje: ***"¿Dónde estás?"***

Sin respuesta.

8:30 PM. Antonio se acerca con los menús, pero lo rechazo con un gesto. "Solo unos minutos más, por favor."

Mi teléfono sigue en silencio. Reviso mi correo, mensajes y nuestro calendario compartido. Nada raro. Ninguna emergencia. Ninguna explicación.

A las 8:45, intento llamar de nuevo. Buzón de voz. Otra vez.

"¿Señora Mercer?." Antonio ronda cerca, la preocupación evidente en su expresión

cuidadosamente neutral. "¿Le gustaría pedir algo mientras espera?"

Se me cierra la garganta, las lágrimas amenazando con formarse. Las contengo con control practicado. "No, gracias. Solo me quedaré con el vino."

Sus ojos contienen un rastro de lástima que me hace erizar la piel. "¿Está segura? ¿El señor Mercer está en camino?"

Otra pareja pasa junto a nuestra mesa, sus dedos entrelazados, la mujer apoyándose en el hombro del hombre. Tan casualmente íntimos. Tan normales.

"Oh, Nicholas está..." Me aclaro la garganta, elaborando una mentira que no me haga parecer patética. "Ambos estamos muy ocupados con el trabajo. Por favor, solo tráigame la cuenta."

Antonio asiente educadamente, fingiendo creerme. "Por supuesto."

Cuando regresa, le entrego mi tarjeta de crédito sin mirar el importe. No puedo soportar quedarme aquí más tiempo, observada por el personal que sabe exactamente lo que está pasando.

"Nos vemos el próximo viernes, señora Mercer", dice Antonio mientras me devuelve la tarjeta.

Fuerzo otra sonrisa. "Tal vez."

Afuera, Marco trae mi coche rápidamente, su habitual charla amistosa reducida a una sonrisa comprensiva. Le doy una propina demasiado generosa, desesperada por escapar de la lástima en sus ojos.

Conduzco a casa en silencio, las luces de la ciudad difuminándose mientras parpadeo conteniendo lágrimas inútiles. En un semáforo en rojo, reviso mi teléfono una vez más.

Nada.

Nuestra casa está oscura cuando entro en el camino de acceso. Sin luces. Sin señal del coche de Nicholas. El sistema de seguridad me saluda con su pitido mecánico mientras introduzco el código y entro.

"Hola, señora Mercer", anuncia al vestíbulo vacío. "Sistema desactivado."

Me quito los tacones, dejándolos donde caen. Me sirvo otra copa de vino de la botella en la cocina. Mis manos tiemblan ligeramente mientras la llevo escaleras arriba.

Nuestro dormitorio se siente demasiado grande, demasiado vacío. Me quedo de pie junto a la ventana, mirando la ciudad extendida debajo de nosotros como un mar de estrellas. En algún lugar ahí fuera, Nicholas está... ¿qué? ¿Trabajando? ¿Investigando? ¿Evitándome?

¿Cómo pudo ni siquiera enviar un mensaje? ¿Cómo pudo transferir a mi mejor miembro del equipo sin consultarme? ¿Cómo pudo no presentarse a nuestra cita semanal?

Una única lágrima se desliza por mi mejilla. La limpio con rabia.

No es esto lo que se suponía que seríamos. No es esto lo que se suponía que el matrimonio debía sentirse.

Dejo mi copa de vino y alcanzo mi teléfono una última vez.

"Solo hazme saber que estás vivo."

Presiono enviar, y me arrepiento inmediatamente de la vulnerabilidad que revela. ¿Cuándo me convertí en esta persona? ¿Cuándo empecé a mendigar migajas de atención de mi propio marido?

Me quito el vestido, colgándolo cuidadosamente en el armario junto a todas las otras cosas hermosas que Nicholas me ha comprado. Jaula cara para un pájaro solitario.

Mientras me deslizo en la cama, las sábanas frías contra mi piel, un pensamiento terrible se forma en mi mente. Uno que he estado evitando durante semanas.

¿Y si esto es todo? ¿Y si esto es nuestro matrimonio ahora? ¿Y si nunca regresa del lugar oscuro al que la muerte de James lo ha llevado?

¿Y si ya lo he perdido, y soy demasiado terca para admitirlo?

5

NICHOLAS

El distrito de almacenes se extiende a lo largo del río—edificios industriales abandonados y solares descuidados, el lugar perfecto para transacciones destinadas a permanecer ocultas. Aparco mi Audi a dos manzanas, junto a una fábrica clausurada.

El mensaje de Blackwood fue claro: ***"Quédate en el coche. Solo observa."***

Nunca se me ha dado bien seguir instrucciones.

La noche cae sobre la ciudad, y las farolas proyectan sombras marcadas sobre el pavimento agrietado. Mi reloj marca las 7:32 PM. La cena en Tavolino es a las ocho. Todavía tengo tiempo.

El sedán sin distintivos de Blackwood está aparcado en la esquina, apenas visible en la creciente oscuridad. Me acerco lentamente, manteniéndome en las sombras. Cuando llego a la puerta del copiloto, golpeo dos veces en la ventanilla.

Blackwood no parece sorprendido cuando la baja. "Te dije que te mantuvieras alejado."

"Es mi hermano." La única explicación necesaria.

Suspira, desbloqueando la puerta. "Quédate en el coche. Lo digo en serio esta vez."

Me deslizo en el asiento del copiloto. El interior huele a café y comida rápida. La vigilancia no es glamurosa.

"Vaughn está dentro", dice Blackwood, señalando con la cabeza hacia un almacén deteriorado al otro lado de la calle. Un cartel descolorido reza "Almacenes Riverside." "Entró hace veinte minutos. Otros dos llegaron por separado después de él."

"¿Quiénes?"

"Trabajando en las identificaciones. Uno conduce un Escalade negro registrado a nombre de Importaciones Delgado."

Mi pulso se acelera. La red Delgado es la mayor operación de drogas en la ciudad. Dinero antiguo, negocios legítimos en la superficie, veneno por debajo.

"¿Qué hacía James con esta gente?"

"Eso es lo que intentamos averiguar." Blackwood me entrega unos pequeños prismáticos. "Tercera planta, segunda ventana desde la izquierda. La única con luz."

Enfoco la ventana, un resplandor tenue apenas visible a través del cristal sucio. Las siluetas se mueven detrás—tres figuras, tal vez cuatro. Demasiado lejos para identificarlas.

"¿Cuánto suelen durar estas reuniones?"

Blackwood se encoge de hombros. "Podrían ser minutos. Podrían ser horas."

Mi teléfono vibra en el bolsillo. 7:45 PM. Un recordatorio de la cena en el calendario. Kira estará esperando. Algo se retuerce en mi estómago—culpa, tal vez. O frustración por sentirme dividido en dos direcciones.

"Necesito hacer una llamada", digo, alcanzando mi teléfono.

La mano de Blackwood se cierra alrededor de mi muñeca. "Nada de llamadas. Nada de firmas electrónicas. No sabemos quién está monitoreando."

"Es solo mi esposa."

"Nada de llamadas", repite firmemente.

Quiero discutir, pero un movimiento al otro lado de la calle capta mi atención. Una figura emerge del almacén—no es Vaughn, alguien nuevo. Alto, vistiendo un abrigo caro que no encaja con el entorno.

"¿Quién es ese?" Levanto los prismáticos de nuevo.

"Espera." Blackwood ajusta su cámara, el obturador disparando rápidamente. "Necesito una toma clara de su rostro."

El hombre camina hacia un Mercedes plateado aparcado a media manzana, su rostro apartado de nosotros. Justo cuando llega al coche, mira hacia atrás, hacia el almacén. La farola ilumina su perfil durante solo un segundo.

"¿Lo captaste?", pregunto.

Blackwood asiente, revisando las fotos en su cámara. "Ejecutaré el reconocimiento facial cuando volvamos."

"Lo reconozco", digo lentamente, cayendo en la cuenta. "Es Victor Sullivan. Está en el consejo del First National."

Blackwood alza la mirada de golpe. "¿El banco?"

"El banco de James." Las implicaciones giran en mi mente. Un banquero respetado reuniéndose con traficantes en un almacén abandonado. El mismo banco donde James tenía depósitos inexplicables en efectivo.

"Esto acaba de volverse más interesante", murmura Blackwood.

Otra figura emerge del almacén—Jeremy Vaughn esta vez, identificable por sus fotos. La bolsa de lona que llevaba al entrar ha desaparecido. Se dirige en dirección opuesta a Sullivan.

"¿Deberíamos seguirle?", pregunto.

"Mi hombre del otro lado seguirá a Vaughn." Blackwood arranca el coche. "Nosotros nos quedamos con Sullivan."

Seguimos al Mercedes a distancia, serpenteando por las calles de la ciudad hacia el distrito financiero. Mi teléfono vibra de nuevo en mi bolsillo. 8:15 PM. Kira estará en el restaurante ahora, esperando.

Debería llamarla. Inventar una excusa. Pero la advertencia de Blackwood resuena en mi cabeza. Nada de llamadas.

Sullivan aparca en el garaje subterráneo bajo la sede del First National. Lo observamos desde el otro lado de la calle mientras entra en el edificio usando una tarjeta de acceso.

"Trabajando hasta tarde un viernes", observa Blackwood. "Interesantes prioridades para un hombre de familia."

"¿Y ahora qué?"

"Ahora esperamos." Se acomoda en su asiento. "Si está moviendo dinero para Delgado, necesitará acceder a ciertos sistemas. Eso deja rastros."

Mi teléfono vibra una vez más, y sé que es Kira sin necesidad de mirar.

La culpa se intensifica. Debería estar cenando con mi esposa, no vigilando a un banquero que podría estar conectado con la muerte de mi hermano. Pero cada instinto me dice que estamos cerca de algo importante.

Ella lo entenderá. Cuando esto termine, cuando descubra quién mató a James, seré el marido que se merece.

Pasan las horas. Sullivan permanece en el edificio.

A las 10:47 PM, Sullivan finalmente emerge, luciendo cansado pero satisfecho. Vuelve a su coche y conduce hasta un edificio de apartamentos de lujo en el centro—no su dirección habitual, según Blackwood.

"Novia, tal vez", sugiere Blackwood mientras vemos a Sullivan entrar al edificio. "O otra reunión de negocios."

"Necesito saber qué estaba haciendo en esa oficina esta noche."

"Tengo un contacto en su departamento de IT. Haré que revise los registros de acceso."

"No es lo suficientemente rápido." Ya estoy formulando un plan. "Consígueme una reunión con Sullivan. Mañana."

"Así no es como funciona la vigilancia. Necesitamos construir el caso lentamente, con cuidado."

"James no tuvo el lujo del tiempo", digo fríamente. "Nosotros tampoco."

Blackwood suspira. "Veré qué puedo hacer."

Es pasada la medianoche cuando finalmente entro en nuestro camino de acceso. La casa está oscura excepto por las luces de seguridad que se activan cuando me acerco. No hay señal del coche de Kira en el garaje—debe haberlo aparcado delante.

La culpa regresa mientras entro en nuestra silenciosa casa. Me perdí la cena. No llamé. No envié

mensajes. Debe estar furiosa. Tiene todo el derecho a estarlo.

Reviso mi teléfono. Tres llamadas perdidas. Dos mensajes. El último hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente: ***"Solo hazme saber que estás vivo."***

Debería haber llamado. Debería haber encontrado una manera de hacerle saber. Pero estaba tan cerca—tan jodidamente cerca de algo real sobre James.

Nuestro dormitorio está oscuro cuando abro la puerta. Kira yace acurrucada en su lado de la cama, de espaldas a la puerta. Su respiración es demasiado regular, demasiado medida. Está despierta, fingiendo dormir.

Me quedo allí por un largo momento, observando el contorno de su cuerpo bajo las sábanas. Quiero explicarle todo—sobre Sullivan, sobre Vaughn, sobre la reunión en el almacén.

Pero tomé esa decisión hace meses. Mantenerla fuera de esto. Mantenerla a salvo. La gente que mató a James no dudaría en eliminar a cualquiera que se acercara demasiado a la verdad.

Me quito el traje y me dirijo a la ducha, dejando que el agua caliente lave la tensión de la noche. Cuando finalmente me deslizo en la cama junto a ella, Kira no se mueve. El espacio entre nosotros parece vasto, infranqueable.

Extiendo la mano, mis dedos flotando justo sobre su pelo extendido en la almohada. Luego retiro la mano. Mejor dejarla dormir. Mejor enfrentar su ira por la mañana cuando pueda pensar con claridad.

El sueño me elude. Miro fijamente al techo, la mente acelerada con conexiones y posibilidades. James. Vaughn. Sullivan. Delgado. Depósitos en efectivo. Un segundo teléfono nunca registrado como evidencia.

Tan cerca de la verdad pero tan lejos del hombre que solía ser.



Cuando despierto, el lado de la cama de Kira está vacío. El reloj marca las 7:13 AM. Más tarde de lo que suelo levantarme, pero no sorprende después de anoche.

Me visto rápidamente—traje gris marengo, camisa blanca impecable, corbata azul.

El aroma de café y desayuno me envuelve al bajar las escaleras. Paolo se ha superado esta mañana—la mesa formal está puesta con un despliegue que impresionaría incluso a mi madre.

Fruta fresca, pasteles, una frittata humeante en su fuente, bacon dispuesto artísticamente en una bandeja.

Kira está sentada en el extremo más alejado de la mesa, tan distante como es posible de mi lugar habitual en la cabecera. Su pelo está recogido en una cola de caballo elegante y su maquillaje es impecable. Lleva un vestido azul perfectamente entallado.

No levanta la mirada cuando entro, simplemente continúa leyendo algo en su tableta, la taza de café suspendida a medio camino de sus labios.

"Buenos días, preciosa", digo, manteniendo un tono ligero mientras camino hacia su lado de la mesa.

Me inclino para besar la parte superior de su cabeza. Su cuerpo se tensa ante el contacto. No devuelve el saludo.

"¿Has dormido bien?", pregunto, tomando mi asiento en el extremo opuesto de la mesa. Paolo aparece silenciosamente, sirviéndome café, luego desaparece de vuelta en la cocina.

"Maravillosamente", dice Kira, su voz fría y controlada.

"Sobre lo de anoche—"

"No." Me corta, sin mirarme todavía. "No me interesan las excusas."

La estudio por encima del borde de mi taza de café. La ira irradia de ella en oleadas, pero hay algo más debajo. Dolor. Decepción. Miedo, quizás.

"No era una excusa", digo con cuidado. "Era una explicación."

Ahora sí me mira, sus ojos verdes destellando. "Una explicación. ¿Por dejarme plantada en la cena? ¿Por no tener ni la cortesía básica de llamar o mandar un mensaje? ¿Por hacerme sentar allí sola como una esposa patética y abandonada mientras el personal me miraba con lástima? Fue humillante, Nicholas."

"No podía llamar", digo. "No era seguro."

"Por supuesto." Pone los ojos en blanco. "El gran Nicholas Mercer demasiado ocupado con investigaciones para llamar a su esposa."

"Eso no es justo."

"¿Justo?." Su risa es quebradiza. "¿Quieres hablar de lo que es justo? Hablemos de cómo transferiste a mi director creativo a otro departamento sin siquiera discutirlo conmigo primero."

Así que de eso se trata realmente. Jason. El recuerdo de él demasiado cerca de Kira, haciéndola sonreír, envía una nueva oleada de ira a través de mí.

"Fue una decisión ejecutiva necesaria", digo, mi voz endureciéndose. "Jason Daniels se estaba convirtiendo en un problema."

"¿Un problema para quién? No para mí. No para el departamento de marketing. No para la cuenta Knox. Solo para tu ego."

"Estaba sobrepasando límites."

"¿Qué límites?", exige. "¿Los límites de ser bueno en su trabajo? ¿De contribuir a un proyecto en el que he trabajado durante meses? ¿O los límites de hablarme como si fuera su jefa y no solo tu esposa?"

Dejo mi taza de café con control deliberado. "Vi cómo te miraba. Cómo te hablaba. Lo cerca que se ponía. Vi cómo lo disfrutabas."

Sus mejillas se sonrojan. "¿Te molesta porque crees que Jason estaba coqueteando conmigo, pero no pudiste ni aparecer para la cena?"

"Estaba ocupándome de asuntos relacionados con la investigación", digo, mandíbula tensa.

"Claro que sí." Toma un sorbo de su zumo de naranja, poniendo los ojos en blanco. "Esa es siempre la excusa, ¿no?"

"No es una excusa. Estaba siguiendo una pista para el caso de James."

"¿Y esa pista era tan importante que no podías tomarte diez segundos para enviarme un mensaje? ¿Para hacerme saber que no te esperara mientras me sentaba sola en un restaurante lleno de parejas felices?"

"Ya te lo dije, no podía llamar ni mandar mensajes. No era seguro."

"Mentira." La palabra chasquea como un látigo. "No me contactaste porque no pensaste en mí. Porque ya no soy una prioridad."

"Eso no es cierto." Me aparto de la mesa, poniéndome de pie. "Todo lo que hago es por nosotros.

Por nuestro futuro."

"¿Nuestro futuro?." Se ríe otra vez, ese mismo sonido hueco. "No tendremos futuro si no tenemos presente, Nicholas. Y ahora mismo, apenas tenemos eso."

Me muevo alrededor de la mesa hacia ella, la ira y la frustración creciendo con cada paso. "¿Crees que disfruto esto? ¿Crees que quiero pasar mis noches rastreando criminales en lugar de estar contigo? Estoy haciendo lo que hay que hacer."

"Lo que hay que hacer", repite, levantándose para enfrentarme. "¿Como transferir a Jason porque estabas celoso?"

"Te vi", digo, mi voz bajando peligrosamente. "Sé que lo disfrutaste, que él coqueteara contigo."

"No estaba coqueteando. Estaba siendo profesional y solidario durante una presentación importante."

"No me mientas." Me acerco más, invadiendo su espacio. "Nadie mira a mi esposa así. Nadie te habla ni te hace sonreír así. Nadie tiene permitido hacer eso excepto yo."

"No me has hecho sonreír en meses", susurra, las palabras cortando más profundo que su ira.

Extiendo la mano, agarro su barbilla entre mi pulgar y mi índice, inclinando su rostro hacia el mío. "Mi palabra es definitiva, Kira. Jason se queda en Desarrollo de Negocio. Si lo pillo cerca de ti otra vez, está despedido."

Parece que quiere decir algo pero luego aparta la mirada. La lucha se drena de ella en un instante, dejando algo peor. Resignación.

Suelto mi mano, repentinamente consciente de lo mucho que estoy perdiendo el control. "Siento lo de la cena", digo, suavizando mi tono. "Podemos reprogramarla para esta noche."

"No." La palabra es tranquila pero firme.

"Cariño—"

"He dicho que no." Da un paso atrás, creando distancia entre nosotros.

El paralelo con mis palabras sobre Jason no se me escapa. Está devolviéndome mi control en la cara, trazando su propia línea.

Asiento una vez. "Esa es tu elección, entonces. Te veré en la oficina."

No responde, simplemente se vuelve a su desayuno, despidiéndome. El mensaje es claro: puedo controlar su vida profesional, pero no su corazón.

Debería sentirme culpable. Debería disculparme de nuevo, apropiadamente esta vez. Debería contarle todo—sobre Sullivan, sobre el almacén, sobre la creciente certeza de que James estaba involucrado en algo peligroso e ilegal. Debería admitir que la echo de menos, que me estoy ahogando sin ella, que no sé cómo ser esposo y vengador al mismo tiempo.

Pero la imagen de Jason demasiado cerca, haciéndola sonreír cuando yo solo la he hecho llorar últimamente, anula todo lo demás. Los celos son irracionales, posesivos, feos—pero no puedo sacudírmelos.

Ella es mía. La única cosa buena en mi vida. La única cosa pura. No voy a compartirla, ni siquiera un poco.

Mientras salgo por la puerta, miro hacia atrás. Kira permanece inmóvil en la mesa, mirando a la nada, una única lágrima deslizándose por su mejilla.

Por un momento, casi me doy la vuelta. Casi.

En su lugar, cierro la puerta tras de mí, el sonido final y condenatorio.

6

KIRA

La oficina está demasiado iluminada esta mañana; los ventanales del suelo al techo dejan pasar una luz que me hiere los ojos.

Llevo diez minutos mirando el mismo correo electrónico, las palabras se difuminan. Mi mente sigue repitiendo la discusión de esta mañana con Nicholas, sus dedos agarrando mi barbilla, su voz baja y peligrosa.

"Mi palabra es definitiva, Kira. Jason se queda en Desarrollo de Negocio. Si lo pillo cerca de ti otra vez, está despedido."

La posesividad en sus ojos, tan familiar y a la vez tan extraña. Antes, esa intensidad me hacía sentir valorada. Ahora se siente como otra jaula, otra forma en que me encierra mientras él vaga libre.

Un suave golpe en mi puerta me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada para ver a Jason vacilando en el umbral, su expresión cuidadosamente neutral.

"¿Tienes un minuto?", pregunta.

Se me encoge el estómago. Lo último que necesito es que Nicholas pase y vea a Jason en mi oficina.

"Pasa", digo, manteniendo mi voz profesional. "Pero que sea rápido."

Entra pero no se sienta, pareciendo entender la precaria situación. "¿Hablaste con él?"

Trago con dificultad. "Lo siento, Jason... No puedo hacerle cambiar de opinión."

La decepción cruza su rostro, rápidamente reemplazada por resignación. "Me lo imaginaba. Por cómo me miró ayer—" Niega con la cabeza. "He estado en el extremo receptor de suficientes gilipolleces territoriales como para reconocerlo."

"Nicholas cree que está protegiendo a la empresa", digo débilmente, sin creer mis propias palabras.

Jason arquea una ceja. "¿Así lo llamamos ahora?"

"A mí tampoco me gusta esto", digo, la ira filtrándose en mi voz. "No tenía derecho a interferir con mi departamento, especialmente durante el lanzamiento de un producto importante."

"¿Entonces qué pasa ahora? La presentación de Knox es la semana que viene, y yo llevaba la estrategia de implementación. ¿Quién se encarga de eso?"

He estado pensando en esto desde anoche. "Rebecca. Ha estado siguiéndote en los requisitos técnicos, y conoce las expectativas del cliente."

"Rebecca es buena", admite Jason. "Pero necesitará apoyo."

"Trabajaré con ella directamente." Me levanto, moviéndome hacia la puerta en una indirecta no tan sutil de que esta conversación necesita terminar. "Aprecio todo lo que has hecho por el lanzamiento de Prism, Jason. Esto no es personal."

Se ríe suavemente. "Ambos sabemos que eso no es cierto. Es completamente personal."

No tengo respuesta para eso porque tiene razón. Esto no tiene nada que ver con los negocios y todo que ver con los celos de Nicholas.

"Debería irme", dice Jason. "No quiero meterte en problemas con el jefe." No hay burla en su tono, solo resignación. "Por lo que vale, Kira, eres la mejor directora de marketing con la que he trabajado. Espero que él sepa lo que tiene."

Las palabras duelen porque no estoy segura de que Nicholas lo sepa ya. No como solía saberlo.

Después de que Jason se va, llamo a Rebecca a mi oficina. Es joven pero inteligente, con habilidades analíticas que rivalizan con las de Jason. Lo más importante, es mujer, lo que significa que Nicholas no se sentirá amenazado por que trabaje estrechamente conmigo.

Qué patético que ahora tenga que tomar decisiones de personal basadas en quién no provocará los instintos posesivos de mi marido.

"Rebecca, necesito que te hagas cargo del papel de Jason en el proyecto Knox", le digo cuando llega. "Lo han transferido a Desarrollo de Negocio."

Sus ojos se agrandan. "Pero la presentación es la semana que viene."

"Lo sé. No es ideal, pero trabajaré contigo directamente para ponerte al día."

"¿Está todo bien?", pregunta con cautela. "Hay rumores."

Por supuesto. Nada permanece en secreto en una oficina, especialmente cuando el CEO usa su autoridad para trasladar a alguien que trabaja directamente con su esposa.

"Todo está bien", miento. "Solo una reestructuración estratégica. Tengo total confianza en ti."

Después de que se va, vuelvo a mi ordenador, forzándome a concentrarme en el trabajo en lugar de en mi matrimonio que se desmorona. Una hora pasa en un borrón de correos electrónicos y actualizaciones de proyectos.

Estoy revisando la propuesta actualizada de Knox cuando Tara aparece en mi puerta.

"Entrega para ti", dice, haciéndose a un lado para revelar a un florista sosteniendo un enorme arreglo de rosas rojas.

Se me hunde el corazón. La disculpa estándar de Nicholas.

"¿Dónde quiere estas, señora Mercer?", pregunta el florista.

"Aquí está bien", digo, señalando la esquina de mi escritorio. Tan pronto como se va, busco una tarjeta. Nada. Ni siquiera un genérico "Lo siento" o su inicial. Solo flores, como si el gesto por sí solo debiera ser suficiente.

Una vez que Tara cierra mi puerta, levanto el pesado jarrón de cristal y lo llevo directamente a la papelera junto a mi escritorio.

Las rosas—probablemente trescientos euros en total—caen en el cubo, sus perfectos pétalos rojos aplastados contra vasos de café desechados y notas de reuniones.

¿Mezquino? Tal vez. Pero después del abandono de anoche y la discusión de esta mañana, las flores sin siquiera una nota se sienten como un insulto.

Mi teléfono suena, el nombre de Ashley iluminando la pantalla. Una distracción bienvenida.

"Hola, extraña", contesto, reclinándome en mi silla.

"Hola tú", la voz de mi hermana llena la línea, brillante y familiar. "¿Adivina qué? ¡Estoy en la ciudad!"

"¿Ya? Pensé que no venías hasta la semana que viene."

"Cambio de planes. Mi examen final se adelantó, así que oficialmente estoy de vacaciones de verano desde ayer. Por favor, dime que puedes almorzar hoy."

"Me encantaría. ¿Dónde estás pensando?"

"¿Qué tal Willow? He estado soñando con su risotto de trufa desde la última vez."

Willow es uno de los restaurantes más caros del centro, pero Ashley es una estudiante universitaria con gustos de champán y presupuesto de cerveza. Claramente esta es su manera de decir "tú invitas."

"Te veo allí a las 12:30", le digo, sintiéndome ya más ligera ante la perspectiva de ver a mi hermana.

Paso las siguientes dos horas enterrada en el trabajo, reasignando los proyectos de Jason y poniendo a Rebecca al día. Para cuando salgo a almorzar, he logrado más de lo que esperaba, impulsada por la necesidad de probar—a Nicholas, a mí misma, a todos—que soy perfectamente capaz de manejar mi departamento sin su interferencia.

Willow se encuentra en el piso cuarenta y dos de una torre de cristal en el centro, sus vistas panorámicas casi tan impresionantes como los precios de su menú.

Ashley ya está sentada cuando llego; su rostro se ilumina con una amplia sonrisa al verme.

"¡Por fin!", salta para abrazarme. "Ha pasado una eternidad."

"Tres meses no es una eternidad", me río, devolviéndole el abrazo. A los veintiún años, Ashley es seis años menor que yo, pero la gente a menudo nos confunde con gemelas. El mismo pelo oscuro, los mismos ojos verde avellana cambiantes, la misma sonrisa. La principal diferencia es su energía despreocupada—algo que yo solía tener antes de que mi matrimonio empezara a desmoronarse.

"Parece una eternidad cuando estoy atrapada en el campus rodeada de libros de texto y hipsters pretenciosos", dice con dramatismo.

Pedimos rápidamente—risotto para ella, salmón para mí, vino para ambas a pesar del día laboral. Lo necesito después de la mañana que he tenido.

"Vale, suéltalo", dice Ashley cuando llegan nuestras bebidas. "¿Qué pasa? Tienes una pinta horrible."

"Gracias."

"Sabes a qué me refiero. Tu maquillaje es impecable, tu atuendo es perfecto, pero tus ojos parecen tristes. ¿Es Nicholas?"

Tomo un largo sorbo de vino antes de responder. "Las cosas están... complicadas ahora mismo. No está siendo el hombre con el que me casé."

"Eso es lo que dice la gente en Facebook cuando están a una pelea de divorciarse."

"No nos vamos a divorciar", digo automáticamente. "Todavía está de luto por James. Ha sido difícil."

La expresión de Ashley se suaviza. "Lo sé. Fue horrible lo que pasó. Pero han pasado cinco meses, Kira. ¿Cuánto tiempo vas a dejar que use el duelo como excusa para desconectarse de tu matrimonio?"

"No se ha desconectado", argumento, aunque las palabras suenan huecas. "Solo está centrado en encontrar al asesino de James."

"¿Tan centrado que no puede ser tu marido?"

Miro por la ventana, la ciudad extendiéndose debajo de nosotras, diminutos coches y personas siguiendo con sus vidas. En algún lugar ahí abajo, Nicholas probablemente está en su oficina, pensando en James, en Sullivan, en todo excepto en nosotros.

"Faltó a nuestra cena anoche", admito. "No llamó, no mandó mensaje. Me senté sola en Tavolino durante casi una hora antes de irme."

Los ojos de Ashley se agrandan. "¿Qué coño? Eso no es duelo, eso es ser un capullo."

"Es complicado", digo de nuevo. "Estaba siguiendo una pista sobre James."

"¿Y los teléfonos no funcionan cuando juegas a ser detective?"

Me río aunque no hay humor en ello. "Aparentemente no."

"¿Qué más?", insiste Ashley. "Hay más. Puedo notarlo."

"Transfirió a mi director creativo a otro departamento porque pensó que el tipo estaba coqueteando conmigo."

"¿Lo estaba?"

"¡No! Jason estaba siendo profesional y solidario durante una presentación importante. Nicholas lo vio de pie cerca de mí, haciéndome sonreír, y decidió que eso significaba que estaba pasando algo inapropiado."

Ashley silba bajo. "¿Un poco controlador, no?"

"Siempre ha sido posesivo", digo, "pero antes era sexy. Como si no pudiera soportar la idea de que alguien más me tuviera. Ahora se siente..."

"¿Asfixiante?"

"Sí." La admisión duele, como si estuviera traicionando algo. "Esta mañana me dejó claro que su palabra era ley. Es como si mis sentimientos ya no contaran."

La expresión de Ashley se oscurece. "Eso no está bien, Kira."

"Sé cómo suena, pero no estaba siendo agresivo. Solo... dominante. Siempre ha sido su manera."

"Hay dominante, y luego hay controlador. ¿Dónde está la línea para ti?"

No tengo respuesta. La línea se ha estado difuminando durante meses, cambiando mientras Nicholas se retira más en su dolor y obsesión.

Nuestra comida llega, dándome un momento para recoger mis pensamientos.

"No voy a dejarlo", digo finalmente. "Está sufriendo. Me necesita."

"¿Lo hace?", pregunta Ashley suavemente. "Porque desde donde yo estoy sentada, parece que te está alejando mientras espera que esperes pacientemente a que decida que eres una prioridad de nuevo."

Sus palabras dan demasiado cerca de casa. Empujo mi salmón por el plato, sin apetito. "Lo amo."

"Lo sé." Ashley se estira sobre la mesa, apretando mi mano. "Pero el amor no se supone que te haga sentir sola, Kira. No se supone que te haga temer acercarte a tus compañeros de trabajo porque tu marido podría ponerse celoso."

"Es temporal", insisto. "Una vez que encuentren al asesino de James, volverá a mí. Volverá a ser él mismo."

"¿Y si nunca encuentran al asesino?." Su pregunta queda suspendida en el aire entre nosotras. "¿Entonces qué?"

No tengo respuesta. El pensamiento es demasiado aterrador para contemplarlo.

Terminamos el almuerzo con temas más ligeros—sus clases, el drama con su compañera de cuarto, las prácticas que espera conseguir en otoño. Para cuando nos despedimos con un abrazo fuera del restaurante, me siento mejor y peor a la vez. Mejor porque Ashley siempre me conecta con la tierra, me recuerda quién soy más allá de ser la señora Mercer. Peor porque sus preguntas me han forzado a mirar verdades que he estado evitando.

De vuelta en la oficina, me sumerjo en el trabajo de nuevo, la única área de mi vida donde todavía me siento en control. La ironía no se me escapa—el único lugar donde me siento poderosa es el mismo lugar donde Nicholas ejerció su control removiendo a Jason.

Las rosas en mi papelera han comenzado a marchitarse, su rojo intenso volviéndose más oscuro en los bordes. Como mi matrimonio—lo que una vez fue vibrante ahora muere lentamente por negligencia.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Nicholas.

"Trabajaré hasta tarde esta noche. No me esperes."

Sin "lo siento." Sin explicación. Sin preguntar por mi día o mis sentimientos. Solo un anuncio, como si fuera su asistente en lugar de su esposa.

No respondo. ¿Qué podría decir? ¿Que lo echo de menos? ¿Que estoy enfadada? ¿Que tengo miedo de en qué nos estamos convirtiendo?

En su lugar, vuelvo a mi ordenador, a la seguridad de las hojas de cálculo y los planes de marketing. A la única parte de mi vida que todavía tiene sentido.

7

NICHOLAS

El expediente de Sullivan está abierto sobre mi escritorio, anotado con las meticulosas notas de Blackwood. Registros bancarios, llamadas telefónicas, transacciones sospechosas—dos semanas de vigilancia compiladas en un retrato condenatorio. No suficiente para acciones legales, pero más que suficiente para ejercer presión.

Miro mi reloj. 9:47 AM. Sullivan debería llegar pronto.

Sarah aparece en mi puerta. "El señor Sullivan está aquí."

"Dame dos minutos, luego hazlo pasar." Cierro el expediente y lo deslizo en el cajón de mi escritorio. Mejor no mostrar mis cartas demasiado pronto.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Kira.

"Cena con Ashley esta noche. No me esperes."

Escueto. Profesional. Como toda comunicación entre nosotros durante las últimas dos semanas. La llegada de su hermana a la ciudad le ha dado la excusa perfecta para evitarme, para llegar tarde a casa o no llegar. El viernes pasado, pasó la noche en casa de sus padres. Sin aviso, solo un mensaje a las 11 PM diciendo que se quedaba allí.

Me quedé mirando el techo hasta el amanecer, imaginando todos los escenarios posibles, desde accidentes de coche hasta aventuras. La amarga ironía no se me escapó—ahora sé lo que se siente al esperar a alguien que no llega a casa. Preguntarse si están a salvo, si volverán, si siguen siendo tuyos.

No respondo a su mensaje. ¿Qué podría decir? ¿Que la echo de menos? ¿Que resolver el asesinato de James se siente vacío cuando estoy perdiendo a mi esposa en el proceso?

Sarah golpea una vez, luego abre la puerta. Victor Sullivan entra, confianza en su traje caro y sonrisa ensayada. Cincuenta y tantos, plateado en las sienes, el aspecto pulido del dinero antiguo. Si no lo hubiera visto en ese almacén, creería la actuación del banquero respetable.

"Nicholas", dice cálidamente, extendiendo su mano. "Siempre un placer."

Estrecho su mano, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos. "Victor. Gracias por hacer tiempo."

"¿Para Mercer Industries? Siempre." Se acomoda en la silla frente a mi escritorio, cruzando una pierna sobre la otra. Relajado. Sin sospechar. "¿Su mensaje mencionaba una potencial oportunidad de inversión?"

"Sí." Me inclino hacia adelante, codos sobre mi escritorio. "He estado considerando expandir nuestra división de servicios financieros. La experiencia de First National sería valiosa."

Sullivan asiente, interés profesional brillando en sus ojos. "Movimiento inteligente. El mercado se está moviendo hacia modelos de servicio integrados. ¿Qué áreas específicas está considerando?"

"Transferencias internacionales. Gestión de activos." Hago una pausa deliberada. "Soluciones financieras creativas."

Su expresión no cambia, pero algo se mueve en sus ojos. Cautela, quizás. O cálculo. "Áreas amplias. ¿Cuál es su cronograma?"

"Inmediato." Saco del cajón no el expediente de vigilancia, sino una carpeta con propuestas comerciales legítimas. "Mi equipo ha elaborado proyecciones iniciales."

Mientras revisa los documentos, lo estudio. Este hombre tuvo algo que ver con la muerte de mi hermano—lo siento en las entrañas. La pregunta es qué. ¿Estaba James lavando dinero para la red Delgado a través de First National? ¿Era Sullivan su controlador? ¿Su asesino?

"Estos números son ambiciosos", dice Sullivan, levantando la vista de los papeles. "Especialmente para una empresa sin infraestructura significativa de servicios financieros."

"Mercer Industries siempre ha sido ambiciosa." Me reclino en mi silla. "James estaba particularmente interesado en expandir esta división."

El ligero endurecimiento de los hombros de Sullivan al nombre de mi hermano confirma mis sospechas. Conocía a James más allá de las relaciones bancarias normales.

"James tenía ideas innovadoras", dice Sullivan cuidadosamente. "Su muerte fue una pérdida terrible."

"Sí, lo fue." Mantengo mi voz neutral. "Hablaba muy bien de First National. Decía que manejaban ciertos... asuntos sensibles con discreción."

La máscara de Sullivan se desliza por solo un segundo—un destello de inquietud rápidamente ocultado tras una sonrisa profesional. "Nos enorgullecemos de la confidencialidad del cliente."

"Como yo." Me levanto, caminando hacia la ventana con vista a la ciudad. "Por eso pensé en usted para esta oportunidad particular."

"Lo aprecio, Nicholas." Sullivan cierra la carpeta, levantándose también. "Déjeme revisar estas propuestas con mi equipo. Deberíamos tener comentarios para usted al final de la semana."

Me giro para enfrentarlo. "Una cosa más, Victor. James mencionó una cuenta especial que mantenía con su banco. Privada. Fuera de los libros."

Es una mentira, pero la forma en que los ojos de Sullivan se ensanchan ligeramente me dice que está ocultando algo.

"No estoy familiarizado con ninguna cuenta así", dice cuidadosamente. "Todas nuestras relaciones con clientes están debidamente documentadas."

"Por supuesto que lo están." Me acerco, lo suficiente para entrar en su espacio personal sin ser abiertamente amenazante. "Pero si tal cuenta existiera, querría que se manejara con la misma... discreción ahora que me estoy haciendo cargo de los asuntos de James."

Sullivan traga visiblemente. "Revisaré nuestros registros. Si veo algo inusual, me pondré en contacto directamente con usted."

"Lo agradecería." Extiendo mi mano de nuevo, forzándolo a estrecharla. "Tengo otra reunión ahora, pero mi asistente lo acompañará a la salida."

Duda, luego asiente. "Me mantendré en contacto."

En el momento en que se va, le envío un mensaje a Blackwood: Sullivan mordió el anzuelo. Que alguien lo siga. Está asustado.

Luego llamo a seguridad. "¿Garrett? Necesito el registro de visitantes de la visita de Sullivan. Y registros de acceso de las áreas del edificio que visitó."

"Ya estoy en ello, señor. Está bajando en el ascensor ahora. Se detuvo primero en el baño del piso 37."

"Avísame si hace alguna llamada."

Me paso una mano por la cara, el agotamiento asentándose en mis huesos. Las últimas dos semanas han sido un infierno. A pesar de que el negocio marcha sin problemas—el acuerdo con Knox finalizado, nuevos proyectos avanzando—mi vida personal está en ruinas.

Kira y yo ocupamos la misma casa pero vivimos vidas separadas. Llega tarde, sale temprano. Cuando interactuamos, es con fría cortesía. No hemos compartido cama en diez días—ha tomado la costumbre de dormir en la habitación de invitados cuando decide venir a casa.

Si viene a casa. Más a menudo, está con Ashley. De compras. Cenas. Brunch de fin de semana. Su hermana se ha convertido en el amortiguador perfecto entre nosotros, la excusa perfecta para que Kira se ausente de nuestro matrimonio que se desmorona.

Mi teléfono vibra de nuevo—Blackwood esta vez.

Sullivan hizo una llamada desde su coche. Intentó contactar con alguien llamado Alvarez y dejó un mensaje urgente para "limpiar la situación Mercer." El equipo de sonido lo está capturando ahora.

Alvarez. El nombre enciende algo en mi memoria. Abro los registros telefónicos de James en mi portátil, escaneando los números que llamó en las semanas antes de su muerte. Ahí—un número listado como "Miguel A." llamó seis veces.

Le envío un mensaje a Blackwood: ***"Comprueba si el nombre de pila de Alvarez es Miguel. James contactó con alguien con esas iniciales."***

La respuesta llega rápidamente: ***"Lo averiguaremos. Sullivan se dirige al almacén de Importaciones Delgado, no al banco."***

Todo está conectado. Sullivan. Delgado. Vaughn. James. Las transferencias de dinero. El segundo teléfono. Las grabaciones de seguridad desaparecidas.

Estoy cerca de la verdad. Tan jodidamente cerca que puedo saborearla.

¿Pero a qué precio?

El pensamiento me persigue mientras paso el resto del día enterrado en reuniones y conferencias

telefónicas. A las seis en punto, he tomado una decisión. No puedo pasar otra noche preguntándome si mi esposa volverá a casa.

Le envío un mensaje a Garrett: ***"Necesito ubicación de la señora Mercer."***

Su respuesta llega rápidamente: ***"Valentino's en la Quinta. Con su hermana desde las 5:45."***

No me molesto en cambiarme. El traje gris marengo que he llevado todo el día está impecable a pesar de las horas. Agarro mis llaves y me dirijo al ascensor, ignorando la mirada sorprendida de Sarah cuando paso por su escritorio.

"Cancela cualquier otra cosa para hoy", le digo. "He terminado."

El tráfico es misericordiosamente ligero. Llego a Valentino's a las 7:15, el elegante restaurante italiano brillando con luz cálida contra el cielo nocturno. A través de la ventana, las localizo inmediatamente—Kira y Ashley en una mesa de la esquina, las copas de vino ya medio vacías, las cabezas juntas en conversación.

El maître me reconoce. "Señor Mercer, no lo esperábamos esta noche."

"Me uno a mi esposa y mi cuñada", digo, señalando hacia su mesa con la cabeza. "No hace falta que me anuncie."

Me acerco en silencio, captando el final de la frase de Ashley.

"—no puedes seguir dejando que lo controle todo, Kira. No es saludable."

Ambas levantan la mirada cuando llego a la mesa. La sorpresa cruza el rostro de Kira, rápidamente reemplazada por cautela. La expresión de Ashley es más fría, más calculadora.

"Nicholas", dice Kira, su voz cuidadosamente neutral. "¿Qué haces aquí?"

En lugar de responder, me inclino y presiono mis labios contra los suyos. Un beso breve, posesivo que ella no devuelve pero tampoco rechaza. La siento tensarse ligeramente antes de que me aparte.

"Ashley", saludo a mi cuñada con una sonrisa que no llega a mis ojos. "Me alegro de verte. ¿Qué tal la universidad?"

"Esclarecedora", dice, arqueando una ceja. "Especialmente mis clases de psicología sobre relaciones disfuncionales."

Kira le lanza una mirada de advertencia. "Ashley."

Saco una silla y me siento, haciendo una señal al camarero. "Tomaré el mismo vino que están bebiendo. Y la carta."

"Nicholas", dice Kira de nuevo, su voz más tensa. "¿Qué haces aquí?"

"Cenando con mi esposa y mi cuñada." Mantengo su mirada fijamente. "¿Hay algún problema?"

"Teníamos planes", dice.

"Y ahora esos planes me incluyen." Tomo un sorbo del vino que trae el camarero, degustándolo lentamente. "¿Cómo están tus padres, Ashley? No los he visto desde la gala benéfica del mes pasado."

Ashley mira a Kira antes de responder. "Están bien. Papá se jubila el año que viene."

"Es cierto. Treinta años en su carrera, ¿no?" Mantengo un tono conversacional, como si esta fuera una cena familiar normal, como si la tensión no chisporroteara entre Kira y yo.

"Treinta y dos", corrige Ashley. "Mamá está intentando convencerlo de hacer un crucero por Europa para celebrarlo."

"Deberían. Podríamos organizarlo como regalo", digo, incluyendo deliberadamente a Kira en el "podríamos." Su mandíbula se tensa.

El camarero vuelve para tomar nuestros pedidos. Elijo el chuletón, poco hecho. Kira apenas mira la carta antes de pedir el salmón. Ashley se decide por la pasta.

Cuando el camarero se va, el silencio cae sobre la mesa. Soy el primero en romperlo.

"¿Cómo va tu presentación de marketing?", le pregunto a Kira.

"Bien", dice secamente. "Vamos según lo previsto."

"Bien." Bebo mi vino. "Si necesitas recursos, házmelo saber."

Ashley observa este intercambio tenso con ojos entrecerrados. "Así que", dice, "Nicholas. Kira me dice que has estado trabajando hasta tarde últimamente. Deben ser proyectos muy importantes."

No se me escapa la sutil pulla. "Muy importantes. De los que no pueden esperar."

"¿Más importantes que una cena con tu esposa? ¿O que volver a casa por la noche?" La voz de Ashley es dulce, pero sus ojos son afilados.

"Ashley, basta", advierte Kira.

"No, es una pregunta justa", digo, sin apartar mis ojos de Kira. "Diferentes prioridades requieren diferente atención en diferentes momentos. A veces hay que hacer sacrificios. ¿No estás de acuerdo, Kira?"

Mantiene mi mirada, con desafío en sus ojos. "Depende del sacrificio. Y de quién lo esté haciendo."

Ashley mira entre nosotros, la tensión palpable. "Voy al baño", anuncia, claramente queriendo darnos un momento a solas. "Intentad no mataros mientras no estoy."

Kira pone los ojos en blanco. "¿Qué coño haces aquí, Nicholas?"

"Podría preguntarte lo mismo. ¿Otra noche evitando nuestra casa? ¿Evitándome?"

"Te dije que iba a cenar con Ashley."

"Y estoy cansado de las excusas." Mantengo la voz baja. "Me has estado evitando durante dos semanas. Quedándote hasta tarde. Durmiendo en la habitación de invitados. Pasando la noche en casa de tus padres."

"¿Puedes culparme? ¿Después de cómo te has estado comportando?"

"¿Y cómo me he estado comportando, Kira? ¿Como un marido preocupado por la seguridad de su esposa? ¿Como un hermano intentando encontrar justicia para su hermano asesinado?"

"Como un extraño", dice. "Como alguien a quien ni siquiera reconozco ya."

Tomo su mano. Intenta apartarla, pero la sostengo firme, mi pulgar acariciando su alianza. "Te echo de menos", digo, las palabras más honestas que le he dicho en semanas.

La sorpresa parpadea en sus ojos. Luego duda. "¿Me echas de menos? Apenas has notado que no estoy."

"Noto todo sobre ti", contraataco. "Cada mañana que te vas sin decir adiós. Cada vez que me

miras como si fuera el enemigo."

No responde, pero tampoco retira su mano.

"Sé que las cosas han sido difíciles", continúo. "Sé que he estado distante. Pero hay razones, Kira. Importantes."

"Entonces dímelas", suplica suavemente. "Déjame entrar, Nicholas. Sea lo que sea con lo que estés lidiando, podemos enfrentarlo juntos."

La tentación de confiar en ella es abrumadora. Contarle sobre Sullivan, sobre las conexiones con la muerte de James, sobre el peligro que ahora podría estar dirigido a ambos. Pero el riesgo es demasiado grande. Si Sullivan siquiera sospechara que Kira sabía algo, también se convertiría en un objetivo.

"No puedo", digo finalmente. "Todavía no."

Retira su mano justo cuando Ashley vuelve a la mesa.

"¿Todo bien?", pregunta Ashley, mirándonos.

"Bien", dice Kira, su sonrisa sin llegar a sus ojos.

Nuestra comida llega, y la conversación se desvía hacia temas más seguros—las clases de Ashley, conocidos mutuos, un nuevo restaurante que abre en el centro. En la superficie, somos una familia normal cenando. Por debajo, corrientes de tensión y palabras no dichas arremolinan.

"¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad?", le pregunto a Ashley mientras terminamos nuestras comidas.

"Otra semana", dice.

"Se está quedando con mamá y papá", añade Kira intencionadamente. "Podría unirme a ella el fin de semana."

El desafío en sus ojos es claro. Lo enfrento directamente. "De hecho, tenemos planes este fin de semana."

Las cejas de Kira se alzan. "¿Los tenemos?"

"La gala de la Fundación Morrison. Sábado por la noche. Necesito a mi esposa allí."

"Necesito", repite Ashley, la única palabra cargada de juicio. "Interesante elección de palabras."

"Es un evento importante", digo suavemente. "Para la empresa."

"Por supuesto que lo es", dice Kira, su tono resignado. "Todo es por la empresa."

Hago una señal pidiendo la cuenta. "Agradezco que lo entiendas."

El camarero trae la cuenta, y entrego mi tarjeta sin mirar el total. Ashley observa el intercambio con ojos perspicaces.

"Sabes", dice casualmente, "mi profesor de psicología estaba hablando sobre las dinámicas de control en las relaciones. Cómo algunas personas usan el dinero y el poder para mantener la dominancia."

"Ashley", advierte Kira de nuevo.

"Tema fascinante", digo, manteniendo mi voz nivelada. "Aunque siempre he encontrado que las teorías académicas raramente capturan las complejidades de las relaciones reales."

"Oh, no sé", responde Ashley. "Algunos patrones son bastante típicos."

El camarero regresa con mi tarjeta, y firmo el recibo. "¿Lista?", le pregunto a Kira.

Duda, mirando a Ashley. Algo pasa entre las hermanas, una comunicación silenciosa que no puedo descifrar.

"Debería llevar a Ashley a casa de nuestros padres", dice Kira.

"Puedo pedir un Uber", ofrece Ashley rápidamente. "Ustedes probablemente tienen cosas que discutir."

Antes de que Kira pueda objetar, me levanto. "Perfecto. Me alegró verte, Ashley. Saluda a tus padres de mi parte."

Ashley abraza a Kira fuertemente, susurrando algo en su oído que hace que la expresión de mi esposa se endurezca. Luego se gira hacia mí, ofreciendo un abrazo superficial. "Cuídate, Nicholas. Recuerda lo que dije sobre los patrones."

Una vez que se ha ido, Kira y yo caminamos en silencio hasta el puesto del aparcacoches. Entrego mi ticket, y esperamos, el aire nocturno fresco a nuestro alrededor.

"No recuerdo haber acordado ir a la gala Morrison", dice Kira finalmente.

"Ha estado en el calendario durante meses."

"Eso no significa que vaya a ir."

Me giro para mirarla de frente. "Sí, vas a ir."

"¿Perdona?." Sus ojos destellan peligrosamente.

"Vamos a ir juntos, Kira. Como marido y mujer. Como se supone que debe ser."

"Tú no decides eso."

"Sí, lo decido." Me acerco más, bajando la voz. "Igual que tú no decides quedarte en casa de tus padres este fin de semana. Vas a venir a casa esta noche, y te vas a quedar en casa."

"Puedo conducir mi propio coche de vuelta", dice.

Niego con la cabeza. "Haré que Garrett o Mario vengan a buscarlo. Tú vienes conmigo."

"Eres ridículo, Nicholas."

El valet trae mi coche antes de que pueda responder. Abro la puerta del copiloto para Kira, esperando. Por un momento, pienso que podría negarse, que podría darse la vuelta y marcharse.

En cambio, se desliza en el asiento, sus movimientos rígidos de ira.

El viaje a casa es silencioso, la tensión espesa entre nosotros. Cuando llegamos, Kira se dirige directamente arriba, sus tacones resonando agudamente contra los suelos de mármol. Oigo la puerta del baño cerrarse de golpe un momento después, seguido por el sonido de la ducha corriendo.

Me aflojo la corbata, considerando mi siguiente movimiento. Cada instinto me dice que vaya tras ella, que continúe esta confrontación, que le haga entender que alejarme no es una opción. Que la necesito. Que a pesar de todo, a pesar de la distancia y los secretos, sigue siendo mía.

Me sirvo un whisky y camino hasta la ventana, mirando las luces de la ciudad. Tan cerca de las respuestas. Tan cerca de la justicia para James. Pero cada paso hacia ese objetivo parece alejar más a Kira.

La ducha continúa corriendo arriba, el agua y las paredes una barrera entre nosotros tan efectiva como los secretos que guardo.

Termino mi bebida y subo las escaleras. La puerta del dormitorio está entreabierta, el vapor del baño flotando hacia la habitación oscurecida. Dudo, luego empujo la puerta del baño para abrirla.

Kira está de pie bajo el agua, de espaldas a mí, el pelo oscuro pegado a su piel. No se gira, aunque debe oírme entrar.

Me quito la ropa y entro en la ducha detrás de ella. Se tensa pero no se aparta cuando pongo mis manos en sus hombros, mi tacto más suave que mis palabras durante toda la noche.

“Tenemos que hablar,” digo, mis labios rozando su oreja.

“Estoy cansada de hablar,” responde, sin girarse. “Cansada de pelear.”

“Entonces no peleemos.” Mis manos bajan por sus brazos. “Solo volvamos a ser nosotros. Aunque sea por esta noche.”

Entonces se gira, sus ojos encuentran los míos, una batalla entre la vulnerabilidad y la resistencia en su expresión. “¿Eso siquiera es posible ya?”

En lugar de responder, la beso. No con la reivindicación posesiva del restaurante, sino con algo más profundo, una pregunta y una súplica envueltas en deseo. Por un instante, no reacciona. Pero luego, sus brazos rodean mi cuello, su cuerpo se presiona contra el mío.

No volvemos a hablar. Las palabras nos han fallado por demasiado tiempo. Pero en el vapor y en el silencio, encontramos otro lenguaje.

Han pasado diez días. Diez días durmiendo solo. Diez días de frustración, enojo y deseo contenido, hirviendo bajo la superficie.

Presiono mi muslo entre sus piernas y gime contra mi boca. Ese sonido, esa pequeña rendición, hace que algo dentro de mí se rompa.

Agarro su mandíbula, obligándola a mirarme. “De rodillas.”

Un destello de duda cruza por su rostro, pero luego obedece.

Exhalo con fuerza al verla descender hasta el suelo de la ducha, el agua resbalando por su piel sonrojada. No aparta la mirada, sus labios entreabiertos, esperando.

“Buena chica,” murmuro, apartando mechones mojados de su rostro.

Sus manos se deslizan lentamente por mis muslos. Sus uñas raspan mi piel lo suficiente para hacer que mi polla lata con anticipación. Sabe exactamente lo que está haciendo, sabe cómo hacerme olvidar todo excepto la sensación de su boca.

Me acaricia primero, sus dedos envolviendo mi erección, provocando la punta hinchada con el pulgar. Aprieto la mandíbula cuando se inclina y presiona un beso húmedo y pausado sobre la cabeza, su lengua deslizándose para probarme.

“Joder, Kira,” gruño, enredando mi mano en su cabello, guiándola hacia adelante.

Me toma más profundo, sus labios estirándose alrededor de mi polla, su lengua dibujando círculos sobre la zona más sensible justo debajo del glande. Mis dedos se enredan en su cabello, guiando el ritmo mientras me atiende con una habilidad experta.

Mueve la cabeza, tomándome poco a poco, su lengua presionando firme contra la parte inferior mientras succiona. El calor se enrosca en mi columna cuando gime alrededor de mí, la vibración enviando un golpe agudo de placer a través de mi cuerpo.

“Así... así mismo,” murmuro, mi agarre endureciéndose mientras empujo un poco más profundo en su boca. “Sabes cómo me gusta, ¿verdad?”

Asiente, sus ojos vidriosos de sumisión, sus labios estirándose obscenamente alrededor de mí.

Empujo suavemente, sintiendo su garganta cerrarse a mi alrededor, sus uñas clavándose en mis muslos mientras lucha contra el reflejo de apartarse. Le dejo recuperar el aliento antes de empujar de nuevo, probando sus límites, viendo cómo me toma como si estuviera hecha para esto.

“Mi buena esposa,” murmuro con un tono oscuro. “Chupando mi polla después de pelear conmigo todo el día.”

Sus dedos se aferran con fuerza a mis caderas, pero no se detiene. No protesta. Si acaso, me succiona con más intensidad, hundiendo sus mejillas, tomándome tan hondo que siento su garganta cerrarse alrededor de mí.

El placer me golpea como un rayo, tensando mis mússculos. Me obligo a apartarme antes de perder el control, mi polla deslizándose de sus labios con un sonido húmedo.

La levanto bruscamente, girándola y presionándola contra la pared de la ducha. Mi mano se desliza entre sus muslos, encontrándola húmeda y lista para mí.

“¿Ves lo que pasa cuando obedeces?” me burlo, frotando círculos lentos y perezosos sobre su clítor. “Ya estás empapada.”

Su cabeza cae hacia atrás contra mi hombro, su respiración entrecortada y desesperada.

No le doy tiempo a responder antes de hundirme en ella de un solo golpe. Su grito resuena en la ducha, sus uñas arañando el azulejo mojado, su cuerpo aferrándose a mí como si hubiese estado esperando esto tanto como yo.

“Joder, Kira,” gruño contra su oído, embistiéndola con fuerza. “Lo necesitabas, ¿verdad?”

No responde con palabras, pero la manera en que empuja sus caderas contra mí, la forma en que me aprieta por dentro, lo dice todo.

La follo con dureza, embistiéndola sin piedad, persiguiendo la liberación que ambos necesitamos. El vapor nos envuelve, el agua gotea de nuestros cuerpos, el sonido de piel contra piel reverbera en las paredes.

Ella es la primera en venirse, su cuerpo se tensa y se cierra con fuerza a mi alrededor mientras un gemido ahogado escapa de sus labios. Ese sonido me arrastra al borde y me aferro a sus caderas, enterrándome hasta el fondo mientras me derramo dentro de ella.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Nuestras respiraciones son erráticas, mezclándose con el vapor y el agua cayendo.

Apoyo mi frente en su hombro, mis manos todavía sujetando sus caderas.

No decimos nada.

Seguimos enojados. Seguimos rotos.

Pero por esta noche, por este momento, nada de eso importa.

8

KIRA

"Los estudios de mercado muestran claramente un cambio demográfico en los niveles de ingresos más altos", explico, señalando la pantalla de proyección donde gráficos coloridos ilustran nuestros hallazgos.

La sala de conferencias se siente sofocante, a pesar del control climático perfecto del edificio. Seis ejecutivos de Westfield me observan atentamente mientras paso a la siguiente diapositiva, un render en 3D de su nuevo desarrollo reimaginado con nuestro enfoque de marca.

"Nuestra estrategia se dirige a millennials aspiracionales que—"

El olor me golpea sin advertencia. El café de alguien flota por la mesa. Mi estómago se revuelve con fuerza, el ácido quemándome la garganta. La habitación da un ligero vuelco.

"¿Señora Mercer?." Uno de los ejecutivos se inclina hacia adelante, ceño fruncido. "¿Está bien?"

Trago con dificultad, forzando una sonrisa. "Bien. Solo necesito agua."

Rebecca me mira desde el otro lado de la sala, la preocupación cruzando su rostro. Ha sido excepcional estas últimas dos semanas, asumiendo sin problemas el papel de Jason. Asiento ligeramente, comunicando en silencio que estoy bien.

No estoy bien.

Otra oleada de náuseas me golpea mientras intento continuar. "La campaña digital se lanzaría en fases, comenzando con—"

El olor a café se intensifica cuando un asistente rellena la taza de alguien. Mi mano vuela a mi boca, un sudor frío brotando en mi frente.

"Disculpen", logro decir, dejando el control remoto de la presentación. "Rebecca continuará. Solo necesito un momento."

Camino hacia la puerta, manteniendo la compostura hasta que estoy en el pasillo. Entonces corro hacia el baño de mujeres, apenas llegando a un cubículo antes de vaciar mi estómago. Mis rodillas chocan contra el suelo de baldosas, los dedos aferrados a la taza de porcelana mientras vacío el estómago, las lágrimas corriendo por mi rostro.

Cuando las arcadas finalmente se detienen, me siento contra la puerta del cubículo, respirando profundamente. El olor clínico del ambientador y desinfectante del baño es casi tan nauseabundo como el café.

Descargo el agua, me pongo de pie sobre piernas temblorosas y me acerco al lavabo. Mi reflejo me devuelve la mirada, el rímel manchado bajo mis ojos, la piel pálida a pesar de mi cuidadoso maquillaje. Me salpico agua fría en la cara, me enjuago la boca y busco a tientas los caramelos de menta en mi bolso.

¿Qué fue eso? No he vomitado desde—

El pensamiento me congela a medio movimiento, el caramelo a medio camino de mis labios.

¿Cuándo fue mi último período?

Cierro los ojos, contando mentalmente hacia atrás. ¿Cinco semanas? ¿Seis? Con todo lo que está pasando con Nicholas, con el lanzamiento de Knox, con el traslado de Jason, no he estado llevando la cuenta.

El recuerdo aparece sin invitación—el despacho de Nicholas, su escritorio, papeles dispersándose mientras me levantaba sobre la dura superficie. La forma posesiva en que me reclamó, brusco y urgente. Yo diciéndole que estaba ovulando. La amarga pelea después.

Mi mano se desliza hacia mi abdomen, presionando suavemente contra la superficie plana bajo mi blusa de seda. ¿Es posible? Hemos estado intentándolo desde que nos casamos, pero no ha pasado nada.

¿Pero ahora? ¿Ahora cuando nuestro matrimonio se está fracturando bajo el peso de los secretos y la distancia?

La puerta del baño se abre y aparece Rebecca, la preocupación grabada en su rostro.

"¿Kira? ¿Estás enferma? Están preguntando si deberíamos reprogramar."

Me enderezo, recuperando mi profesionalismo como si fuera una armadura. "No es necesario. Solo fue algo que comí. ¿Cubriste la estrategia digital?"

"Sí, y les encantó el enfoque multiplataforma." Duda. "Pero en serio, estás pálida. ¿Debería llamar a Nicholas?"

"¡No!." La palabra sale más brusca de lo que pretendía. Suavizo mi tono. "No hace falta molestarlo. Estoy bien, de verdad."

Los ojos de Rebecca se entrecierran ligeramente—no me cree—pero asiente. "Les diré que volverás en cinco minutos."

Después de que se va, miro mi reflejo de nuevo.

¿Podría estar embarazada?



Me voy temprano de la reunión con Westfield, alegando otra cita. En su lugar, conduzco hasta una farmacia en Riverdale, a veinte minutos de nuestro barrio habitual.

La tienda está prácticamente vacía a las dos de la tarde un miércoles. Deambulo por los pasillos sin rumbo antes de obligarme a ir hacia la sección de planificación familiar. El expositor de pruebas de embarazo se alza ante mí, docenas de opciones con promesas de precisión, detección temprana, resultados claros.

Agarro una caja de First Response, luego una de Clearblue Digital como respaldo. Mi mano tiembla ligeramente mientras las coloco en mi cesta, añadiendo artículos aleatorios—champú, revistas, bálsamo labial—para disimular mi verdadera compra.

El cajero adolescente apenas me mira, escaneando los artículos mecánicamente mientras envía mensajes en su teléfono bajo el mostrador. Aun así, el calor sube por mi cuello mientras las pruebas de embarazo se mueven por la cinta transportadora. ¿Lo nota? ¿Le importa? ¿El universo de alguna manera sabe que mi vida podría cambiar irrevocablemente en la próxima hora?

De regreso a mi coche, me quedo sentada con el motor en marcha, mirando la bolsa de la farmacia en el asiento del copiloto. Debería ir a casa para hacer esto. Pero Nicholas podría estar allí, y no puedo enfrentarlo todavía. No hasta que lo sepa.

Conduzco al edificio de oficinas. Mi despacho tiene un baño privado. Privacidad. Control. Sin posibilidad de que Nicholas entre.

El viaje en ascensor parece interminable. Varios empleados se unen a mí en diferentes plantas, intercambiando cortesías que apenas registro. Agarro mi bolso con la bolsa de la farmacia metida dentro, irracionalmente temerosa de que alguien vea a través del cuero lo que estoy ocultando.

Finalmente en mi despacho, cierro con llave y voy directamente al baño. Mis manos tiemblan mientras abro la caja del test de embarazo, leyendo instrucciones que ya me sé de memoria.

Tres minutos. Eso es todo lo que se necesita para cambiar una vida.

Sigo las instrucciones, tapo el test y lo coloco en el mostrador. Tres minutos se estiran hasta la eternidad mientras camino por el pequeño espacio, revisando mi reloj obsesivamente. ¿Y si lo estoy? ¿Y si no lo estoy? ¿Qué sería peor ahora mismo?

El temporizador de mi teléfono suena, y casi salto.

Me acerco al test como si pudiera morderme, conteniendo la respiración, el corazón martilleando. Dos líneas rosas me devuelven la mirada. Claras. Inconfundibles.

Embarazada.

Mis piernas ceden, y me deslizo hasta el suelo, la espalda contra la fría pared de azulejos. Una risa ahogada escapa de mi garganta, seguida por un sollozo. Mi mano presiona contra mi vientre plano, un gesto tanto protector como maravillado.

Un bebé.

Por un momento, la alegría pura me inunda. Hemos querido esto—lo hemos planeado. Todos esos meses de decepción, de tests negativos tirados a la basura, y ahora...

La realidad cae pesada y fría. Nicholas sigue obsesionado con el caso de James.

¿Es el momento adecuado? ¿Es el ambiente adecuado para un niño?

El segundo test confirma lo que ya sé. Limpio la evidencia, guardando los tests en mi bolso—no quiero que nadie los encuentre en la basura de la oficina.

De vuelta en mi escritorio, miro fijamente la pantalla del ordenador. Necesito decírselo a Nicholas. Esta noche. Cenaremos, solo nosotros dos. Prepararé su plato favorito. No empezaré con acusaciones o quejas. Solo la simple verdad que cambia la vida: vamos a ser padres.

Quizás esto es lo que necesitamos. Un nuevo comienzo. Un recordatorio de lo que importa más

allá del dolor y la obsesión.

Alcanzo mi teléfono, lista para enviarle un mensaje sobre la cena, cuando aparece su mensaje primero:

"Trabajo hasta tarde. No sé a qué hora llegaré a casa."

La esperanza se desinfla dentro de mí, dejando un dolor hueco. Debería estar acostumbrada a esto ya, la constante decepción, las promesas rotas. Pero de alguna manera, con el peso de esta nueva vida dentro de mí, duele más profundo.

Marco el número de Ashley en su lugar.



La cafetería vibra con la actividad de la tarde—estudiantes encorvados sobre sus portátiles, empresarios en reuniones informales, baristas voceando elaborados pedidos de bebidas. Ashley está sentada en nuestro reservado habitual de la esquina, ya bebiendo un café con leche. Su rostro se ilumina cuando me ve.

"¡Aquí está!", se levanta para abrazarme. "No esperaba saber de ti hasta el fin de semana. ¿Cuál es la emergencia?"

Me deslizo en el asiento frente a ella, incapaz de formular palabras. Ahora que estoy aquí, la realidad de lo que necesito decir me paraliza.

La sonrisa de Ashley se desvanece mientras estudia mi rostro. "¿Kira? ¿Qué pasa?"

"Te pedí una manzanilla", dice, empujando una taza humeante hacia mí. "Parece que te vendría bien algo relajante."

El aroma de su café hace que mi estómago se revuelva ligeramente, pero logro mantener oculta mi reacción.

"Gracias." Curvo mis dedos alrededor de la taza caliente. "Necesitaba hablar con alguien."

"¿Nicholas otra vez?." Su tono lleva resignación. "¿Qué ha hecho ahora?"

"No es—", empiezo, luego me detengo. "No es solo sobre él. Es sobre nosotros. Sobre nuestro futuro."

Los ojos de Ashley se entrecierran con preocupación. "Me estás asustando, hermanita. ¿Vas a dejarlo?"

"No", digo rápidamente. Luego, más suave: "No. Pero las cosas están a punto de complicarse más."

"¿Cómo?"

Tomo un respiro profundo, ojos fijos en el té arremolinado. "Estoy embarazada."

Las palabras flotan entre nosotras, pesadas e irreversibles. Es la primera vez que las digo en voz alta.

Ashley jadea, luego rompe en una amplia sonrisa. "¡Dios mío, Kira! ¡Eso es increíble!." Su entusiasmo vacila al registrar mi expresión. "Espera. ¿No estás... feliz?"

"Lo estoy", digo, las palabras saliendo más rápido ahora. "Es decir, lo estaba. Cuando vi el test por primera vez, sentí... alegría. Alegría pura. Hemos estado intentándolo desde que nos casamos. Y ahora..."

"Y ahora Nicholas sigue siendo Nicholas", termina Ashley por mí, su voz suave.

Asiento, las lágrimas picando en mis ojos. "Ni siquiera lo sabe todavía. Iba a decírselo esta noche, pero está trabajando hasta tarde. Otra vez."

"Oh, cariño." Estira el brazo por encima de la mesa, apretando mi mano. "Podría cambiar cuando escuche la noticia. Convertirse en padre podría ser lo que necesita para salir de esta obsesión."

"O podría empeorar las cosas." El miedo que he estado suprimiendo burbujea a la superficie. "¿Y si está tan consumido por el caso de James que ni siquiera está presente para su hijo?"

El rostro de Ashley se endurece ligeramente. "Entonces tendrás que tomar decisiones. Decisiones difíciles."

"Lo amo", susurro, las palabras atascándose en mi garganta. "Al hombre con el que me casé. Pero ese hombre se ha ido, Ashley. Y no sé si va a volver."

"La pregunta es", dice cuidadosamente, "¿quieres criar a un hijo con el hombre en que se ha convertido?"

La pregunta me golpea como un golpe físico. ¿Quiero? ¿Puedo? ¿Qué tipo de padre sería

Nicholas en su estado actual? ¿Ausente u obsesionado?

"No lo sé", admito. "Pero luego hay momentos—como anoche en la ducha—donde vislumbro al hombre del que me enamoré. Donde pienso que quizás, solo quizás, todavía está ahí en alguna parte."

"El sexo no es intimidad", dice Ashley suavemente. "Y no arregla lo que está roto."

"Eso también lo sé." Suspiro. "Pero esto lo cambia todo, ¿no? Ya no se trata solo de nosotros."

Ashley se inclina hacia adelante, sus ojos serios. "Escúchame. Tener un bebé no arreglará tu matrimonio. Si acaso, expondrá cada grieta, cada debilidad. Los hijos no reparan relaciones—las ponen a prueba."

"¿Entonces qué hago?." La pregunta sale vulnerable.

"Primero, se lo dices a Nicholas", dice firmemente. "Su reacción te dirá mucho sobre a qué te enfrentas. Luego, decides qué tipo de vida quieres para ti y tu bebé."

"¿Y si no reacciona bien?"

La expresión de Ashley se oscurece. "Entonces te mudas con mamá y papá."

La idea de dejar a Nicholas envía un dolor físico a través de mi pecho. A pesar de todo, a pesar de la distancia y los secretos y el control, todavía lo amo. El recuerdo de quien era—amable, apasionado, devoto—me persigue como un fantasma. ¿Podría tener un bebé traer de vuelta a ese hombre? ¿O solo lo empujaría más lejos?

"No puedo tomar ninguna decisión hasta que se lo diga", digo finalmente. "Quizás esta noche, si llega a casa a una hora decente."

"¿Y si no?"

"Entonces mañana. O al día siguiente." Intento sonar más confiada de lo que me siento. "Pero pronto. Necesito saber dónde estamos antes de que esto se vuelva imposible de ocultar."

Ashley asiente, luego levanta su taza en un pequeño brindis. "Por mi futuro sobrino o sobrina. Pase lo que pase, tendrán al menos una tía muy fantástica."

Logro sonreír, chocando mi té contra su taza. "La mejor tía."

Pero mientras seguimos hablando, haciendo planes para sus días restantes en la ciudad, el peso de mi secreto se asienta pesado en mi pecho. En unas horas, días como máximo, tendré que contarle a Nicholas sobre nuestro bebé.

Su reacción nos salvará o nos romperá definitivamente.

Y estoy aterrada de descubrir cuál será.

9

NICHOLAS

La carpeta descansa sobre mi escritorio como una bomba esperando detonar. Manila simple, la pulcra letra de Blackwood en la pestaña: **"James Mercer - Registros Financieros."**

Llevo quince minutos mirándola fijamente, incapaz de abrirla. Blackwood la entregó personalmente hace una hora con expresión sombría.

"Deberías revisar esto a solas", dijo, colocando la carpeta en mi escritorio. "Llámame cuando estés listo para discutirlo."

La vacilación en su voz me dijo todo lo que necesitaba saber. Lo que sea que haya dentro de esta carpeta cambiará las cosas. Tal vez todo.

Me sirvo otro whisky—el segundo, aunque apenas es mediodía—y finalmente tiro de la carpeta hacia mí. La primera página es un estado de cuenta de una cuenta offshore en las Islas Caimán. El nombre en la cuenta: James A. Mercer.

Depósitos iniciales comenzando ocho meses antes de su muerte. Retiros que coinciden con los misteriosos pagos en efectivo que encontramos en sus cuentas personales. Todo vinculado a una empresa fantasma que, según las notas de Blackwood, está directamente conectada con Importaciones Delgado.

Se me cierra la garganta. Esto no puede estar bien. James no.

Paso al siguiente documento. Una declaración jurada de Jeremy Vaughn, el traficante de bajo nivel que rastreamos hasta la reunión en el almacén. Ha hecho un trato con Blackwood, intercambiando información por protección.

"James Mercer se me acercó hace aproximadamente un año. Dijo que tenía conexiones que necesitaban a alguien para mover dinero. Dinero limpio de fuentes sucias. Él se llevaría un

porcentaje de cada transacción. Al principio eran cantidades pequeñas, pero creció. Era bueno en ello—inteligente, cuidadoso. Hasta que dejó de serlo."

El vaso en mi mano choca contra el escritorio, derramando whisky sobre el borde. Mentiras. Todo mentiras. James no haría esto. No mi hermano. No el que seguía todas las reglas, el que me daba lecciones sobre ética empresarial cuando nos hicimos cargo de la empresa de nuestro padre.

Agarro mi teléfono, marcando a Blackwood.

"Dime que esto está mal", exijo cuando contesta. "Dime que Vaughn está mintiendo para salvar su pellejo."

"Ojalá pudiera." La voz de Blackwood es firme. "Pero tenemos más, Nicholas. Mucho más."

"Muéstrame. Ahora."

Treinta minutos después, Blackwood extiende evidencia adicional sobre mi mesa de conferencias. Fotos de vigilancia de James reuniéndose con conocidos asociados de Delgado. Mensajes de texto recuperados de ese segundo teléfono—el que la policía "pasó por alto" en la escena del crimen. Una cronología de la participación de James que abarca casi un año.

"Era bueno ocultándolo", dice Blackwood, su voz neutral, profesional. "Usó su posición en el banco para facilitar transferencias. Creó documentación que parecía legítima. Construyó todo un sistema en las sombras."

"¿Por qué?." La pregunta se desgarra de mi garganta. "Lo tenemos todo. Dinero, posición, legado. ¿Por qué arriesgarlo todo por esto?"

Blackwood vacila, luego desliza otro documento hacia mí. Los registros financieros personales de James de los últimos dos años.

"Estaba endeudado", dice Blackwood en voz baja. "Malas inversiones, partidas de póquer de altas apuestas. Perdió casi tres millones antes de empezar a trabajar con Delgado."

Examino los documentos, reconociendo las señales que debería haber visto. Propiedades hipotecadas hasta el tope. Tarjetas de crédito al máximo. Retiros en efectivo de cajeros cerca de casinos.

"¿Juego?." Niego con la cabeza incrédulo. "James odiaba el juego. Decía que era para gente que no sabía matemáticas."

"La gente oculta cosas", dice Blackwood simplemente. "Especialmente a aquellos a quienes no quieren decepcionar."

La implicación me golpea como un golpe físico. James me ocultó esto porque sabía cómo reaccionaría. Porque no podía soportar fallar ante mis ojos.

"¿Entonces qué pasó?", pregunto, mi voz hueca. "¿Por qué matarlo si era útil?"

"Según Vaughn, James se volvió codicioso. Empezó a desviar fondos del dinero lavado. Pequeñas cantidades al principio, luego sumas mayores. Delgado lo notó. En su mundo, el robo se castiga con la muerte."

La habitación parece inclinarse ligeramente. Me sujeto del borde de la mesa para no caer. Mi hermano menor perfecto—el hijo dorado, el responsable, la brújula moral—era un lavador de dinero y un ladrón.

"Necesito verificación", digo, aferrándome a un clavo ardiendo. "Confirmación independiente. Todo esto podría estar fabricado."

"No lo está." La certeza de Blackwood es devastadora. "Pero hay una persona más con quien podrías hablar. La asistente personal de Sullivan, Teresa Mendez. Ella programaba las reuniones entre Sullivan, James y Delgado. Lo sabe todo."

"¿Dónde está ahora?"

"La hemos estado vigilando. Se está quedando en casa de su hermana en Forest Hills, manteniéndose discreta desde el arresto de Sullivan."

Me levanto, necesitando moverme, hacer algo con la energía que corre por mi cuerpo. "Organízalo. Hoy."

La hermana de Teresa Mendez vive en una casa de piedra rojiza modesta con un pequeño jardín bien cuidado al frente. El vecindario es tranquilo, respetable, un mundo alejado de las empresas criminales que ella facilitaba.

Nos encontramos en una cafetería a tres manzanas, claramente aterrorizada a pesar de que Blackwood le aseguró que solo quería hablar. Es más joven de lo que esperaba, quizás treinta años, con los ojos vigilantes de alguien que ha visto demasiado.

"Señor Mercer", dice mientras me siento frente a ella. "Siento lo de su hermano."

La simpatía en su voz me dan ganas de estirarme sobre la mesa y sacudirla. En su lugar, coloco una foto de James en la mesa entre nosotros.

"Háblame de él", digo, mi voz controlada. "Dime qué estaba haciendo realmente con Sullivan y Delgado."

Mira la foto, luego me mira. "Realmente no lo sabe, ¿verdad?"

"Necesito oírlo de alguien que estuvo allí."

Teresa suspira, envolviendo sus manos alrededor de su taza de café. "Su hermano se acercó al señor Sullivan hace unos dieciocho meses. Dijo que tenía conexiones en Mercer Industries que necesitaban servicios financieros fuera de los canales normales. El señor Sullivan lo presentó a Delgado."

"¿Y Sullivan lo aceptó? ¿Así sin más?"

"No tan fácilmente. Hubo pruebas. Pequeñas transacciones para probar que se podía confiar en él. Pero su hermano era bueno—realmente bueno. Entendía los sistemas bancarios, las estructuras corporativas. Podía hacer que el dinero sucio pareciera legítimo mejor que cualquiera con quien el señor Sullivan hubiera trabajado."

Cada palabra hunde más el cuchillo. James no solo estaba involucrado—era excepcional en ello. Un natural.

"¿Cuándo se torció todo?", pregunto, aunque ya lo sé.

Teresa baja la mirada. "Unos dos meses antes de que muriera. El señor Sullivan notó discrepancias en las cuentas. No mucho al principio, pero se fue sumando. Confrontó a su hermano, le dio una oportunidad de devolver el dinero y alejarse. James prometió que lo haría. Luego tomó aún más."

"Y Sullivan ordenó el golpe."

Niega con la cabeza. "No Sullivan. Delgado toma esas decisiones. Sullivan simplemente... no intervino."

Pienso en James en su apartamento, una sola bala en el pecho. Profesional. Limpio. ¿Se sorprendió cuando vinieron por él? ¿Suplicó? ¿O lo enfrentó con la misma dignidad silenciosa que aportaba a todo?

"¿Quién apretó el gatillo?." Mi voz es peligrosamente baja.

"No lo sé." El miedo de Teresa es palpable ahora. "Yo solo manejaba las citas, señor Mercer. No era parte de ese lado de las cosas."

"Pero lo sabías. Sabías lo que le hicieron, y seguiste trabajando para Sullivan."

"No tenía elección." Su voz se quiebra. "En ese mundo, no simplemente presentas tu renuncia."

Me levanto bruscamente, incapaz de soportar otro minuto en su presencia. "Si descubro que estás mintiendo sobre algo de esto, me aseguraré de que enfrentes la misma justicia que mi hermano."

Su rostro palidece. "No estoy mintiendo. Revise los registros. Revise las cuentas offshore en Belice—no solo las de Caimán. Verá que digo la verdad."

Me voy sin otra palabra, el aire fresco afuera no hace nada para aliviar el peso sofocante en mi pecho.

De vuelta en mi oficina, cierro la puerta con llave y extiendo toda la evidencia sobre mi escritorio. Estados de cuenta. Fotos. Registros telefónicos. Las piezas del rompecabezas de la vida secreta de mi hermano formando una imagen que ya no puedo negar.

James, mi hermano pequeño. El que se suponía que me ayudaría a dirigir esta empresa, mantener el legado de nuestra familia.

El posavasos de mármol se estrella contra la pared antes de que siquiera me dé cuenta de que lo lancé. Luego un vaso. Luego una foto enmarcada de James y yo en su graduación universitaria, su brazo alrededor de mis hombros, ambos sonriendo.

El cristal rompiéndose no satisface la rabia que crece dentro de mí. Barro todo de mi escritorio—papeles, ordenador, lámpara—enviándolo todo al suelo con estrépito. Arranco libros de los estantes. Derribo muebles. Cualquier cosa para igualar la destrucción que ocurre dentro de mí.

Cuando no queda nada por romper, me hundo en el suelo entre los escombros, respirando con dificultad, las manos sangrando por los cortes.

Mi teléfono vibra desde algún lugar entre los escombros. Blackwood.

"Tenemos las cuentas de Belice", dice cuando contesto. "Estaba diciendo la verdad. James las estableció seis meses antes de morir. Las usó para ocultar lo que estaba desviando de Delgado."

"¿Cuánto?." Mi voz suena extraña a mis propios oídos, hueca y distante.

"Casi cuatro millones."

Cuatro millones de euros. El precio que mi hermano puso a su vida. Al nombre de nuestra familia. A todo lo que construimos.

"¿Hemos terminado, entonces?", pregunto. "¿Está cerrado este caso?"

"Eso depende de ti." Blackwood duda. "Podemos seguir cavando. Tratar de encontrar quién apretó el gatillo. Pero el por qué... Creo que ya lo tenemos."

El por qué. La pregunta que me ha consumido durante meses. Que ha destruido mi matrimonio, mi paz, mi sentido del yo. ¿Por qué alguien mataría a James? Ahora lo sé. Porque era un ladrón que robó a asesinos.

"Necesito algo de tiempo", digo finalmente.

"Tómalo. Llámame cuando estés listo."

Termino la llamada y me siento en silencio entre la destrucción de mi oficina. Todo lo que creía saber sobre James era una mentira. El hermano que he estado vengando, la memoria que he estado protegiendo—nada de eso era real.

He estado persiguiendo un fantasma, una ficción. Destruyendo mi vida con Kira para buscar justicia por alguien que traicionó todo lo que defendíamos.

La risa amarga que se me escapa hace eco en la habitación vacía. Cinco meses de obsesión. Cinco meses alejando a Kira. Cinco meses descuidando todo lo que importaba. Todo por un hermano que no era el hombre que yo creía que era.

Mientras la oscuridad cae fuera de mi ventana, permanezco en el suelo, rodeado de cristales rotos e ilusiones destrozadas.

KIRA

La línea azul delgada en el segundo test de embarazo no se ha desvanecido desde ayer. Lo he mantenido en mi bolso, un recordatorio tangible de que no estoy imaginando esto. Que a pesar de nuestro matrimonio roto, hemos creado algo nuevo.

Reviso mi teléfono otra vez: cuatro llamadas sin respuesta a Nicholas, dos mensajes sin contestar.

Esta noche se suponía que sería cuando se lo diría. Planeé la cena en casa, practiqué lo que diría, imaginé su rostro iluminándose de alegría. Pero no contesta, y son más de las nueve, y las náuseas que han sido mi compañera constante todo el día se revuelven con la ansiedad.

Esto no puede esperar. Ya no.

"A la mierda", murmuro, agarrando mis llaves. Si no viene a casa, iré a buscarlo.

El viaje a la Torre Mercer toma quince minutos, las luces de la ciudad difuminándose a través de una fina llovizna que ha comenzado a caer. El guardia de seguridad del garaje me reconoce, ofreciendo un respetuoso asentimiento mientras paso. El edificio está mayormente vacío a esta hora, solo algunas oficinas todavía iluminadas en varios pisos.

El nivel ejecutivo está inquietantemente silencioso cuando salgo del ascensor. No está Sarah en su escritorio, ni asistentes corriendo entre reuniones. Solo el suave zumbido del sistema de ventilación y el sonido distante de la ciudad abajo.

La puerta de la oficina de Nicholas está cerrada. No hay luz visible bajo ella. Por un momento, me pregunto si he cometido un error—tal vez ya se dirigía a casa, nuestros caminos cruzándose en la ciudad. Pero algo me dice que está aquí. ¿Dónde más estaría?

Golpeo suavemente. Sin respuesta.

"¿Nicholas?", llamo, golpeando de nuevo, más fuerte esta vez. Todavía nada.

La puerta no está cerrada con llave. La empujo y me quedo paralizada en el umbral.

La destrucción me recibe—papeles esparcidos por el suelo, libros arrancados de los estantes, muebles volcados. El cristal cruje bajo mis pies mientras doy un paso vacilante dentro, mis ojos ajustándose a la oscuridad. La única luz viene de la ciudad más allá de los ventanales del suelo al techo, proyectando largas sombras sobre el caos.

"¿Nicholas?." Mi voz se quiebra ligeramente, el miedo subiendo por mi garganta.

Un movimiento en la esquina atrae mi mirada. Está sentado en el suelo junto a su escritorio, la espalda contra la pared, una botella de whisky medio vacía a su lado. Su traje normalmente inmaculado está arrugado, sin corbata, las mangas de la camisa enrolladas desigualmente. En la luz tenue, puedo ver manchas oscuras en sus puños blancos—sangre.

"¿Qué ha pasado?", pregunto, avanzando con cuidado entre los escombros hasta él. "¿Estás herido?"

Me mira con ojos tan vacíos que apenas los reconozco. "¿Qué haces aquí?"

"No contestabas el teléfono." Me agacho a su lado, alcanzando sus manos. Están cortadas en varios lugares, fragmentos de cristal incrustados en sus palmas. "Nicholas, estás sangrando."

Mira sus manos como si notara las heridas por primera vez. "No importa."

"Claro que importa." Me levanto, dirigiéndome al pequeño baño adjunto a su oficina. Regreso con una toalla húmeda y el botiquín de primeros auxilios que guarda en el armario. Arrodillándome ante él, tomo suavemente su mano derecha y comienzo a limpiar la sangre. "¿Qué pasó aquí?"

"Descubrí quién era realmente mi hermano." Su voz está desprovista de emoción. "O tal vez descubrí quién no era."

Hago una pausa, la toalla presionada contra su palma. "¿Qué quieres decir?"

"James estaba lavando dinero para un criminal llamado Delgado." Las palabras salen mecánicas. "Durante más de un año. También les estaba robando. Por eso lo mataron."

La revelación me golpea como un golpe físico. James—el amable y recto James que defendió nuestra relación, que me traía café, a quien todos querían—¿un criminal?

"Eso no puede estar bien", digo automáticamente.

Nicholas se ríe, un sonido roto que me envía escalofríos por la espalda. "Eso mismo dije yo. Pero la evidencia..." Gesticula vagamente hacia la destrucción a nuestro alrededor. "Innegable. Blackwood encontró cuentas offshore. Transferencias bancarias. Declaraciones de testigos. James no solo estaba involucrado—era excepcionalmente bueno en ello."

Continúo limpiando sus cortes, luchando por procesar esta información. Todo lo que Nicholas ha estado haciendo durante los últimos cinco meses—la obsesión, las noches tardías, la búsqueda implacable de justicia—era por un hermano que no era quien creíamos que era.

"Lo siento", susurro. "No puedo imaginar cómo debes sentirte."

"Cinco meses", dice, mirando a través de mí hacia la nada. "Cinco meses destrozando nuestras vidas para vengar a alguien que traicionó todo lo que defendemos. Todo lo que nuestra familia construyó."

Retiro cuidadosamente un fragmento de cristal de su palma con pinzas, mi entrenamiento médico de las clases de primeros auxilios de la universidad regresando a mí. "No podías saberlo."

"¿No podía?." Sus ojos finalmente se enfocan en los míos. "Lo conocía mejor que nadie. Solo nos llevábamos dos años. Lo compartíamos todo. ¿Cómo no vi esto?"

"La gente oculta cosas", digo suavemente. "Especialmente a quienes más ama."

La ironía de mis palabras no se me escapa. Aquí estoy, guardando mi propio secreto, tratando de encontrar el momento adecuado para compartirlo cuando ya no hay momento adecuado.

Termino de vendar sus manos y me siento sobre mis talones, estudiando su rostro. La ira parece haberse consumido, dejando solo agotamiento y desilusión en su estela.

"Necesito decirte algo", digo, las palabras saliendo atropelladamente antes de que pueda reconsiderarlo. "Y sé que este no es el momento ideal, pero no creo que vaya a haber un momento ideal."

Nicholas me mira, realmente me mira. "¿Qué es?"

Tomo un respiro profundo, estabilizándome. "Estoy embarazada."

Por un momento, no reacciona en absoluto. Solo me mira fijamente, expresión ilegible en la luz tenue. Luego algo parpadea en su rostro—sorpresa, confusión, y finalmente, un asombro

tentativo.

"¿Embarazada?", repite, la palabra flotando entre nosotros.

Asiento, sacando el test de mi bolso y extendiéndoselo. "Me enteré ayer. Me hice dos pruebas."

Lo toma con dedos vendados, mirando fijamente la indicación positiva como si intentara descifrar un idioma extranjero. "¿Cuánto tiempo?"

"Unas seis semanas, creo." Dudo, luego añado: "Esa noche en tu oficina, cuando te dije que estaba ovulando. Funcionó."

Una breve sonrisa sin humor toca sus labios. "Al menos algo funcionó."

No es la reacción que esperaba. No alegría, no emoción, ni siquiera miedo. Solo una resignación cansada que hace doler mi corazón.

"Nicholas", digo, mi voz temblando ligeramente. "Vamos a tener un bebé."

Coloca el test cuidadosamente en el suelo junto a él. "Sí."

Solo eso. Un único reconocimiento. Sin discusión del futuro, sin preguntas sobre cómo me siento, sin planes o sueños compartidos. Solo aceptación de otro hecho en un día lleno de revelaciones que cambian la vida.

"¿Eso es todo lo que tienes que decir?." No puedo mantener el dolor fuera de mi voz.

Se pasa una mano vendada por el cabello. "¿Qué quieres que diga, Kira? ¿Que estoy feliz? Lo estoy. ¿Que estoy aterrado? También lo estoy. ¿Que este es posiblemente el peor momento imaginable? También es eso."

"Yo tampoco planeé exactamente este momento", digo, defensiva.

"Lo sé." Suspira pesadamente. "Solo estoy... procesando muchas cosas ahora mismo."

Me pongo de pie, repentinamente incapaz de permanecer tan cerca de él cuando se siente tan lejos. "Entiendo que hoy ha sido devastador para ti. De verdad. Y estoy tratando de apoyarte, Nicholas. Pero esto—" Señalo mi vientre, "—esto es enorme. Este es nuestro futuro. Nuestra familia."

"Lo sé."

"¿Lo sabes? Porque estás sentado aquí en la oscuridad, rodeado de destrucción, agarrando una botella en lugar de abrazarme."

Aparta la mirada, la vergüenza cruzando sus facciones. "Necesito tiempo para pensar."

"Y yo necesito a mi marido", contraataco. "Te he necesitado durante meses."

Nicholas se levanta inestablemente, dejando la botella de whisky sobre su escritorio. "Lo estoy intentando, Kira. Todo lo que creía saber sobre James era una mentira. Todo por lo que he estado luchando estos últimos cinco meses—todo basado en una imagen falsa de quién era."

"¿Y qué hay de nosotros?", pregunto, la pregunta que ha estado ardiendo dentro de mí durante meses finalmente encontrando voz. "¿En qué nos basamos? Porque últimamente, parece que somos extraños compartiendo una casa y ocasionalmente una cama."

"Eso no es justo."

"¿No lo es?." Las lágrimas se derraman ahora, calientes en mis mejillas. "Me alejas, guardas secretos, controlas con quién trabajo, apareces sin invitación en mis cenas, y ahora—ahora cuando te digo que vamos a tener un bebé, apenas puedes mirarme."

Su expresión se endurece. "Estoy lidiando con mucho ahora mismo."

"¡Yo también!." Mi voz se eleva a pesar de mis esfuerzos por controlarla. "Estoy embarazada, Nicholas. Estoy gestando a nuestro hijo mientras veo cómo se desintegra mi matrimonio. He pasado meses intentando alcanzarte, intentando ser paciente, intentando entender tu dolor. Pero esto—" Señalo la destrucción a nuestro alrededor, "—esto no es saludable. No para mí, y ciertamente no para nuestro bebé."

Da un paso hacia mí, extendiendo la mano, pero retrocedo. "Kira, por favor—"

"No." Niego con la cabeza, una terrible claridad descendiendo. "No puedo seguir así. No de esta manera."

"¿Qué estás diciendo?"

"Estoy diciendo que necesito espacio." Las palabras duelen al decirlas, pero se sienten correctas. Necesarias. "Estoy diciendo que no puedo criar a un hijo en este ambiente, con un padre tan consumido por su propio dolor que no puede estar presente para su familia."

"¿Te vas?." La incredulidad tiñe su tono.

"Me voy a casa de mis padres por un tiempo." Estabilizo mi voz con esfuerzo. "Necesito pensar en lo que es mejor para mí y el bebé."

"Este es nuestro matrimonio", dice, un filo deslizándose en su voz. "No simplemente te vas cuando las cosas se ponen difíciles."

"¿Difíciles?." Me río incrédulamente. "Nicholas, ya pasamos lo difícil hace tiempo. Estamos rotos. Y ahora hay una vida inocente involucrada. No voy a someter a nuestro hijo a esto—a un padre emocionalmente ausente, a padres que apenas pueden comunicarse sin pelear."

Cierra la distancia entre nosotros, sus manos vendadas agarrando mis hombros. "Podemos arreglar esto. Ahora que sé la verdad sobre James, puedo dejarlo ir. Puedo centrarme en nosotros, en el bebé."

Quiero creerle. Dios, cómo quiero. Pero los últimos cinco meses me han enseñado a dudar de sus promesas, a cuestionar sus prioridades.

"Espero que sea verdad", digo suavemente. "Pero necesito verlo, no solo oírlo."

Sus manos caen de mí, su rostro endureciéndose en la máscara que he llegado a conocer demasiado bien. "¿Así que eso es todo? ¿Simplemente te vas?"

"No estoy abandonando nuestro matrimonio", aclaro, aunque una parte de mí se pregunta si ya es demasiado tarde. "Estoy dando un paso atrás para evaluar qué es lo mejor para nuestro hijo."

"Nuestro hijo necesita a ambos padres."

"Nuestro hijo necesita padres felices y saludables", contraataco. "Ahora mismo, no somos ninguna de las dos cosas."

Me giro hacia la puerta, incapaz de soportar la vista de él de pie en medio de los destrozos de su oficina, de nuestras vidas. "Estaré en casa de mis padres. Cuando estés listo para hablar—realmente hablar, sobre nosotros, sobre el bebé, sobre nuestro futuro—sabes dónde encontrarme."

"Kira." Mi nombre es una súplica en sus labios, pero sigo caminando. Si miro atrás, si veo el dolor en sus ojos, podría vacilar. Y no puedo permitirme vacilar. Ya no. No con un bebé que considerar.

Llego al ascensor antes de que las lágrimas vengan en serio, nublando mi visión mientras presiono el botón del vestíbulo. Las puertas se cierran sobre la imagen de su oficina, oscura y destruida, igual que la vida que hemos construido juntos.



La casa está silenciosa cuando regreso, Paolo y Elaine ya se han retirado por la noche. Me muevo por las habitaciones como un fantasma, tocando objetos que de repente parecen pertenecer a la vida de otra persona.

En nuestro dormitorio, saco una maleta del armario y comienzo a llenarla metódicamente. Ropa, artículos de aseo, los medicamentos que mi médico me recetó para las náuseas matutinas. Mi mano se detiene sobre una foto enmarcada en mi mesita de noche—Nicholas y yo el día de nuestra boda, ambos riéndonos de algo que dijo el fotógrafo. Nos vemos tan felices, tan enamorados, tan ajenos a los desafíos que nos esperaban.

La coloco boca abajo en la mesita de noche, incapaz de soportar el recordatorio de lo que hemos perdido.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Nicholas: "Necesitamos hablar de esto. No tomes decisiones precipitadas. No te vayas."

No respondo. No hay nada más que decir esta noche. Quizás no por un tiempo.

Mientras cierro la maleta, me encuentro con mi reflejo en el espejo del dormitorio. Me veo diferente de alguna manera—mayor, más triste, pero también más resuelta. Mi mano se desliza hacia mi vientre protectoramente.

"Ahora solo somos tú y yo", susurro a la vida creciendo dentro de mí. "Y te prometo que, pase lo que pase, me aseguraré de que seas amado y estés a salvo."

Echo un último vistazo al dormitorio, los recuerdos inundándome con dolorosa claridad. Nicholas atrayéndome contra él en medio de la noche. La luz de la mañana filtrándose por las ventanas mientras yacemos enredados en las sábanas.

Luego apago la luz y cierro la puerta tras de mí, dejando esos recuerdos en la oscuridad.

La lluvia ha arreciado mientras cargo mi maleta en el coche, empapando mi chaqueta ligera. Parece apropiado de alguna manera—el universo llorando por los sueños que hemos destrozado, por el amor que hemos dañado quizás más allá de la reparación.

Mientras salgo del camino de entrada, no miro atrás hacia la casa. No puedo soportar ver el lugar que se suponía que sería nuestro hogar para siempre, nuestro santuario, nuestra base para la familia que planeábamos construir.

En su lugar, me concentro en el camino adelante, oscurecido por la lluvia y las lágrimas, conduciendo hacia un futuro incierto para mí y el hijo que estoy determinada a proteger—incluso si eso significa protegerlo del dolor destructivo de su propio padre.

KIRA

La taza de té de mamá se queda suspendida a medio camino de sus labios. "¿Estás embarazada?"

Asiento, aferrándome a mi propia taza de manzanilla—lo único que puedo retener esta noche.

"Oh, cariño." Mamá deja su taza, sus ojos iluminándose. "Esas son noticias maravillosas."

Papá alza la vista de su crucigrama, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz. "¿Vamos a ser abuelos?"

La alegría genuina en sus reacciones trae lágrimas a mis ojos—la aceptación incondicional que desesperadamente necesitaba después de la respuesta hueca de Nicholas.

"¿De cuánto estás?", pregunta mamá, estirándose sobre la mesa para apretar mi mano.

"Unas seis semanas." Logro esbozar una pequeña sonrisa. "Me enteré hace solo dos días."

"¿Y Nicholas?", pregunta papá, siempre directo. "¿Cómo reaccionó?"

Las lágrimas que he estado conteniendo se derraman. "No bien."

Mamá se mueve a la silla junto a mí, rodeándome con su brazo. "¿Qué pasó, cariño?"

"Es complicado." Me limpio las mejillas con una servilleta. "Hoy descubrió algo terrible sobre James—sobre por qué lo mataron. Estaba en shock, devastado. Cuando le conté sobre el bebé, apenas reaccionó."

La expresión de papá se endurece ligeramente. "Te mereces algo mejor que eso."

"Robert", advierte mamá, luego se vuelve hacia mí. "¿Es por eso que estás aquí, mi amor? ¿Por cómo reaccionó?"

Niego con la cabeza. "No es solo eso. Las cosas se han estado desmoronando durante meses. Desde que James murió, Nicholas ha estado... diferente. Distante. Obsesionado con descubrir quién lo mató. A veces apenas lo reconozco."

Las palabras brotan de mí ahora—todo el dolor y la frustración que he estado cargando sola. Les cuento sobre las noches tardías, los secretos, cómo transfirió a Jason sin consultarme, cómo apareció sin invitación en mi cena con Ashley.

"He intentado tanto ser comprensiva", digo, mi voz quebrándose. "Sé que está de luto. Pero no puedo criar a un bebé en ese ambiente. No puedo someter a nuestro hijo a un padre emocionalmente ausente, que pone su obsesión antes que su familia."

Mamá acaricia mi pelo como lo hacía cuando era pequeña. "Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Esta sigue siendo tu casa."

"Por supuesto que lo es", coincide papá firmemente. "Tu antigua habitación sigue siendo tuya. Y te ayudaremos con el bebé, lo que necesites."

"Ni siquiera sé si lo estoy dejando permanentemente", admito. "Solo necesito espacio para pensar. Para averiguar qué es lo mejor para el bebé."

"Y para ti", añade mamá suavemente. "No te olvides de lo que es mejor para ti también."

Papá deja el crucigrama a un lado y se inclina hacia adelante. "Nicholas está pasando por algo terrible, sin duda. Pero eso no le da derecho a tratarte así. Ni a reaccionar con menos entusiasmo por convertirse en padre."

"Robert", dice mamá de nuevo, pero más suave esta vez.

"No, Carol, necesita oír esto." Los ojos de papá encuentran los míos. "El matrimonio se trata de apoyarse mutuamente en los momentos difíciles, no de usar el dolor como excusa para infligir más dolor. Si él no puede ser el marido que necesitas ahora mismo, entonces haces bien en darte algo de distancia."

"Todavía lo amo", susurro, la confesión dolorosa en su simplicidad.

"Claro que sí." Mamá frota mi espalda en pequeños círculos. "Pero la gente cambia, cariño. A veces permanentemente."

"Solo desearía que Ashley todavía estuviera aquí", digo, echando de menos los consejos directos de mi hermana. "Fue mala suerte que tuviera que volver a la universidad ayer."

"Puedes llamarla cuando quieras y decirle que estás aquí", me recuerda mamá.

"No. No quiero distraerla en la universidad." Sorbo mi té, repentinamente agotada. "Debería intentar dormir. Ha sido un día largo."

"¿Necesitas algo?", pregunta mamá. "¿Galletas saladas? ¿Ginger ale?"

"Estoy bien por ahora. Las náuseas son peores por la mañana." Me levanto, abrazándolos a ambos. "Gracias. Por todo."

"Para eso están los padres", dice papá, su voz ronca de emoción. "Y piensa—pronto estarás haciendo lo mismo por tu pequeño."

El pensamiento trae una nueva oleada de lágrimas—felices esta vez, mezcladas con miedo. Sin importar qué pase con Nicholas, voy a ser madre.

"Descansa", dice mamá, besando mi frente. "Las cosas se verán más claras por la mañana."

Espero que tenga razón.



Mi habitación de la infancia se siente más pequeña de lo que recuerdo, pero reconfortante en su familiaridad—paredes azul pálido, estanterías llenas de novelas y libros de texto, la cama individual con su colcha de retazos.

Mamá no ha cambiado mucho desde que me mudé, aunque ha añadido flores frescas en la cómoda y convertido mi viejo escritorio en un pequeño tocador.

Me siento con las piernas cruzadas en la cama, con el portátil sobre mis rodillas, escribiendo los correos que he estado postergando toda la mañana. El primero va para Rebecca:

Rebecca, Debido a una situación familiar, necesito tomar una semana de permiso personal, con efecto inmediato. Tengo total confianza en tu capacidad para supervisar el departamento en mi ausencia. Estás autorizada a tomar cualquier decisión necesaria. Estaré disponible por correo electrónico solo para emergencias. Por favor, dirige los asuntos rutinarios a los miembros del equipo correspondientes. Atentamente, Kira.

Profesional. Distante. Sin rastro del tumulto bajo la superficie. Presiono enviar antes de poder pensarlo demasiado.

El segundo correo es más difícil de escribir. Miro fijamente la ventana de composición en blanco, el nombre de Nicholas en el campo del destinatario burlándose de mí con su familiaridad. Después de tres falsos comienzos, me decido por la simplicidad:

Nicholas, He dispuesto que Rebecca supervise Marketing durante mi ausencia. Necesito este tiempo alejada para pensar sobre nuestra situación y qué es lo mejor para nuestro hijo. Espero que estés usando este tiempo para hacer lo mismo. – Kira.

Mi dedo titubea sobre el botón de enviar. ¿Es demasiado frío? ¿Demasiado formal? Pero ¿qué más puedo decir que no haya dicho ya? Tomo un respiro profundo y lo envío.

El alivio de tener ambos correos enviados dura poco. Ahora no hay nada que me distraiga de los pensamientos que he estado evitando desde que salí de su oficina anoche.

La imagen de Nicholas sentado entre los destrozos me persigue—sus manos ensangrentadas, sus ojos vacíos, la derrota en su postura. Tan diferente del hombre confiado y amoroso con el que me casé.

Lo echo de menos. A pesar de todo, a pesar del dolor y la ira, lo echo de menos. El pensamiento me hace presionar la mano contra mi vientre, un gesto protector que ya se está volviendo habitual.

"Está bien", susurro al bebé. "Vamos a resolver esto."

¿Pero lo haremos? ¿Puede un matrimonio sobrevivir a este tipo de fractura? ¿Puede Nicholas volver a ser el hombre que era antes de que James muriera—antes de que descubriéramos quién era realmente James?

Mi teléfono vibra con un mensaje de Nicholas: ***"Necesitamos hablar cara a cara. ¿Cuándo puedo verte?"***

Mi corazón se acelera. No estoy lista para esta conversación, aún no. Necesito más tiempo para ordenar mis sentimientos.

"Necesito espacio ahora mismo", escribo. ***"Te avisaré cuando esté lista para hablar."***

Su respuesta llega inmediatamente: ***"Esta no es solo tu decisión. Vamos a tener un bebé. Necesitamos discutir esto juntos."***

La irritación familiar surge. Incluso ahora, está intentando controlar la situación, dictar los términos.

"Te llamaré mañana", cedo, no queriendo escalar las cosas por mensaje.

No responde, lo cual no es característico en él. Nicholas siempre necesita la última palabra. El silencio me inquieta, pero aparto la sensación. Estoy a salvo aquí. Protegida. Puedo tomarme el tiempo que necesito sin miedo a ser manipulada de vuelta a una situación que no es saludable para mí o el bebé.

Cierro mi portátil y me recuesto contra las almohadas, repentinamente agotada a pesar de haber dormido casi nueve horas. Fatiga del embarazo, lo llama mi aplicación del primer trimestre. Mis ojos se cierran, y me permito dormir una siesta, encontrando un escape temporal de las decisiones que me esperan cuando despierte.

El timbre me sobresalta del sueño. Parpadeo hacia el reloj de la mesita—4:37 PM. He estado dormida casi tres horas. Voces suben desde abajo—la de mi padre, baja y preocupada, y luego otra voz que me hiela la sangre.

Nicholas.

Me siento demasiado rápido, una ola de mareo me invade. ¿Está aquí? ¿En casa de mis padres? La audacia es tan típica de Nicholas que casi me río. Casi.

Me pongo un cárdigan sobre la camiseta y las mallas, paso una mano por mi pelo despeinado, y me muevo hacia lo alto de las escaleras. Desde este punto, puedo ver el vestíbulo donde mi padre está bloqueando la puerta, Nicholas en el umbral.

"—no es buen momento", está diciendo papá, su postura rígida. "Kira necesita descansar."

"Con todo respeto, señor, esto es entre mi esposa y yo." La voz de Nicholas lleva ese filo que he llegado a conocer demasiado bien. "Necesito hablar con ella."

"Y ella necesita espacio", contraataca papá, sin intimidarse por la presencia imponente de Nicholas. "Te contactará cuando esté lista."

Bajo las escaleras, haciendo notar mi presencia. Ambos hombres miran hacia arriba.

"Está bien, papá", digo, aunque está lejos de estarlo. "Hablaré con él."

Papá duda, luego asiente de mala gana. "Estaremos en la cocina si nos necesitas." El mensaje es

claro—no se va lejos.

Nicholas entra mientras papá se retira, su mirada recorriéndome críticamente. "Te ves cansada."

"Náuseas matutinas", digo secamente. "Aunque duran todo el día. Una de esas cosas por las que podrías haber preguntado si no hubieras estado demasiado ocupado teniendo una crisis en tu oficina."

Se estremece, y me arrepiento inmediatamente de la dureza. No es así como quiero que vaya esta conversación.

"¿Por qué estás aquí, Nicholas?", pregunto, suavizando ligeramente mi tono.

"Para llevarte a casa." Lo dice como si fuera lo más obvio del mundo. "Esto es ridículo, Kira. ¿Huir a casa de tus padres como una adolescente? Somos adultos. Estamos casados. Vamos a tener un bebé. Necesitamos enfrentar esto juntos."

"No estoy huyendo", lo corrijo. "Estoy tomando espacio para pensar claramente, sin tu influencia. Hay una diferencia."

"¿Mi influencia?." Sus cejas se alzan. "¿Qué significa eso?"

"Significa que tienes una manera de hacerme dudar de mí misma. De hacerme pensar que estoy exagerando o siendo injusta. De hacer que todo sea sobre tus necesidades, tu dolor, tu agenda."

Su mandíbula se tensa. "Eso no es—"

"Lo es", lo interrumpo. "Es exactamente lo que estás haciendo ahora mismo. Venir aquí sin avisar, exigiendo que vuelva a casa, sin preguntarme ni una vez cómo me siento o qué necesito."

"Bien." Toma un respiro deliberado. "¿Cómo te sientes?"

La pregunta, forzada y superficial, casi me hace reír de nuevo. "Terrible. Física y emocionalmente, todo. Estoy agotada, asustada, destrozada porque el hombre que amo ni siquiera pudo mostrar entusiasmo cuando le dije que vamos a tener un bebé."

La culpa cruza su rostro, rápidamente reemplazada por defensividad. "Acababa de descubrir que mi hermano era un criminal. Que todo lo que creía sobre él era una mentira. Que he estado destrozando nuestras vidas por nada. Podrías haber esperado un día para decírmelo."

"¡No debería tener que esperar el momento perfecto para compartir noticias sobre nuestro hijo!."

Mi voz se eleva a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. "Y no debería tener que competir con un fantasma por tu atención."

Nicholas se acerca más, su presencia llenando el vestíbulo. "No te estoy pidiendo que compitas. Te estoy pidiendo que vuelvas a casa para que podamos resolver esto como los compañeros que se supone que somos."

"¿Compañeros?." Niego con la cabeza incrédula. "No hemos sido compañeros en meses, Nicholas. Has estado tomando decisiones unilaterales sin consultarme. Eso no es compañerismo."

"Te estaba protegiendo", insiste.

"No, me estabas controlando." La verdad de ello fortalece mi resolución. "Y no voy a criar a nuestro hijo en ese ambiente. No voy a dejar que crezca pensando que es normal que un padre esté emocionalmente ausente, que ponga sus obsesiones por encima de su familia, que manipule y controle en lugar de comunicar y comprometer."

Su expresión se oscurece. "¿Así que eso es todo? ¿Has decidido que nuestro matrimonio se acabó porque tuve una mala reacción ante noticias que cambian la vida? ¿Porque he estado de luto por mi hermano?"

"No, Nicholas. He decidido que necesito tiempo lejos de ti para averiguar si nuestro matrimonio puede salvarse. Hay una diferencia."

"¿Y qué hay de lo que yo necesito?", exige, su voz elevándose. "¿Qué hay de lo que nuestro hijo necesita? ¿Un padre presente desde el día uno?"

"Nuestro hijo necesita un padre que esté realmente presente, no solo físicamente en la habitación." Coloco una mano protectora sobre mi vientre. "Un padre que pueda controlar su ira. Que pueda poner a su familia primero. Que pueda estar emocionalmente disponible."

"Kira, escucha", dice.

"No, escucha tú", lo desafío. "Mírate ahora mismo. No estás aquí porque me extrañes o porque estés preocupado por el bebé. Estás aquí porque no soportas no estar en control."

Su rostro se contorsiona de ira. "No sabes lo que siento."

"¡Porque nunca me lo dices!." La presa se rompe, y todo el dolor y la frustración se derraman. "Nunca me dejas entrar, Nicholas. No sobre James, no sobre la investigación, no sobre nada real. Me has mantenido fuera durante meses, ¿y ahora esperas que simplemente vuelva a casa y finja

que todo está bien porque tú lo dices?"

"No espero—"

"Sí, lo haces", lo corto. "Esperas que siga tu ejemplo, que acepte tus decisiones, que acomode tu dolor mientras ignoro mis propias necesidades. Y no puedo hacerlo más. No con un bebé en camino."

Da otro paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros. "Vas a volver a casa, Kira. Esta noche. Resolveremos esto juntos, pero no contigo escondiéndote en casa de tus padres."

El mandato en su voz me envía un escalofrío. Este es el Nicholas que he llegado a temer—el que no admite oposición, que ve el compromiso como debilidad.

"No voy a volver a casa", digo firmemente, aunque mi voz tiembla ligeramente. "No hasta que esté lista."

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, no dolorosa pero insistente. "Esto no es una petición."

"Quita tu mano de mi hija." La voz de mi padre corta la tensión como un cuchillo. Está de pie en el pasillo, su rostro normalmente amable duro de ira. "Ahora."

Nicholas me suelta inmediatamente, volviéndose hacia mi padre. "Señor, esto es entre—"

"No en mi casa, no lo es." Papá da un paso adelante, colocándose entre nosotros. "Necesitas irte."

"Robert", aparece mi madre detrás de él, su expresión preocupada. "Todos necesitan calmarse."

"Estoy perfectamente calmado", dice Nicholas, aunque la tensión en su mandíbula sugiere lo contrario. "Solo quiero hablar con mi esposa sin interferencias."

"Eso no me pareció hablar", contraataca papá. "Me pareció intimidación."

Los ojos de Nicholas se estrechan peligrosamente. "No entiende la situación."

"Entiendo lo suficiente." Papá no retrocede. "Entiendo que mi hija vino aquí alterada. Entiendo que necesita espacio. Y entiendo cuando un hombre no está respetando límites."

Por un momento, pienso que Nicholas podría discutir más. Sus manos se tensan a sus costados, su respiración superficial y rápida. Luego, inesperadamente, da un paso atrás.

"Bien." Me mira por encima del hombro de papá. "Tómate tu tiempo, Kira. Pero recuerda—esto ya no se trata solo de nosotros."

Tiene razón, por supuesto. Esto también es sobre el bebé. Y en el mundo de Nicholas, la familia debe estar junta—sin importar si eso es saludable.

"Te llamaré mañana", digo, repitiendo mi promesa anterior. "Podemos hablar entonces."

Asiente una vez, luego se gira y sale, cerrando la puerta con precisión controlada tras él.

En el momento en que se va, mis piernas ceden. Me hundo en el escalón más bajo, temblando.

"¿Estás bien?", mamá corre a mi lado, brazo alrededor de mis hombros.

"No lo sé", admito. "Nunca lo había visto así antes. Tan... frío."

Papá se agacha frente a mí, tomando mis manos en las suyas. "Hiciste lo correcto, manteniéndote firme. Si no puede respetar tu necesidad de espacio, eso te dice todo lo que necesitas saber."

"¿Pero y si tiene razón?." La duda se filtra. "¿Y si estoy exagerando? Acaba de recibir noticias terribles sobre James. Tal vez debería intentar ser más comprensiva."

"Cariño", dice mamá suavemente, "el dolor explica el comportamiento, pero no lo excusa. Especialmente no cuando hay un bebé involucrado."

Asiento, intentando creerle. Pero mientras me ayuda a subir las escaleras para descansar, todo en lo que puedo pensar es en la mirada en los ojos de Nicholas cuando se fue.

Si mis padres no hubieran estado aquí, no estoy segura de que hubiera podido mantenerme firme. Y esa realización me aterroriza más que cualquier otra cosa.

Porque a pesar de todo, a pesar del control y la ira y la distancia emocional, una parte de mí todavía quiere volver a casa con él. Una parte de mí todavía cree que podemos arreglar esto, que puede volver a ser el hombre del que me enamoré.

12

NICHOLAS

Cierro la puerta del coche con tanta fuerza que todo el vehículo tiembla. Descargo mi rabia golpeando el volante con el puño, los vendajes en mis manos apenas amortiguando el impacto. El dolor se siente bien—algo real en que concentrarme en lugar de la tormenta dentro de mí.

Esto no debía ser así. Kira debería estar en este coche ahora mismo, regresando a casa, donde pertenece. En cambio, se está escondiendo detrás de su padre como una niña, no como una mujer adulta que lleva a mi bebé.

Mi bebé.

El pensamiento todavía no ha terminado de registrarse. Entre la traición de James y el abandono de Kira, apenas he tenido tiempo de procesar que voy a ser padre. Un rol que siempre he querido pero que ahora se siente como otro peso aplastándome en lugar de la alegría que debería ser.

Arranco el coche pero no me muevo inmediatamente, mirando fijamente la modesta casa de dos pisos donde mi esposa está atrincherada contra mí. La postura de su padre—protectora, justiciera, presentándome como el villano—arde en mi memoria. Como si fuera algún monstruo del que necesita protección en lugar de su marido de seis meses.

"Esto es temporal", murmuro, agarrando el volante. "Va a volver a casa. No van a criar a mi hijo."

La idea de que Kira podría realmente dejarme, podría realmente intentar criar a nuestro bebé lejos de mí, es tan absurda que roza lo risible. Somos los Mercer. No fracasamos. No nos separamos. No ventilamos nuestra ropa sucia corriendo a mamá y papá.

Me alejo de la acera con un chirrido de neumáticos, necesitando movimiento, necesitando acción. El silencio del coche es sofocante. Agarro mi teléfono, buscando el número de Steve. Es uno de los pocos amigos que he logrado mantener—la mayoría se alejó después de la

universidad, intimidados por la riqueza de mi familia o desanimados por mi horario de trabajo.

"¿Nicholas?." Steve contesta al tercer tono. "¿Todo bien? Nunca llamas a esta hora."

"Necesito una copa", digo simplemente. "¿Estás libre?"

Una vacilación. "Estaba a punto de bañar a los gemelos, pero—"

"Olvídalo", lo corto, sin humor para excusas. "Otra vez será."

"Espera", dice rápidamente. "Déjame hablar con Beth. Quizás podamos arreglarlo. ¿Dónde pensabas?"

"Driftwood. Treinta minutos." Cuelgo antes de que pueda responder, sin estar seguro de si me importa que aparezca o no. La compañía podría ser bienvenida, o podría ser una molestia. Difícil saberlo en mi estado actual.

Driftwood está lleno para ser un día entre semana, con la multitud después del trabajo aún aprovechando las ofertas del happy hour. Encuentro un reservado al fondo, pido un whisky doble, y me bebo la mitad antes de que el camarero siquiera se aleje de la mesa. El alcohol quema un camino familiar por mi garganta, embotando los bordes de mi rabia sin extinguirla.

Steve llega veinte minutos después, luciendo agobiado pero presente. La paternidad lo ha cambiado—le ha sumado siete kilos a su antes atlética figura, salpicado de gris su cabello oscuro y marcado líneas de preocupación en su rostro. Aun así, sonríe mientras se desliza en el reservado frente a mí.

"Beth es una santa", dice a modo de saludo. "Me dio pase libre por la noche, pero mañana me toca doble turno de pañales."

"Agradezco que vinieras." Hago una señal al camarero para otra ronda.

Steve me estudia, su sonrisa desvaneciéndose. "Joder, Nicholas, tienes una pinta horrible. ¿Qué te pasó en las manos?"

Miro los vendajes, ahora manchados con sangre fresca de mi asalto al volante. "Larga historia."

"Tengo tiempo", dice, reclinándose mientras llegan nuestras bebidas.

Tomo un largo trago de mi whisky, dando la bienvenida al ardor. ¿Por dónde empezar? Mi mundo entero se ha derrumbado en el lapso de veinticuatro horas.

"James estaba lavando dinero para narcotraficantes", digo finalmente, las palabras todavía surreales en mi lengua. "Se hizo matar robándoles."

Las cejas de Steve se disparan. "Joder. ¿Tu hermano? ¿James el Boy Scout?"

"Resulta que el Boy Scout tenía un negocio paralelo." Me río sin humor. "Tenía deudas de juego. Empezó a trabajar para la organización de Delgado a través de Sullivan en First National. Se volvió codicioso."

"Hostia, tío." Steve niega con la cabeza, genuino shock en su rostro. "¿Cómo te enteraste?"

Le doy la versión condensada—la investigación de Blackwood, las cuentas offshore, la confirmación de Teresa Mendez. Con cada detalle, la incredulidad se refleja más en la expresión de Steve.

"Así que todo este tiempo que has estado investigando, pensando que era una víctima inocente —"

"Era un ladrón que robó a asesinos", termino. "Y he estado destrozando mi vida intentando vengarlo."

Steve toma un sorbo pensativo de su cerveza. "Eso es duro. ¿Cómo lo está llevando Kira?"

La mención de su nombre envía una nueva oleada de ira a través de mí. "Me dejó."

"¿Qué? ¿Por qué?"

"Dice que no estoy emocionalmente disponible." Hago un gesto al camarero para otra ronda. "Dice que necesita espacio para pensar qué es lo mejor para ella y el bebé."

Steve se atraganta a medio sorbo. "¿Bebé? ¿Kira está embarazada?"

Asiento, la realidad todavía extraña. "Se enteró ayer. Seis semanas."

"¡Felicidades, tío!." La sonrisa de Steve vacila cuando no la devuelvo. "Esas son... buenas noticias, ¿no?"

"Deberían serlo." Miro fijamente mi vaso vacío. "Pero no reaccioné exactamente bien cuando me lo dijo. Acababa de enterarme lo de James. Estaba sentado en el suelo de mi oficina rodeado de mierda rota que había lanzado contra la pared."

"Ah." El entendimiento amanece en su rostro. "Mal momento."

"El peor." Acepto el nuevo whisky del camarero. "Ahora está en casa de sus padres, negándose a volver. Su padre prácticamente me echó cuando fui a hacerla entrar en razón."

Steve hace una mueca. "¿Fuiste a casa de sus padres? Movimiento arriesgado."

"Es mi esposa", digo bruscamente. "Pertenece en casa conmigo, especialmente ahora."

"Quizás solo necesita algo de tiempo, ¿sabes? El embarazo es algo grande, y con todo lo demás pasando..." Steve se detiene, claramente eligiendo sus palabras con cuidado. "Beth también necesitaba espacio a veces, especialmente cuando estaba embarazada. Las hormonas no son broma."

"No se trata de hormonas. Se trata de respeto." Me bebo la mitad de mi nueva copa. "Vamos a tener un hijo. Necesitamos presentar un frente unido. Correr a mamá y papá es infantil."

Steve me estudia por un momento, luego suspira. "¿Puedo ser honesto contigo, Nicholas? ¿Como tu amigo?"

"¿Cuándo no lo has sido?"

"Suenas como tu padre ahora mismo."

La comparación duele más de lo que debería. Mi padre—brillante, exitoso, y emocionalmente ausente hasta el punto de la inexistencia. Un hombre que veía los sentimientos como debilidades, que trataba a su familia como activos para ser gestionados en lugar de personas para ser amadas.

"No soy nada como mi padre", digo, la negación automática.

"Tal vez no." Steve se encoge de hombros. "Pero eso que acabas de decir sobre el respeto y presentar un frente unido? Eso es directamente del manual de William Mercer."

Quiero discutir, pero el whisky ha aflojado algo en mí—hecho conexiones que he estado evitando. La forma en que he estado tratando a Kira. Es inquietantemente familiar.

"Solo quiero que vuelva a casa", digo, más suave ahora. "He perdido a mi hermano—la imagen que tenía de él, al menos. No puedo perderla a ella también."

"Entonces tal vez deja de intentar forzarlo y empieza a intentar entender." Steve toma un sorbo de su cerveza. "Cuando Beth estaba embarazada de los gemelos, pensé que estaba siendo

comprensivo tomando decisiones, manejando las cosas, arreglando problemas. Resulta que lo que realmente necesitaba era que me callara y escuchara lo asustada que estaba."

"Kira no está asustada. Es terca."

"Probablemente sea ambas cosas." Steve sonríe ligeramente. "Y está llevando a tu hijo, tío. Eso lo cambia todo. Hace que las mujeres sean protectoras como el demonio—de sí mismas y del bebé."

Miro fijamente mi vaso, dando vueltas a sus palabras en mi mente. "¿Cómo lo haces? ¿Todo esto de la familia?"

"Mal, algunos días." Se ríe. "Beth y yo peleamos. Los niños nos vuelven locos. Echo de menos vivir en la ciudad, tener copas improvisadas como esta. Pero luego Jack se duerme en mi pecho, o Emma dice 'Papá' con esa voz graciosa, y nada de lo difícil importa."

Por primera vez en nuestra conversación, algo como esperanza parpadea en mi pecho. Una visión de Kira sosteniendo a nuestro hijo, de pequeños dedos envolviéndose alrededor de los míos. De ser una familia—una real, no la fría unidad orientada al rendimiento en la que crecí.

"He sido un marido de mierda", admito, las palabras difíciles pero necesarias.

"Parece que sabes qué necesita cambiar, entonces." Steve termina su cerveza. "La pregunta es, ¿estás dispuesto a hacer el trabajo?"

"No sé si me dará la oportunidad."

"Haz que lo desee." Mira su reloj. "Mira, debería irme. Beth tiene que levantarse temprano con los niños."

"Gracias por venir." Lo digo con más sinceridad de la que esperaba. "Deberíamos hacer esto más a menudo."

"Sí, bueno, la paternidad también va a cambiar tu agenda social." Sonríe, levantándose. "Pero siempre eres bienvenido en nuestra casa. Es un caos y normalmente hay macarrones con queso pegados a algo, pero la cerveza está fría."

Pagamos la cuenta y salimos juntos, el aire nocturno fresco contra mi cara. El alcohol ha suavizado el filo de mi ira, reemplazándolo con una determinación que se siente más limpia, más enfocada.

"Vine en Uber", dice Steve, revisando su teléfono.

"Yo conduje", respondo, señalando hacia la calle. "Tuve que aparcar a unas cuadras. No había sitios más cerca."

"¿Seguro que estás bien para conducir? Has bebido bastante."

"Estoy bien." Le aprieto el hombro. "Gracias de nuevo."

Steve me da un abrazo rápido, luego da un paso atrás. "Llámame mañana. Cuéntame cómo te va con Kira."

"Lo haré."

Nos separamos, Steve dirigiéndose hacia la calle principal para encontrar su transporte, yo caminando en dirección opuesta hacia mi coche. La noche se ha vuelto más fría, las calles más vacías mientras la tarde se convierte en noche cerrada. Mis pasos resuenan en el pavimento, fuertes en el repentino silencio.

Estoy a mitad de la cuadra cuando noto al hombre apoyado contra una farola, aparentemente observándome acercarme. Algo en su postura—demasiado casual, demasiado deliberada—envía una señal de advertencia a través de mi niebla de alcohol.

Normalmente llevaría mi pistola, pero tras el mensaje de Kira diciendo que no volvería a casa, prácticamente salí corriendo a casa de sus padres y lo dejé todo atrás.

Reduzco ligeramente la velocidad, mi mano alcanzando instintivamente mi teléfono. Antes de que pueda agarrarlo, el hombre se despega de la farola y se coloca directamente en mi camino.

"Señor Mercer", dice, su voz neutral. "¿Dando un paseo?"

Me detengo, evaluándolo rápidamente. Treinta y tantos, complexión sólida, rasgos poco memorables excepto por una cicatriz que biseciona su ceja izquierda. Una postura de luchador, peso equilibrado sobre las puntas de los pies.

"¿Puedo ayudarte?." Mantengo mi voz nivelada, mirando más allá de él para evaluar mis opciones.

"Has estado haciendo muchas preguntas últimamente." Se le une un segundo hombre, materializándose desde las sombras de un portal a mi izquierda. "Sobre cosas que no te conciernen."

"No sé de qué están hablando", digo, aunque la comprensión amanece. Sullivan. Delgado. Esto es sobre James.

"Claro que lo sabes." Un tercer hombre aparece detrás de mí, completando el triángulo. "Tuviste una agradable charla con Teresa Mendez el otro día. Muy esclarecedora, según dijo."

Un escalofrío me recorre la espalda. "¿Dónde está ella?"

El primer hombre sonríe, nada amistoso en la expresión. "A salvo. Por ahora. Fue bastante cooperativa una vez que le explicamos las consecuencias del silencio."

"La estábamos siguiendo", añade el hombre a mi izquierda. "Vimos tu pequeña reunión en la cafetería. La hicimos contarnos todo lo que hablaron."

Observo rápidamente a mi alrededor, evaluando mis opciones. Tres contra uno. Sin testigos en esta calle lateral tranquila. El alcohol ralentizando mis reacciones. No es bueno.

"¿Qué quieren?", pregunto, ganando tiempo.

"Solo entregando un mensaje", dice el primer hombre. "Deja de hurgar. Tu hermano tomó sus decisiones. Pagó por ellas. Fin de la historia."

"¿Y si no lo dejo?"

La respuesta viene en forma de un puñetazo en mi riñón, tan rápido que no lo veo venir. El dolor explota a través de mi costado mientras me doblo, jadeando. Un segundo golpe me alcanza en las costillas, luego un tercero en la mandíbula que me hace tambalear.

Lanzo un golpe a ciegas, mi puño impactando contra algo sólido. Un gruñido de dolor me da un momento de satisfacción antes de que una bota me alcance detrás de la rodilla, derribándome al pavimento.

"Tu hermano era listo", dice uno de ellos mientras una patada aterriza en mi estómago. "Hasta que se volvió codicioso."

Intento levantarme, contraatacar, pero son profesionales—coordinados, eficientes. Uno me sujeta mientras otro asesta golpes precisos a mi torso, cuidando de evitar mi cara. El tercero vigila, asegurando que no haya interrupciones.

"Teresa envía saludos", dice el primer hombre conversacionalmente mientras su puño conecta con mis costillas ya lastimadas. "Se siente terriblemente mal por traicionar tu confianza."

A través de la neblina de dolor, la ira arde blanca y caliente. No solo contra estos hombres, sino contra James. Contra mi perfecto hermano pequeño cuyas decisiones han llevado a este momento —a que me golpeen en la calle mientras mi esposa embarazada se esconde en casa de sus padres. Todo porque no pudo controlar su juego, no pudo ser honesto, no pudo pedir ayuda.

"El señor Sullivan quiere que sepa que esto es una cortesía", dice el hombre. "Una advertencia. La próxima vez no será tan suave."

Un golpe final en mi plexo solar expulsa el aire de mis pulmones. Me sueltan, dejándome desplomarme en la acera, jadeando como un pez fuera del agua.

"Quédate abajo", aconseja uno.

Se alejan, sin prisa, confiados en su mensaje entregado. Yazco en el hormigón frío, cada respiración una nueva lección de dolor. La sangre se acumula en mi boca donde me he mordido la lengua. Mis costillas gritan en protesta mientras intento girarme de lado.

Mi último pensamiento coherente es de Kira—no como estaba hoy, enfadada y desafiante en casa de sus padres, sino como estaba el día de nuestra boda. Radiante. Amorosa.

Mientras la oscuridad me reclama, me pregunto si alguna vez volverá a mirarme así.

13

KIRA

El agudo timbre de mi teléfono corta el silencio del amanecer. Tanteo buscándolo a ciegas, aún medio dormida, entrecerrando los ojos ante la pantalla. Un número desconocido. 6:17 AM.

Mi primer instinto es ignorarlo. Pero algo—intuición, tal vez—me hace contestar.

"¿Diga?"

"¿Es usted la señora Kira Mercer?", dice una voz de mujer.

"Sí, soy yo." Me incorporo, repentinamente alerta, mi mano moviéndose automáticamente a mi vientre.

"La llamo del Hospital General Metropolitano. Su marido, Nicholas Mercer, fue ingresado anoche. La tiene listada como su contacto de emergencia."

El mundo se detiene. El aire se me atora en la garganta.

"¿Qué pasó? ¿Está bien?." Las palabras salen atropelladamente mientras ya estoy apartando las sábanas, buscando ropa.

"Está estable", me asegura, su voz gentil pero clínica. "Lo encontraron inconsciente en la acera fuera de un bar del centro. El informe policial indica que fue víctima de una agresión. Tiene algunas lesiones graves, pero ninguna pone en riesgo su vida."

Agredido. La palabra me golpea como un impacto físico. Las imágenes destellan en mi mente—Nicholas sangrando, Nicholas herido, Nicholas solo. ¿Y dónde estaba yo? A salvo en casa de mis padres, durmiendo plácidamente en mi cama de la infancia.

"Voy enseguida", logro decir. "¿En qué planta está?"

"Cuarta planta, Habitación 412. El médico la pondrá al día cuando llegue."

Cuelgo y me visto en un borrón de movimiento, poniéndome vaqueros y un jersey sin importarme si combinan. Mis manos tiemblan mientras me paso un cepillo por el pelo, mientras me echo agua en la cara. Cuando me miro al espejo, mis ojos están abiertos de miedo, mi rostro pálido.

Esto es mi culpa. Si no lo hubiera dejado, si hubiera vuelto a casa después de nuestra pelea, no habría estado solo en algún bar.

Mamá aparece en el pasillo mientras bajo las escaleras corriendo, su rostro arrugado por el sueño y la preocupación.

"¿Kira? ¿Qué pasa?"

"Nicholas está en el hospital." Mi voz suena extraña a mis propios oídos. "Lo atacaron anoche. Necesito ir con él."

Las palabras se sienten surreales mientras las digo. ¿Cómo llegamos aquí? Ayer mismo le estaba diciendo que necesitaba espacio, que no podía criar a nuestro hijo con él como está. Ahora todo en lo que puedo pensar es en llegar a su lado.

"Yo te llevo", dice mamá inmediatamente, ya alcanzando sus llaves. "No deberías conducir en este estado."

No discuto. Mis manos todavía tiemblan, y las náuseas que han sido mi compañera constante durante semanas parecen peores esta mañana, intensificadas por el miedo.

El viaje al hospital toma veintitrés minutos—cuento cada uno, mirando fijamente el reloj del salpicadero como si pudiera hacerlo moverse más rápido por pura voluntad. Mamá no hace preguntas, solo conduce establemente, una mano ocasionalmente estirándose para apretar la mía.

"Llama cuando sepas algo", dice mientras me deja en la entrada. "Puedo volver en cualquier momento."

Asiento, ya corriendo a través de las puertas correderas, mi corazón golpeando contra mis costillas.

El hospital tiene ese inconfundible olor a antiséptico y café. Tomo el ascensor hasta la cuarta

planta, ensayando lo que diré cuando lo vea. Toda la ira de ayer parece trivial ahora, lavada por el miedo.

Una enfermera me dirige a la Habitación 412, su expresión suavizándose cuando le digo por quién vengo. "El doctor Reynolds está con él ahora", dice. "Puede pasar directamente."

Me detengo fuera de la puerta, preparándome. Luego la empujo y entro.

Ver a Nicholas en una cama de hospital me paraliza. Su rostro está amoratado en un lado, un corte sobre su ceja cerrado con puntos de mariposa. Sus nudillos están en carne viva y partidos, ambas manos descansando sobre la fina manta. Un gotero gotea constantemente en su brazo. Pero son sus ojos los que más me impactan—normalmente agudos e intensos, ahora nublados por el dolor y algo más. Algo que parece derrota.

El médico se gira ante mi entrada, portapapeles en mano. "¿Señora Mercer? Soy el doctor Reynolds."

La mirada de Nicholas se dispara hacia mí, sorpresa y luego alivio inundando su rostro magullado. "Kira", dice, su voz más áspera de lo normal. "Has venido."

Esas dos palabras rompen algo en mí. ¿Pensó que no lo haría? ¿Que podría mantenerme alejada sabiendo que estaba herido?

"Claro que he venido." Estoy a su lado en un instante, cuidando de no tocar ninguna lesión visible mientras agarro su mano. "¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?"

El Dr. Reynolds se aclara la garganta suavemente. "Su marido fue traído alrededor de medianoche con múltiples contusiones y una costilla fisurada. La tomografía no muestra sangrado interno, lo cual es afortunado. También tiene algunos moratones profundos en el abdomen y una conmoción cerebral leve. Le estaba explicando que necesitará tomárselo con calma durante unas semanas."

Asiento, apenas escuchando los detalles. Todo en lo que puedo concentrarme es en la mano de Nicholas en la mía, cálida y viva. "¿Cuándo puedo llevarlo a casa?"

"Me gustaría mantenerlo en observación hasta esta noche, solo para estar seguros. Pero si no hay complicaciones, debería poder irse a casa esta noche. Necesitará a alguien con él durante los próximos días al menos."

"Yo estaré ahí", digo sin dudarlo. Los dedos de Nicholas se aprietan alrededor de los míos.

"Les daré algo de privacidad", dice el médico, moviéndose hacia la puerta. "La enfermera vendrá

a revisar sus constantes en aproximadamente una hora. Pulsen el botón de llamada si necesitan algo."

Cuando la puerta se cierra tras él, me vuelvo hacia Nicholas, realmente mirándolo ahora. Más allá de las lesiones visibles, hay un agotamiento en él que nunca había visto antes. Una vulnerabilidad que hace que me duela el pecho.

"¿Quién te hizo esto?", pregunto de nuevo, mi voz apenas por encima de un susurro.

Nicholas aparta la mirada, su mandíbula tensándose. "Los hombres de Sullivan. Siguieron a Teresa después de nuestra reunión. La hicieron contarles todo. Fue una advertencia para que dejara de investigar."

Un escalofrío me recorre. Justo como sospechaba—esto era sobre el caso de James. Sobre el hermano que no era quien creíamos que era. El dolor que he estado resentiendo durante meses.

"Debería haber estado allí", digo, la culpa inundándome en una nueva oleada. "Si hubiera vuelto a casa contigo—"

"No." Su voz es sorprendentemente firme. "Esto no es tu culpa, Kira. Es mía. Todo." Intenta cambiar de posición y hace una mueca, su mano libre yendo a su costado. "He estado tan absorto en James, en lo que le pasó, que perdí de vista lo que importa. A quién importa."

Me acomodo en el borde de la cama, todavía sosteniendo su mano. "¿Por qué fuiste a un bar después de dejar casa de mis padres? ¿Estabas bebiendo?"

Asiente, un destello de vergüenza cruzando sus facciones. "Necesitaba desahogarme así que llamé a Steve. Hablamos de... todo. James. Tú. El bebé." Sus ojos encuentran los míos, llenos de un arrepentimiento tan crudo que me quita el aliento. "Me dirigía a mi coche cuando me asaltaron."

Puedo imaginarlo demasiado fácilmente—Nicholas solo en una calle oscura, en desventaja numérica. El pensamiento me revuelve el estómago. "¿Qué dijeron?"

"Que lo dejara. Que James tomó sus decisiones y pagó por ellas." Traga con esfuerzo. "Tienen razón."

"No digas eso."

"Es verdad. James se buscó que lo mataran. Y he pasado cinco meses destrozando nuestras vidas intentando vengar a alguien que no habría hecho lo mismo por mí." Su voz se quiebra ligeramente. "Que estaba robando y mintiendo hasta el final."

Me estiro instintivamente, apartando el pelo de su frente, cuidando de evitar los cortes y moratones. "Seguía siendo tu hermano. Aún lo amabas."

"Amaba quien creía que era." Los ojos de Nicholas brillan con lágrimas contenidas. "Igual que tú amabas quien solía ser yo."

La simple verdad de ello apuñala mi corazón. "Todavía te amo", susurro. "Eso nunca ha cambiado. Incluso cuando ya no podía reconocerte."

Una lágrima escapa, deslizándose por su mejilla magullada. La limpio suavemente con mi pulgar.

"Lo siento tanto, Kira." Las palabras parecen arrancadas de algún lugar profundo dentro de él. "Por todo. Por alejarte. Por no ser el hombre que mereces. Por no emocionarme con nuestro bebé."

Se mueve de nuevo, esta vez sentándose más derecho a pesar del obvio dolor. Toma mis manos entre las suyas.

"Quiero hacerlo mejor. Ser mejor. Iré a terapia—por mi dolor, por mi ira, todo. Seré el marido que necesitas y el padre que nuestro hijo merece." Aprieta mis manos suavemente. "Solo... no te rindas conmigo todavía. Por favor."

Las lágrimas nublan mi visión, calientes y repentinas. Este es el Nicholas del que me enamoré—vulnerable, sincero, luchando por nosotros incluso cuando duele. Lo he echado tanto de menos.

"Nunca me rendí contigo", digo. "Solo necesitaba que vieras lo que nos estaba pasando. Lo que te estaba pasando."

"Lo veo ahora." Logra una pequeña sonrisa adolorida. "No hay nada como una paliza para traer claridad."

"No bromees con eso." No puedo evitar el temblor en mi voz. "Cuando llamó el hospital, pensé... estaba tan asustada..."

"Hey." Me atrae más cerca, ignorando sus lesiones para rodearme con un brazo. "Estoy bien. Estamos bien."

Apoyo mi cabeza cuidadosamente contra su hombro, consciente de su costilla fisurada. "¿Lo estamos? ¿De verdad?"

"Lo estaremos", promete. "He terminado con la investigación." Su mano se mueve a mi vientre. "Te elijo a ti. Elijo a nuestra familia."

El simple toque, la primera vez que alcanza a nuestro bebé voluntariamente, rompe mi última resistencia. Lloro entonces, sollozos profundos que sacuden mi cuerpo y liberan meses de tensión y miedo y dolor.

Nicholas me sostiene a través de ello, su brazo bueno fuerte alrededor de mis hombros, su mano acunando la parte posterior de mi cabeza. Sus dedos se entrelazan en mi pelo, el gesto familiar tan dolorosamente tierno que me hace llorar más fuerte.

"Vuelvo a casa", digo cuando puedo hablar de nuevo, apartándome para mirarlo. "Te cuidaré hasta que estés mejor."

El alivio inunda su rostro. "No tienes que hacerlo. Si necesitas más tiempo—"

"No necesito más tiempo. Necesito a mi marido." Sonrío a través de mis lágrimas. "El que está sentado aquí mismo, finalmente viéndome de nuevo."

Me atrae cerca una vez más, presionando sus labios contra mi frente. "Te veo, Kira. Prometo que nunca dejaré de verte de nuevo."

"Y voy a hacer que cumplas eso", advierto, aunque no hay dureza en ello. "Junto con la promesa de la terapia."

"Primera cita tan pronto como salga de aquí", accede. "Sesiones diarias si es lo que hace falta."

Me río suavemente, el sonido extraño y maravilloso en esta habitación estéril. "Empecemos con semanales y veamos cómo va."

Un silencio cómodo cae entre nosotros, mi cabeza en su hombro, sus dedos aún gentiles en mi pelo. Por primera vez en meses, se siente como si estuviéramos respirando en sintonía de nuevo. Como si estuviéramos del mismo lado.

"Lo que pasó con los hombres de Sullivan", empiezo cautelosamente. "¿Volverán a ir por ti?"

Nicholas niega con la cabeza. "No creo. No si dejo la investigación, que es lo que voy a hacer. El informe policial dice que fue un atraco aleatorio. Así se quedará."

"¿Y realmente estás bien con eso? ¿Con nunca saber exactamente quién mató a James?"

Se queda callado por un largo momento, pensativo de una manera que no ha sido desde que murió su hermano. "Sé por qué lo mataron", dice finalmente. "Y sé que no era el James que creí conocer. Eso es suficiente. Tiene que serlo."

"Por lo que vale", digo, "creo que el James que te amaba, que nos defendió cuando todos los demás cuestionaban nuestra relación—esa parte era real."

Nicholas asiente lentamente. "Tal vez. De cualquier manera, no puedo cambiar lo que le pasó. Pero puedo asegurarme de no perder lo que más me importa ahora." Su mano encuentra la mía de nuevo, apretando suavemente. "Tú. Nuestro bebé. La vida que estamos construyendo."

Hay un suave golpe en la puerta, y entra una enfermera con una bandeja. "Perdón por interrumpir", dice con una sonrisa. "Solo necesito revisar sus constantes y darle su medicación."

Me levanto con reluctancia, haciendo espacio pero sin soltar la mano de Nicholas. "Debería llamar a mi madre, hacerle saber qué está pasando."

"Dile gracias", dice Nicholas. "Por traerte. Por cuidarte cuando yo no pude."

El simple reconocimiento, la humildad en ello, hace que mi corazón se hinche. Este es el hombre con el que me casé—considerado, agradecido, dispuesto a admitir cuando necesita ayuda.

"Lo haré." Aprieto su mano antes de soltarla. "Vuelvo enseguida."

En el pasillo, me apoyo contra la pared, respirando profundamente. El miedo y la culpa que me trajeron aquí esta mañana se han transformado en algo más ligero, más esperanzador. El camino por delante no será fácil—la recuperación de Nicholas, reconstruir nuestra confianza, prepararnos para nuestro bebé—pero por primera vez en meses, creo que lo recorreremos juntos.

Llamo a mi madre, explicando brevemente que Nicholas fue atacado pero estará bien, que me quedaré con él en el hospital hasta que le den el alta.

"¿Y después?", pregunta, la pregunta cargada de significado.

"Después vuelvo a casa", digo, la certeza llenándome. "Donde pertenezco."

"¿Estás segura, cariño? ¿Después de todo lo que ha pasado?"

Pienso en Nicholas en esa cama de hospital, magullado pero finalmente viendo con claridad. En su mano sobre mi vientre, su promesa de buscar ayuda. En el amor que nunca se ha extinguido del todo, incluso en nuestros momentos más oscuros.

"Estoy segura", le digo. "Esto es lo que quiero. Lo que ambos queremos."

Cuando vuelvo a la habitación, Nicholas está sentado más cómodamente, la enfermera habiendo ajustado su cama y medicación para el dolor. Su rostro se ilumina cuando me ve, y algo en mi pecho se afloja ante la reacción simple y genuina.

"Hablé con el médico en el pasillo", digo, reclamando mi lugar junto a él. "Dice que mientras tus escáneres sigan bien, podemos ir a casa esta noche."

"Casa", repite Nicholas. "Me gusta cómo suena eso."

Me inclino hacia adelante, presionando un suave beso en sus labios, cuidando sus moretones. "A mí también."

14

NICHOLAS

El cementerio está tranquilo esta mañana, el rocío aún se aferra a la hierba mientras entro por el estrecho camino que serpentea entre hileras de granito y mármol. La luz del sol se cuela entre los robles, dibujando sombras irregulares sobre las lápidas.

No he venido aquí en exactamente un año. La última vez, me quedé solo, enfadado y amargado, incapaz de reconciliar al hermano que creía conocer con el hombre que realmente era.

Hoy es diferente. Hoy no estoy solo.

Pongo el coche en punto muerto y me giro para mirar a Kira en el asiento del copiloto. Me observa cuidadosamente, esos ojos verdes que todavía hacen que mi corazón se salte un latido escrutando mi rostro.

"¿Estás seguro de esto?", pregunta suavemente, su mano encontrando la mía sobre la consola.

Asiento, apretando sus dedos. "Estoy seguro. Es hora."

En el asiento trasero, nuestra hija hace un feliz sonido gorjeante. Aria Rose Mercer, nueve meses y ya el centro de nuestro universo. La veo en el espejo retrovisor—pelo oscuro como el de su madre, ojos del mismo verde avellana cambiante, mejillas regordetas que forman hoyuelos cuando sonríe. Lo cual es a menudo. De alguna manera logramos producir el bebé más feliz y fácil de la historia—un milagro considerando el caos que precedió a su llegada.

"Yo la cojo", dice Kira, ya desabrochándose el cinturón. "Tú agarra las flores."

Recupero el ramo del maletero—lirios blancos mezclados con hortensias azules, los favoritos de James. Otro detalle que había olvidado hasta que la terapia me obligó a recordar al hermano más allá de la traición. El verdadero James, defectuoso y humano, no la imagen perfecta que había construido ni el villano en que lo había convertido después.

Kira levanta a Aria de su silla de coche, ajustando el pequeño sombrero que protege su piel clara. Nuestra hija enseguida estira la mano hacia el collar de su madre, un colgante de plata que le regalé a Kira en nuestro primer aniversario, hace tres meses.

"No, mi niña", se ríe Kira, redirigiendo suavemente esos dedos curiosos. "Aquí, ve con papá mientras cojo el bolso de los pañales."

Tomo a Aria en mi brazo libre, su pequeño peso sólido todavía una maravilla para mí. Me sonríe radiante, palmeando mi mejilla con una mano regordeta.

"Papá te tiene."

Palabras que he repetido como un mantra desde el día que nació. Palabras que representan la promesa que hice en esa cama de hospital hace un año—estar presente, ser mejor, poner a mi familia primero.

Juntos, caminamos por el sendero serpenteante hasta la tumba de James. Está bien mantenida—mi madre se encarga de eso, haciendo su visita mensual desde los Hamptons para dejar flores frescas y asegurarse de que los jardineros están haciendo su trabajo. La lápida es de granito negro, simple pero elegante, grabada con su nombre, fechas y las palabras "Amado Hijo y Hermano."

No "Amado Hijo, Hermano y Tío", me doy cuenta con una punzada. Nunca llegó a conocer a Aria. Nunca lo hará.

Me detengo frente a la tumba, con Aria balbuceando suavemente contra mi hombro y Kira como una presencia constante a mi lado.. Por un momento, no sé qué decir. ¿Qué le dices al hermano que te traicionó? ¿Que mintió y robó y se hizo matar? ¿Que inadvertidamente casi destruyó tu matrimonio?

"He traído a alguien para que te conozca", empiezo finalmente, mi voz baja pero firme. "Esta es Aria. Tu sobrina." La ajusto en mis brazos para que mire hacia la lápida, aunque es demasiado pequeña para entender lo que está pasando.

Kira desliza su brazo alrededor de mi cintura, apoyándose ligeramente en mí.

"Siento no haber venido", continúo. "Necesitaba tiempo. Para procesar todo. Para entender." Miro las flores en mi mano, luego doy un paso adelante para dejarlas en la base de la lápida. "Todavía me enfado a veces. Todavía tengo preguntas. Pero estoy aprendiendo a vivir con esa incertidumbre. A aceptar que las personas son complicadas—incluso las que creemos conocer mejor."

Una suave brisa agita los árboles sobre nosotros, enviando una lluvia de pétalos blancos de algún lugar cercano flotando sobre el cementerio.

"Habrías sido un buen tío", digo, sorprendido de descubrir que lo digo en serio. "Con todos tus defectos, siempre tenías tiempo para las personas que te importaban. Siempre las hacías sentir importantes. Especiales." Miro a Kira. "Viste que Kira era la indicada para mí antes que yo. Me empujaste a tomar el riesgo aunque trabajara para mí. Tenías razón en eso."

Aria se retuerce en mis brazos, lista para un cambio de escenario. Se la paso a Kira, quien la mece suavemente en su cadera.

"¿Los tipos que vinieron por mí esa noche?", continúo, mi voz más baja ahora. "Recibieron su merecido. Sullivan y Delgado están cumpliendo condenas de veinte años—por evasión fiscal, irónicamente. El FBI llevaba años construyendo un caso. Mi ataque los llevó de vuelta a Teresa, quien les dio todo lo que sabía a cambio de inmunidad. Curioso cómo funciona el universo a veces."

Mientras hablo, una sensación extraña de alivio me invade, como si cada palabra apartara otro ladrillo del peso que he cargado durante tanto tiempo.

"Estoy mejor", le digo. "La terapia ayuda. Ser padre ayuda más. Resulta que nada pone la vida en perspectiva como un pequeño ser humano que depende completamente de ti." Sonrío a Aria. "Kira volvió al trabajo hace tres meses. Lo está petando, por supuesto. Dirige toda la división de marketing ahora. Tenemos una niñera que ayuda durante el día—Anna, Aria la adora. Intenté convencer a Kira de quedarse en casa, pero..."

"Pero le dije dónde podía meterse esa sugerencia", interrumpe Kira con una sonrisa socarrona.

"En mi defensa, solo lo mencioné una vez", digo, levantando las manos en señal de rendición. "E inmediatamente reconocí mi error."

"Está aprendiendo", susurra Kira teatralmente a la lápida.

Me río, el sonido natural y libre de una manera que no podría haber imaginado hace un año. "Lo estoy. Cada día." Me pongo serio de nuevo, mirando el nombre grabado en piedra. "Te perdono, James. Espero que donde sea que estés, hayas encontrado paz. Y espero que sepas que a pesar de todo, fuiste amado."

Doy un paso atrás, deslizando mi brazo alrededor de la cintura de Kira, nuestra hija entre nosotros. Nos quedamos allí un momento más, una familia de tres ante una tumba que representa tanto un final como un comienzo.

"¿Listo?", pregunta Kira suavemente.

Asiento, presionando un beso en su sien. "Listo."



Nuestra casa se siente diferente ahora. Más brillante, de alguna manera, aunque la estructura en sí no ha cambiado. La fría perfección que una vez definió nuestro espacio vital se ha suavizado con las evidencias de una niña—juguetes esparcidos por el suelo del salón, una trona junto a la mesa del comedor.

Kira se mueve por la cocina con eficiencia practicada, Aria en su cadera mientras prepara un biberón.

"Anna dijo que durmió dos horas esta mañana", informa, probando la temperatura de la fórmula en su muñeca. "Lo que explica por qué todavía está tan enérgica ahora."

Las observo desde la puerta, golpeado de nuevo por lo afortunado que soy. Lo cerca que estuve de perder esto. De perderlas.

"Puedo cogerla mientras te cambias", ofrezco, ya estirándome hacia nuestra hija. "Deberías relajarte un poco antes de la cena. Has estado en marcha desde las seis de la mañana."

Kira transfiere a Aria a mis brazos junto con el biberón. "¿Estás diciendo que parezco cansada, señor Mercer?." Hay un brillo juguetón en su ojo que hace que mi sangre se caliente.

"Estoy diciendo que te ves hermosa, como siempre, señora Mercer." Dejo que mi mirada viaje apreciativamente por su cuerpo. El embarazo dejó curvas sutiles que me enloquecen—un escote un poco más pronunciado, una suavidad tentadora en sus caderas. "Y que creo que te mereces un baño caliente y una copa de vino."

"Zalamero." Se pone de puntillas para besarme rápidamente. "No tardaré mucho. Tus padres vendrán a las siete, ¿verdad?"

"Desafortunadamente."

Me da un manotazo en el brazo. "Sé amable. Lo están intentando."

"Mi madre criticó tus habilidades como madre la última vez que visitaron."

"Sugirió que podríamos considerar el entrenamiento del sueño. Eso apenas es una crítica."

"Insinuó que el temperamento perfecto de Aria era a pesar de nuestra crianza, no gracias a ella."

Kira se ríe, el sonido todavía mi favorito en el mundo después de las risitas de Aria. "Tu madre es tu madre. Nada cambiará eso. Pero ama a Aria, y Aria adora a su 'Mimi', así que lo aguantamos."

Suspiro dramáticamente. "Las cosas que hago por ustedes dos."

"Pobrecito", se burla, dirigiéndose a las escaleras. "Qué sacrificios."

La veo marcharse, admirando la vista, luego centro mi atención en Aria, que está chupando contentamente su biberón, una diminuta mano envuelta alrededor de mi dedo.

"Tu mamá tiene razón", le digo confidencialmente. "Somos los afortunados."

Aria parpadea hacia mí, esos ojos tan parecidos a los de su madre pareciendo estar de acuerdo.

El último año ha sido un viaje de redescubrimiento—de mí mismo, de mi matrimonio, de lo que más importa. Las sesiones semanales de terapia me ayudaron a procesar no solo la muerte y traición de James, sino problemas más profundos que había estado evitando durante años. Las tendencias controladoras heredadas de mi padre. El perfeccionismo que se volvió tóxico bajo estrés. El miedo a la vulnerabilidad que casi me costó todo.

Lentamente, laboriosamente, Kira y yo reconstruimos lo que habíamos roto. Citas nocturnas mientras sus padres cuidaban a Aria. Conversaciones honestas sobre nuestros miedos y expectativas. Terapia de pareja para desarrollar mejores herramientas de comunicación. El trabajo fue duro pero necesario, transformando nuestra relación en algo más fuerte, más resiliente que antes.

La noche que nació Aria—un parto sorprendentemente rápido que nos pilló a ambos desprevenidos—sostuve a mi hija por primera vez e hice un voto silencioso. Ser el padre que merece. El marido que Kira necesita. El hombre que siempre fui capaz de ser.

Ahora, mientras me acomodo en el sofá del salón con Aria acunada en mis brazos, siento una satisfacción que nunca creí posible. El negocio sigue prosperando—más que nunca, de hecho, porque lograr un mejor equilibrio entre el trabajo y la vida personal, irónicamente, me ha convertido en un CEO más eficiente. La carrera de Kira continúa floreciendo, sus estrategias innovadoras de marketing atrayendo clientes que una vez consideramos fuera de alcance. Y Aria crece más extraordinaria cada día, una mezcla perfecta de ambos.

Miro el reloj. Una hora antes de que lleguen mis padres. Justo el tiempo suficiente para la rutina nocturna de Aria.

"Hora del baño, princesa", anuncio, dejando a un lado el biberón vacío. "Luego cuentos."

Para cuando Kira baja, recién duchada y vestida con un sencillo vestido negro que hace que mi corazón lata más rápido, Aria está limpia y en pijama. Está adormilada en mis brazos mientras le leo un libro que todavía no entiende.

"Alguien está lista para la cama temprano", observa Kira, viniendo a posarse en el brazo del sillón.

"Día largo", respondo, pasando la página.

Kira pasa sus dedos por mi pelo. "¿Cómo estás? Sé que hoy no pudo ser fácil."

Levanto la mirada hacia ella, viendo la preocupación bajo la pregunta. "Estoy bien", le aseguro. "Mejor de lo que esperaba, en realidad. Se sintió... correcto. Necesario."

Asiente, su mano posándose en mi hombro. "Estoy orgullosa de ti."

Tres simples palabras que lo significan todo. Hace un año, no podría haberlas aceptado. Las habría desviado con sarcasmo o cambiado de tema. Ahora, las dejo penetrar, cálidas y reconfortantes.

"Gracias", digo simplemente. "Por todo. Por no rendirte conmigo cuando tenías todas las razones para hacerlo."

"Prometí en lo bueno y en lo malo", me recuerda, inclinándose para besar la parte superior de mi cabeza. "Aunque admito que hubo momentos en que 'lo malo' puso a prueba mi determinación."

"La mía también. Pero lo logramos."

"Lo hicimos." Kira extiende sus brazos. "Yo la acostaré. Tú sirve el vino. Tu madre necesitará una copa en cuanto llegue, y tú también."

Transfiero a nuestra hija casi dormida al abrazo de su madre, robando un beso en el proceso. "¿Tinto o blanco?"

"Tinto. El Burdeos que envió para tu cumpleaños que hemos estado guardando."

"Ah, el enfoque estratégico de apaciguamiento."

La risa de Kira la sigue escaleras arriba. "Exactamente. Resolución de conflictos 101."

Las veo marcharse, luego me dirijo a la bodega junto a la cocina para seleccionar la botella. Para cuando regreso con ella y dos copas, Kira está bajando, monitor del bebé en mano.

"Está dormida", informa.

"Bien", digo, sirviendo el vino.

Nos movemos al sofá, Kira acurrucándose contra mi costado de una manera que se siente tanto familiar como emocionante. Así es como empezamos—intimidad casual, conversación fácil, su cuerpo encajando perfectamente contra el mío como si hubiera sido diseñado específicamente para ese propósito.

"Por James", digo suavemente, levantando mi copa. "Y por las segundas oportunidades."

Kira toca su copa con la mía. "Por la familia."

Bebemos en un silencio cómodo, la luz del atardecer proyectando un calor dorado a través del salón. En media hora, mis padres llegarán con sus opiniones y preguntas y críticas sutiles. Pero por ahora, somos solo nosotros en la tranquila secuela de un día que representa lo lejos que hemos llegado.

"Sabes", dice Kira, dejando su copa en la mesa de café, "tenemos unos veinticinco minutos antes de que lleguen tus padres."

Levanto una ceja ante su tono. "Y Aria está dormida."

"Mmm-hmm." Se gira para mirarme, tomando mi copa y colocándola junto a la suya. "¿Qué deberíamos hacer con este inesperado tiempo libre?"

"Tengo algunas ideas", murmuro, mis manos ya encontrando su cintura.

"Yo también." Se sube a mi regazo, rodillas a cada lado de mis caderas, su vestido subiendo para revelar la parte superior de sus muslos.

"Creo", digo, mi voz bajando mientras trazo besos a lo largo de su cuello, "que las acciones hablan más que las palabras."

Su risa se convierte en un suave jadeo mientras mis manos se deslizan bajo su vestido, descubriendo que no lleva nada debajo. "Alguien es presuntuosa", gruño contra su piel.

"Alguien conoce muy bien a su marido", contraataca, sus dedos trabajando en mi cinturón.

Todavía es una maravilla para mí, lo rápido que puede encender mi deseo. Cómo encajamos perfectamente. Cuánto la anhelo—no solo físicamente, sino emocionalmente, intelectualmente, en todas las formas en que una persona puede necesitar a otra.

Me levanto, alzándola conmigo, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura mientras la llevo a la habitación de invitados de la planta baja. Un año de práctica nos ha hecho expertos en momentos robados de pasión. El monitor del bebé descansa en la mesita de noche mientras la deposito en la cama, su pelo oscuro extendiéndose sobre las sábanas blancas como tinta derramada.

"Veinte minutos", me recuerda, ya desabotonando mi camisa.

"Tiempo suficiente", prometo, deslizando su vestido hacia arriba y sobre su cabeza en un movimiento suave.

Nos unimos con la facilidad practicada de una pareja que conoce íntimamente el cuerpo del otro. Su espalda se arquea cuando entro en ella, mi nombre una plegaria susurrada en sus labios. Cubro su boca con la mía, tragando sus gemidos mientras nos movemos juntos en el ritmo familiar que hemos perfeccionado.

"Te amo", respiro contra su oído, las palabras tan necesarias como el oxígeno.

"Yo también te amo", desafía, sus ojos oscuros de deseo, su cuerpo encontrando el mío empuje por empuje.

Así que lo hago—con mis manos, mis labios, mi cuerpo. Vertiendo todo lo que soy, todo lo que siento, en cada movimiento. Su liberación llega primero, su cuerpo apretándose alrededor del mío mientras se muerde el labio para mantenerse en silencio. La sigo momentos después, su nombre el único pensamiento coherente en mi mente mientras el placer me inunda.

Después, yacemos enredados juntos, su cabeza en mi pecho, mis dedos trazando patrones perezosos en su espalda. El reloj antiguo en el pasillo marca el cuarto de hora—diez minutos hasta que lleguen mis padres.

"Deberíamos vestirnos", murmura Kira, sin hacer ningún movimiento para hacerlo.

"Probablemente", coincido, igualmente inmóvil.

Se apoya sobre un codo, estudiando mi rostro. "¿Algún arrepentimiento? Sobre hoy, quiero decir."

Coloco un mechón de pelo detrás de su oreja, dejando que mi mano se demore en su mejilla. "Ninguno. Era necesario."

"¿Y el resto? ¿El último año?"

Sé lo que realmente está preguntando. Después de todo este tiempo, toda la terapia, todo el crecimiento—¿estoy verdaderamente feliz con dónde estamos?

"El único arrepentimiento que tengo", le digo honestamente, "es que casi tuve que perderte para ver lo que tenía justo frente a mí todo el tiempo. Que tú y Aria son todo. Que ninguna venganza, ninguna justicia, ningún éxito empresarial podría valer jamás sacrificar lo que tenemos."

Se inclina para besarme. "Me alegro de que lo descubrieras."

"Mejor tarde que nunca", digo, sonriendo contra sus labios.

El timbre suena, destrozando nuestro momento de paz. Kira gime, dejando caer su frente contra mi pecho.

"Llegan temprano", suspira. "Por supuesto que llegan temprano."

"La puntualidad patológica de mi madre ataca de nuevo." Beso la parte superior de su cabeza antes de sentarme a regañadientes. "Los entretendré mientras te vistes."

"Gracias, cariño", dice, ya alcanzando su vestido descartado.

Me visto rápidamente, revisando mi apariencia en el espejo para asegurarme de que no parezco tan completamente desaliñado como me siento. Atrapo a Kira mirándome, una pequeña sonrisa jugando en sus labios mientras se pone su vestido de nuevo.

El timbre suena otra vez, agudo e insistente.

"¡Ya voy!", grito, pero no me muevo inmediatamente. Kira tampoco.

Se estira, alisando el nudo de mi corbata, sus dedos demorándose solo un segundo más de lo necesario. Es algo pequeño—una de las mil pequeñas cosas a las que hemos encontrado el camino de vuelta.

"¿Lista para esto?", pregunto, voz baja.

Exhala, una suave sonrisa conocedora jugando en sus labios. "¿Tengo elección?"

"No realmente." Sonrío con suficiencia, rozando mi pulgar a lo largo de su mandíbula antes de dar un paso atrás.

Nos movemos hacia la puerta juntos, lado a lado—no por obligación, no por fuerza, sino porque es donde pertenecemos. Lo que sea que nos espere al otro lado—los juicios apenas velados de mi madre, la aprobación estoica de mi padre, el peso de nuestro pasado presionando alrededor de los bordes—lo manejaremos. Como hemos manejado todo lo demás.

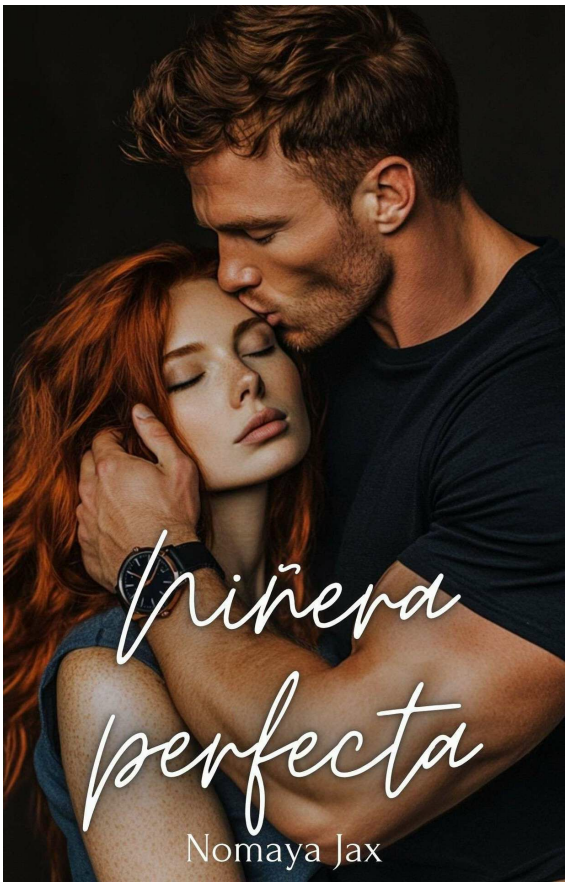
No porque tengamos que hacerlo. Porque queremos hacerlo.

Porque elegimos hacerlo.

El final, gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Olivia y Ryan? Entonces te encantará mi novela,

Niñera perfecta



Acepté el trabajo para escapar de mi pasado, un nuevo comienzo como la niñera residente de una dulce niña que merece el mundo.

Pero no esperaba que su padre, Michael Fontana, me desarmara con solo una mirada.

Alto, magnético y desgarradoramente dañado, Michael es todo lo que debería evitar. Me llama cariño, pero el fuego en su mirada arde más que cualquier palabra.

Me dije a mí misma que mantendría las cosas profesionales, pero mantenerme alejada de él resultó ser imposible.

Nuestras noches juntos son salvajes, crudas e inolvidables. Pero su pasado lo atormenta, y mis secretos nunca están demasiado lejos.

Cuando me enfrento a algo que nunca vi venir, debo decidir si este amor vale la pena arriesgarlo todo o si algunas cicatrices son demasiado profundas para sanar.

Leer ahora! https://mybook.to/Flsu



Capítulo 1 – MICHAEL

El peso de su brazo sobre mi pecho me sofoca. No porque sea pesado, sino porque está ahí.

Mi mirada se desvía hacia el cabello rubio esparcido sobre la almohada a mi lado, brillando con la luz del amanecer que se filtra por las ventanas. Los mechones dorados capturan el sol de una manera que me oprime el pecho—demasiado familiar, demasiado cercano a un recuerdo del que no puedo escapar.

Sarah se mueve en sueños, su respiración suave y acompasada. La sábana de algodón egipcio se enreda alrededor de sus caderas, dejándola desnuda de la cintura para arriba. Su piel es de porcelana perfecta bajo la luz del alba, todavía ligeramente sonrojada por nuestras actividades de la noche anterior. Sus curvas son de esas que harían que la mayoría de los hombres se detuvieran a mirar, que inspirarían a los artistas a tomar sus pinceles. Para cualquier otro, parecería la perfección—una diosa tendida sobre sábanas de diseñador en la cama de un millonario.

Pero para mí, es solo una sombra. Una pobre imitación de alguien a quien nunca volveré a abrazar.

Giro la cabeza hacia el elegante reloj negro montado en la pared. Las seis en punto. La casa está en silencio ahora, pero no durará mucho así. Katie despertará pronto, y Martha estará allí para recibirla. La idea de que mi hija pueda ver a Sarah aquí hace que apriete la mandíbula.

No puedo permitir eso—no lo permitiré.

Se me cierra la garganta mientras me giro de lado, extendiendo la mano para sacudir su hombro. "Sarah", murmuro.

Sus pestañas revolotean antes de que sus ojos se encuentren con los míos. Azules. Demasiado azules. Justo como los de Evelyn, pero sin la profundidad, el calor, el alma que hacía que los ojos de mi esposa se sintieran como volver a casa.

"Buenos días", dice Sarah, con la voz espesa por el sueño. Una pequeña sonrisa curva sus labios mientras se estira lánguidamente entre las sábanas. Su mano se acerca a mí, pero me aparto antes de que pueda tocarme.

"Tienes que irte."

La confusión cruza su rostro antes de que componga sus facciones en algo más neutral. Arquea la espalda de una manera que pretende ser seductora, y odio que mi cuerpo responda incluso

cuando mi mente se rebela. "Es temprano", murmura, acercándose más. Sus dedos rozan mi pecho. "Quédate en la cama conmigo un rato más."

Agarro su muñeca antes de que pueda continuar su exploración, mi agarre firme pero no cruel. "Conoces las reglas", digo, endureciendo mi voz lo suficiente para dejar claro mi punto. Llevamos meses en esta danza—ella lo sabe bien.

Su expresión se tensa, un destello de dolor cruza sus facciones antes de que pueda ocultarlo. Retira su mano con cuidada deliberación, sentándose y dejando que la sábana se acumule en su cintura. La mirada que me da está herida, sus cejas se juntan mientras abre la boca para hablar. Pero cualquier argumento que haya preparado muere en sus labios. En su lugar, deja escapar un suave suspiro y balancea las piernas sobre el borde de la cama.

"No te entiendo, Michael", dice en voz baja, sus hombros encorvándose ligeramente. "Llevamos casi un año viéndonos. ¿No sientes nada? ¿Ni siquiera un poco?"

La pregunta se retuerce en mis entrañas como un cuchillo, pero mantengo mi expresión neutral mientras me incorporo, pasándome una mano por el pelo. "Sarah...", empiezo, suavizando mi tono por algo parecido a la lástima. "La única mujer que he amado fue Evelyn Fontana."

Su respiración se corta audiblemente. Pero se recupera rápidamente, su mandíbula tensándose mientras se levanta y comienza a recoger su ropa esparcida por el suelo de mi habitación.

"Tal vez deberíamos hacer una pausa", murmura, poniéndose el vestido con movimientos rápidos y bruscos que delatan su orgullo herido.

No la detengo. Simplemente la observo mientras se pone los tacones, su espalda rígida con dignidad mientras camina hacia la puerta. El suave clic cuando se cierra tras ella resuena en el silencio que deja atrás.

El aire se siente más pesado sin ella, no más ligero como debería. Exhalo lentamente y me giro hacia la mesita de noche, mis ojos cayendo sobre la fotografía que espera allí como un centinela. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras la tomo, mi pulgar acariciando el cristal como si pudiera atravesarlo y tocar el momento congelado debajo.

Evelyn.

Su cabello dorado cae en cascada sobre sus hombros en la foto, captando el atardecer de una manera que crea un halo alrededor de su rostro. Está sonriendo a la cámara, sosteniendo a Katie en sus brazos, ambas enmarcadas por el suave cielo coral y lavanda detrás de ellas. Estoy de pie detrás de ellas, una mano sobre el hombro de Evelyn, mi expresión relajada y genuina de una manera que no ha vuelto a ser desde ese día. Estamos en la playa de nuestra casa de verano en los Hamptons, Katie apenas tenía dos años, sus pequeñas manos fascinadas con el collar de su

madre—el colgante de zafiro que le había regalado a Evelyn en nuestro primer aniversario. Fue la última vacación que tomamos antes de... todo.

Mi pecho se contrae dolorosamente mientras estudio el rostro de Evelyn. Debería haber atesorado más esos momentos. Debería haberla abrazado más fuerte, besado más tiempo, haberle dicho cada día que era mi mundo entero. Pero no lo hice. Di por sentado que tendríamos décadas juntos, que envejeceríamos viendo crecer a Katie, que tendríamos más hijos para amar.

Ahora solo hay este espacio vacío donde solía estar mi corazón, un vacío que nada ni nadie puede llenar.

Vuelvo a colocar la foto con cuidadosa reverencia y me obligo a moverme, sacando unos bóxers de seda del cajón y poniéndomelos. La habitación se siente demasiado grande ahora, demasiado vacía. Cruzo la extensión de suelo de madera hacia el carrito de té antiguo ubicado cerca del área de estar, su superficie plateada pulida captando la luz de la mañana.

La rutina es automática, aprendida de innumerables mañanas como esta. Agua caliente de la tetera eléctrica, té Earl Grey suelto, sin azúcar, sin crema. El rico aroma se eleva mientras sirvo, anclándome en el momento presente. Envuelvo ambas manos alrededor de la delicada taza de porcelana, dejando que su calor se filtre en mi piel mientras camino hacia el muro de ventanas.

La vista se extiende ante mí, inmutable pero nunca exactamente igual. Los jardines perfectamente cuidados se extienden desde la casa en patrones geométricos precisos, un testimonio de la dedicación de los jardineros. Más allá, el lago brilla bajo la luz temprana de la mañana, su superficie ondulándose suavemente con la brisa. Es objetivamente hermoso, pero se siente vacío—como todo lo demás desde que ella se fue.

Mis pensamientos vagan, sin ser invitados, hacia ese día. El día en que mi mundo implosionó.

Evelyn había sido la imagen de la salud durante su embarazo—fuerte, vibrante, radiante. Los médicos nos habían asegurado repetidamente que todo progresaba perfectamente, que no había motivo de preocupación. Pero cuando entró en trabajo de parto, fue como ver una pesadilla desarrollarse a cámara lenta, impotente para detenerla.

La sangre—había tanta sangre. Las voces del equipo médico se volvieron cada vez más frenéticas, superponiéndose y haciendo eco en mis oídos mientras las máquinas pitaban en un caos discordante. Sostuve su mano, susurrando promesas que no estaba seguro de poder cumplir, viendo cómo la luz en sus ojos comenzaba a desvanecerse. Y luego Connor... tan pequeño, tan quieto. Lo sostuve durante menos de un minuto antes de que se lo llevaran, sus rostros sombríos con una respuesta que no estaba listo para escuchar.

El sonido de porcelana rompiéndose me devuelve al presente. Miro hacia abajo para encontrar mi taza de té hecha pedazos a mis pies, el líquido oscuro filtrándose en la costosa madera.

Un golpe seco en la puerta me hace sobresaltar.

"¿Señor? ¿Está bien?" La voz de Walter atraviesa la puerta, tranquila y firme como siempre, pero puedo oír la preocupación bajo su tono profesional.

"Estoy bien", respondo, mi voz más cortante de lo que pretendía. "Solo... vete."

Hay una pausa antes de que sus pasos se alejen por el pasillo. Exhalo lentamente, pasándome ambas manos por el pelo mientras intento estabilizarme.

Basta. Me he permitido hundirme demasiado esta mañana.

Me dirijo con paso firme al baño principal, empujando las pesadas puertas dobles. El espacio inmenso se extiende ante mí, un estudio en lujo con suelos de mármol Calacatta climatizados que calientan mis pies con cada paso. Los accesorios cromados brillan con la luz matinal que se filtra por las ventanas escarchadas, y la cabina de ducha extragrande, con sus paredes de cristal sin marcos y sus dos alcachofas tipo lluvia, podría albergar fácilmente a media docena de personas.

Abro el agua al máximo, observando cómo el vapor comienza a elevarse en espirales delicados. Al meterme bajo el chorro ardiente, dejo que golpee mis hombros y espalda, dando la bienvenida al calor casi doloroso. No ajusto la temperatura, aceptando la incomodidad física como una distracción del dolor emocional que nunca se va realmente. El agua cae en cascada por mi rostro mientras apoyo las manos contra la fría pared de mármol, con la cabeza inclinada.

Cuando por fin salgo, la condensación se adhiere a cada superficie, transformando el baño en un santuario húmedo. Mi reflejo en el espejo extragrande está distorsionado, una metáfora apropiada de cómo me veo estos días. Limpio el vaho con la palma de la mano, estudiando con ojos críticos al hombre del otro lado. A los treinta y nueve, represento perfectamente el papel que interpreto—mandíbula afilada salpicada de barba oscura, hombros y pecho anchos endurecidos por entrenamientos implacables, sin un ápice de suavidad.

Las gotas de agua se deslizan por mi torso, siguiendo las líneas definidas de músculos que mantengo con la misma disciplina despiadada que aplico a todo lo demás en mi vida. Pero mis ojos... son diferentes ahora. Más duros. Más vacíos. El azul profundo que Evelyn decía que le recordaba al océano después de una tormenta ahora parece frío y distante, incluso para mí.

Me visto con precisión mecánica, la rutina tan arraigada que no requiere pensamiento consciente.

El vestidor es un testimonio de orden y control, un espacio más grande que algunos apartamentos que he visto. Los sensores de movimiento activan una iluminación suave cuando entro, iluminando filas de trajes a medida y corbatas de diseñador dispuestas con precisión militar. Elijo un traje Armani gris marengo, su tejido tan fino que se siente como seda líquida contra mi piel. Ajusto mis gemelos de platino—el último regalo de Navidad de Evelyn—con movimientos

practicados, mi reflejo en el espejo de cuerpo entero mostrando a un hombre que parece tener todo bajo control.

El aroma a tortitas y sirope de arce caliente me recibe mientras bajo por la escalera principal. La luz dorada de la mañana se cuela por las altas ventanas. La risa de Katie flota desde la cocina. Mis pasos se aceleran involuntariamente, atraídos por ese sonido de pura alegría.

La cocina es un espacio luminoso y aireado que Evelyn diseñó ella misma, con electrodomésticos profesionales de acero inoxidable y armarios en tono crema cálido. Katie está sentada en la barra del desayuno, sus piernas balanceándose libremente debajo, y tiene delante una pila de tortitas a medio comer ahogadas en sirope. Sus rizos rubios todavía están ligeramente despeinados por el sueño.

"¡Papi!", grita, abandonando su desayuno y lanzándose del taburete.

La atrapo antes de que pueda caer. Chilla de alegría mientras la hago girar una vez antes de acunarla contra mi pecho. Sus pequeños brazos rodean mi cuello con total confianza, y planta un beso pegajoso y dulce como el sirope en mi mejilla.

"Buenos días, princesa."

Se aparta lo justo para sonreírme radiante, sus ojos azules—tan desgarradoramente parecidos a los de su madre—brillando de pura alegría. Un rocío de pecas cruza su nariz, igual que las de Evelyn, y por un momento, el peso en mi pecho se aligera lo suficiente para dejarme respirar. En estos momentos, casi puedo creer que todo estará bien.

"Buenos días, Michael", dice Martha cálidamente. Ha estado con nosotros desde que Katie tenía tres meses, más abuela que niñera. Su pelo plateado está recogido en su habitual moño pulido, y lleva el vestido azul marino almidonado que prefiere para las mañanas entre semana. La imagen familiar de ella dando la vuelta expertamente a las tortitas, sus movimientos precisos a pesar de su edad, es tan parte de nuestra rutina matutina como los saludos entusiastas de Katie.

"Buenos días, Mar—" Las palabras mueren en mi garganta cuando de repente se inclina hacia adelante, una tos áspera y húmeda brotando de su pecho. La espátula repiquetea contra la cocina mientras se agarra al borde de la encimera, sus nudillos blancos por el esfuerzo de mantenerse erguida.

"¿Martha?" La alarma me atraviesa mientras la tos continúa, volviéndose más violenta con cada segundo que pasa. El sonido está mal—profundo y ronco, como si algo intentara abrirse paso desgarrando su pecho.

Hace un gesto desdeñoso con la mano, luchando por enderezarse, pero el sonido sibilante que sigue me hiela la sangre. Su rostro se ha puesto pálido bajo su color habitualmente saludable, y

puedo ver su pecho agitándose por el esfuerzo de respirar.

"¿Papi?", susurra Katie contra mi cuello, su pequeño cuerpo tensándose en mis brazos. Sus dedos se aferran a mi chaqueta, y puedo sentirla temblar. "¿Qué le pasa a Martha?"

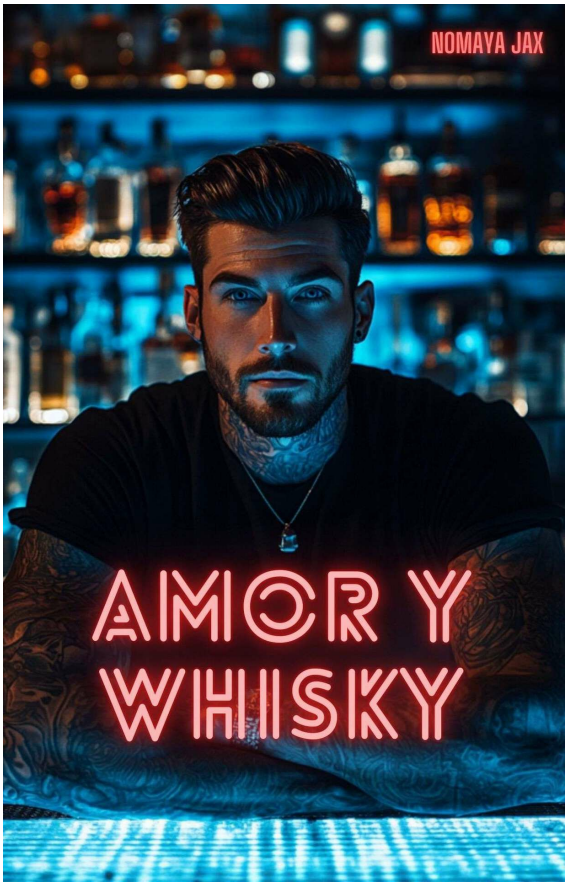
"Todo va a estar bien, cariño", digo, forzando calma en mi voz aunque el pánico me desgarra el pecho. Mi mente corre con posibilidades horribles—ataque al corazón, derrame cerebral, embolia pulmonar. Katie ya perdió a su madre—no puede perder a Martha también. No a Martha, que ha sido más familia que empleada desde el día que cruzó nuestra puerta. No a Martha, que me mantuvo entero en aquellos días oscuros después de la muerte de Evelyn, que de alguna manera sabía exactamente cuándo ofrecer apoyo silencioso y cuándo dejarme con mi dolor.

Las rodillas de Martha se doblan, y me lanzo hacia adelante, pero nuestro mayordomo, Walter, está más cerca. La agarra del codo, sosteniendo su peso mientras ella sigue jadeando por aire. El personal de la cocina se mueve con incertidumbre, sus rostros pintados de preocupación.

"¡Llamad a una ambulancia!", grito, mi voz resonando en la cocina repentinamente silenciosa. La orden los pone en acción, una de las doncellas ya sacando su teléfono. "¡Rápido!"

Leer ahora! https://mybook.to/Flsu

Anteprima: Amor y Whisky



El amor y el whisky no son buena mezcla.

Al menos, eso me dije la noche que entré en el bar de Ryan Carter. Se suponía que sería una distracción—un hombre peligrosamente sexy con ojos ardientes y una sonrisa traviesa que prometía problemas.

Pensé que podría ignorar el calor en su mirada, pero ninguna mujer es inmune a su encanto y atractivo.

Cuando me propuso matrimonio para salvar su bar y rescatarme de mi terrible trabajo, sonaba bastante simple.

Pero la broma fue para mí—enamorarme de él y marcharme embarazada nunca fue parte del plan.

Leer ahora! https://mybook.to/vdD5HH



Capítulo 1 – OLIVIA

El líquido carmesí se arremolina en mi copa, capturando el resplandor ámbar de las bombillas vintage Edison que cuelgan sobre nosotras.

Mis dedos trazan patrones ausentes sobre el tallo de mi copa de vino mientras Lauren parlotea sobre su luna de miel, su anillo de bodas destellando con cada gesto animado. Su cabello oscuro cae en ondas perfectas sobre sus hombros, y sus mejillas están sonrojadas de emoción mientras describe cada detalle de su escapada a las Maldivas.

"El agua era de un tono azul precioso", exclama con sus ojos marrones muy abiertos. "Como si alguien hubiera esparcido diamantes sobre la superficie. Y nuestra villa era aún más hermosa. Tenía suelos de cristal para poder ver los peces nadando debajo..."

Mi atención se desvía a pesar de mis esfuerzos, atraída como un imán hacia la barra donde Ryan Carter prepara bebidas con destreza natural.

Se mueve con una gracia fluida que hace que hasta el simple acto de servir licor parezca una forma de arte. Su cabello castaño oscuro cae en ese desorden perfectamente calculado que sugiere horas de estilismo para lograr un aspecto despreocupado. Las mangas de su camisa negra están dobladas hasta los codos, revelando antebrazos bronceados y marcados por músculos definidos. Mientras agita un cóctel, observo cómo sus hombros se flexionan bajo la tela de su camisa.

Una mujer encaramada en uno de los taburetes de cuero acapara su atención. Lleva lo que generosamente podría llamarse vestido: un trozo de tela roja que apenas cubre lo esencial. Sus largas piernas están cruzadas a la altura de la rodilla, con un pie moviéndose al ritmo del suave jazz que suena a través de altavoces ocultos. Se echa su cabello rubio platino sobre un hombro y se inclina hacia adelante, prácticamente desparramándose sobre la pulida superficie de caoba de

la barra.

Aprieto los dientes mientras observo su evidente exhibición. Los labios carmesí de la mujer se curvan en lo que ella probablemente cree que es una sonrisa seductora mientras desliza un dedo perfectamente manicurado por el borde de su copa de martini.

Ryan dice algo que no alcanzo a oír, y ella echa la cabeza hacia atrás en una risa exagerada, juntando las manos de una manera que hace que su escote, ya de por sí prominente, sea aún más obvio.

"¿Olivia?" Lauren agita su mano frente a mi cara, con una expresión conocedora. "No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?"

El calor me sube por el cuello mientras obligo mi atención a volver a mi amiga. "Lo siento, es que yo..." Tomo un sorbo apresurado de vino.

"¿Te distrajiste con nuestro guapísimo bartender?" Los labios de Lauren se curvan en una sonrisa burlona. "¿Otra vez?"

"No sé de qué hablas", murmuro, pero mi mirada me traiciona, volviendo a la barra.

Ryan está limpiando la barra ahora, los músculos de sus antebrazos flexionándose mientras trabaja. La cálida iluminación resalta los destellos dorados en sus ojos color avellana, y por un breve momento, se encuentran con los míos. Se me corta la respiración. Las comisuras de sus ojos se arrugan ligeramente antes de desviar la mirada, volviendo a su conversación con la rubia.

Lauren se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. "Olivia Marie Hargrove, has estado viniendo a este bar todos los viernes durante dos meses. Te he visto mirarlo como si fuera la última gota de agua en el desierto, y todavía no le has dicho ni una sola palabra."

"He dicho palabras", protesto, jugueteando con mi servilleta. "Pido bebidas, ¿no?"

"'Un Cabernet, por favor' no cuenta como conversación." Lauren pone los ojos en blanco, estirándose sobre la mesa para detener mis manos inquietas. "Eres guapísima, exitosa y soltera. Estaría loco si no estuviera interesado."

Resoplo, señalando hacia la mujer en la barra. "Claramente tiene un tipo. Y no soy yo."

"¿Qué, te refieres a desesperada y obvia?" Lauren arquea una ceja. "Por favor, he visto cómo te mira cuando no estás prestando atención."

Mi corazón da un vuelco. "Él no me mira."

"¿Ah, no?" La sonrisa de Lauren se vuelve astuta. "¿Entonces por qué siempre se asegura de ser él quien te sirve las bebidas, incluso cuando hay otros bartenders trabajando?"

Abro la boca para discutir, luego la cierro de nuevo. No había notado ese patrón, pero ahora que lo menciona...

"Además," continúa Lauren, tomando un sorbo de su cóctel, "necesitas volver a salir. Ha pasado un año desde lo de Zack, y—"

"No." El nombre envía una oleada familiar de rabia a través de mi pecho. "No lo menciones."

La expresión de Lauren se suaviza. "Lo siento. Sé que todavía duele. Pero no puedes dejar que lo que él hizo te impida vivir tu vida."

El recuerdo surge a pesar de mis esfuerzos por suprimirlo: llegar temprano del trabajo a nuestro apartamento, encontrarlo en nuestra cama con su compañera de trabajo. La forma en que se apresuró a explicarse, como si pudiera haber alguna explicación para lo que había visto. Lo peor ni siquiera fue la traición, fue darme cuenta de que todos los demás lo sabían. Nuestros amigos, sus otros compañeros de trabajo, probablemente incluso Lauren, aunque jura que no.

Empaqué mis cosas esa noche y nunca miré atrás. Bueno, excepto en la boda de Lauren hace seis meses, donde tuve que soportar su presencia como padrino. Me acorraló en la recepción, con alcohol en el aliento mientras intentaba convencerme de "arreglar las cosas." Como si encontrarlo en la cama con otra mujer fuera solo un simple malentendido.

"Estoy viviendo mi vida," digo finalmente, apurando lo último de mi vino. "Solo estoy... siendo cautelosa."

"Hay una diferencia entre ser cautelosa y esconderse," señala Lauren con suavidad. "¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?"

Trazo el borde de mi copa vacía, evitando su mirada. "He estado ocupada con el trabajo."

"Claro. Porque el departamento de marketing de Wilson & Brooks es tan exigente que no puedes dedicar una noche a cenar con un ser humano real en lugar de tu laptop."

"Mira quién habla, la paralegal adicta al trabajo," contraataco.

Lauren sonríe. "Que ahora está felizmente casada y a punto de empezar a intentar tener un bebé."

Casi me atraganto con el aire. "¿Qué? ¿Cuándo decidieron esto?"

"En la luna de miel." Su rostro entero se ilumina mientras se inclina más cerca, bajando la voz en tono conspirador. "No planeábamos empezar tan pronto, pero estando allí, solo nosotros dos... se sintió correcto, ¿sabes? Como si todo estuviera encajando en su lugar."

La felicidad que irradia es casi tangible, y no puedo evitar sonreír a pesar de la punzada de envidia en mi pecho. "Lauren, eso es maravilloso. Vas a ser una madre increíble."

"Y tú vas a ser la tía más extraordinaria," dice, estirándose para apretar mi mano. Su teléfono vibra contra la mesa, y su sonrisa se ensancha mientras mira la pantalla. "Hablando de mi maravilloso esposo... ha preparado la cena. Algo elegante, aparentemente."

"¿Primera noche de hacer bebés?" adivino, riendo ante su entusiasta asentimiento.

"Te llamo mañana," me guiña un ojo, recogiendo su bolso. Se levanta y alisa su vestido, luego me da una mirada seria. "Prométeme algo."

"¿Qué?"

"Habla con él." Señala con la barbilla hacia la barra. "Háblale de verdad. De algo que no sea vino o whiskey."

Pongo los ojos en blanco. "Adiós, Lauren."

Me lanza un beso y prácticamente flota hacia la salida, dejándome sola con mi copa vacía y pensamientos errantes. La rubia en la barra todavía está hablando, todavía riendo demasiado fuerte por cualquier cosa que Ryan esté diciendo. La observo mientras "accidentalmente" deja caer su servilleta, haciendo un espectáculo al agacharse para recogerla.

Mis ojos se desvían al rostro de Ryan, estudiando su reacción. Está sonriendo cortésmente, pero no le llega a los ojos. Si me lo permito, sé que puedo perderme en esos extraordinarios ojos color avellana que a veces parecen verdes bajo cierta luz, a veces dorados...

Mira en mi dirección otra vez, y esta vez el contacto dura un latido más. Algo en su expresión cambia, se suaviza. Mi corazón da un pequeño vuelco complicado en mi pecho.

Entonces la rubia demanda su atención de nuevo, y el momento se hace añicos como cristal fino cayendo sobre suelos de mármol.

Recojo mis cosas lentamente, tomándome mi tiempo para acomodar la correa de mi bolso sobre

mi hombro.

Una parte de mí quiere quedarse, seguir el consejo de Lauren y finalmente hilvanar más de tres palabras con el hombre que ha protagonizado más de una de mis fantasías. Pero la parte más grande –la parte que todavía está marcada por la traición de Zack– susurra que es más seguro irse, mantener la cómoda distancia de la fantasía en lugar de arriesgarse al dolor de la realidad.

Leer ahora! https://mybook.to/vdD5HH